

# LA NOVELA ILUSTRADA

II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS. — NÚM. 142

## EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

TOMO CUARTO

POR R. ORTEGA Y FRIAS



¡Le han asesinado! murmuró Martín.

35 CTS.



4-2-600/19

# EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

# OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,"

- 1.—RENATA MAUPERIN, por J. y E. Goncourt.
- 2.—¡CONTINELA, ALERTA!, por Matilde Serao.
- 3.—LOS MIL Y UN FANTASMAS, por A. Dumas.
- 4.—EL HIJO DE LA PARRROQUIA, por C. Dickens.
- 5.—CARMEN, por Próspero Merimée, y CORAZÓN DE TOBERO, por Teófilo Gautier.
- 6.—HÉRCULES EL ATREVIDO, por A. Dumas.
- 7.—EL DOCTOR RAMBAU, por Jorges Ohnet.
- 8.—HUMO, por Iván Turguenef.
- 9.—EL PESCADOR DE ISLANDIA, por Pierre Loti.
- 10.—RAFFLES EL ELEGANTE, por E. W. Hornung.
- 11.—LA SABELLI, por G. Agustín Thierry.
- 12.—AMOR DE ESPAÑOLA, por J. B. d'Aureville.
- 13.—FUERTE COMO LA MUERTE, por G. Maupassant.
- 14.—LA DAMA VESTIDA DE BLANCO, por W. Collins.
- 15.—CRIMEN Y CASTIGO, por F. Dostoyewsky.
- 16.—MIS MEFISTÓFELAS, por Fergus Hume.
- 17.—EL SOMELERO DEL CURA CIRILO, por Marchi.
- 18.—TIEMPOS DIFÍCILES, por Carlos Dickens.
- 19.—LAS AGUAS DEL MONTE ORIOL, por Guy de Maupassant.
- 20.—EL HOMBRE DEL ANTIFAZ NEGRO, por E. W. Hornung.
- 21.—VENGANZA CORSA, por Próspero Merimée.
- 22.—PADRE Y FISCAL, por Francisco Copé.
- 23.—EL ILUSTRE CANTASIERNA, por G. Rovetta.
- 24.—EL LADRÓN NOCTURNO, por E. W. Hornung.
- 25.—EL ÍDOLLO DE LOS OJOS VERDES, por P. Brebner.
- 26.—LOS BUSCADORES DE ORO, por E. Conciencia.
- 27.—LA BOHEMIA, por Enrique Murger.
- 28.—LA PEÑA DEL MUERTO, por Quiller Conck.
- 29.—LOS CABALLEROS DEL BOSQUE, por J. Sand.

## Colección Conan-Doyle.

- 11.—SABLE EN MANO.
- 12.—AL GALOPE.
- 13.—LA BANDERA VERDE.
- 14.—LA TRAGEDIA DEL KOROSKO.
- 15.—EL MILLÓN DE LA HERBERA.
- 16.—EL VENDEDOR DE CADÁVERES.
- 17.—EL ROBO DEL DIAMANTE AZUL.

## Colección Victor Hugo.

- 35.—BUG-JARGAL.
- 36.—HAN DE ISLANDIA.
- 37.—EL NOVENTA Y TRES.
- 38.—EL HOMBRE QUE RÍE (2 tomos).
- 39.—LOS TRABAJADORES DEL MAR.
- 40.—NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.
- 41 y 42.—LOS MISERABLES (2 tomos).

## Colección Tolstol.

- 44.—RESURRECCIÓN.
- 45.—LA GUERRA Y LA PAZ.
- 46.—LA SONATA DE KRUTCHER.
- 47 y 48.—ANA KARENINE (2 tomos).

## Colección Rocambole, por Ponson de Terrail.

- 77.—LA HERENCIA DE LOS DOS MILLONES.
- 78.—EL TONEL DEL MUERTO.
- 79.—EL OLIVO DE LOS VEINTICUATRO.
- 80.—EL RIVAL DE BACCARAT.
- 81.—LA ESTOCADA DE LOS CIENTO LUISSES.
- 82.—EL JURAMENTO DE LA GITANA.
- 83.—LAS DOS CONDESAS.
- 84.—EL TRIUNFO DEL MAL.
- 85.—ROCAMBOLE TIENE MIEDO.
- 86.—EL ESPECTRO DE LA GUILLOTINA.
- 87.—LOS CABALLEROS DEL CLARO DE LUNA.
- 88.—LA SOMBRA DE DIANA.
- 89.—EL PACTO DE LAS TRES MUJERES.
- 90.—EL HOMBRE DE LAS GAFAS AZULES.
- 91.—EL NÚMERO CIENTO DIEZ Y SIETE.
- 92.—LA CÁRCEL DE MUJERES.
- 93.—LOS LOBOS DE LA NIEVE.
- 94.—EL TELEGRAMA FALSO.
- 95.—LAS GARRAS DE COLOR DE ROSA.
- 96.—LA TABERNA DE LA MUERTE.
- 97.—EL FANTASMA DE LAS CADENAS.
- 98.—LAS CANTERAS DEL CRIMEN.
- 99.—EL CADÁVER DE CERA.
- 100.—LA VIUDA DE LOS TRES MARIDOS.
- 101.—LAS FIBRAS DE LA SELVA.
- 102.—EL BARRIL DE PÓLVORA.
- 103.—LOS TRES VERDUGOS.
- 104.—EL MOLINO SIN AGUA.
- 105.—EL PLAN DEL HOMBRE GRIS.
- 106.—EL CEMENTERIO DE LOS AJUSTICIADOS.
- 107.—UNA CITA DE AMOR.
- 108.—LOS DOS DETECTIVES.
- 109.—EL RRO DE MUERTE.
- 110.—LA CUERDA DEL AHORCADO.
- 111.—LA NIÑA MUDA.
- 112.—EL SECRETO DE LA CARTERA.
- 113.—LA CASA DE LAS ROSAS.
- 114.—LOS PAPELES DEL ASESINO.
- 115.—EL RAPTO DE UNA MUERTA.
- 116.—EL HILO ROJO.

## Colección Dumas.

- 49 y 50.—LOS TRES MOSQUETEROS (2 tomos).
- 51 a 53.—VEINTE AÑOS DESPUÉS (3 tomos).
- 54 a 59.—EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (6 tomos).
- 60 a 63.—EL CONDE DE MONTECRISTO (4 tomos).
- 64 y 65.—ASCANIO (2 tomos).
- 66 a 68.—LAS DOS DIANAS (3 tomos).
- 69 y 70.—EL PAJE DEL DUQUE DE SABOYA (2 tomos).
- 71.—EL HORÓSCOPO.
- 72 y 73.—LA REINA MARGARITA (2 tomos).
- 74 a 76.—LA DAMA DE MONSIEUR (3 tomos).
- 81 a 83.—LOS CUARENTA Y CINCO (3 tomos).
- 120 a 125.—MEMORIAS DE UN MÉDICO (6 tomos).
- 126 a 128.—EL COLLAR DE LA REINA.

## Colección Ortega y Frías.

- 130 a 138.—EL TRIBUNAL DE LA SANGRE (9 tom.).

R. 43.450

LA NOVELA ILUSTRADA



# EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

○

## MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

R. ORTEGA Y FRIAS

TOMO CUARTO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 49.

MADRID



# EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

O

## MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

### CAPITULO PRIMERO

#### LO QUE HACÍA FRAY TADEO

No podemos referir dos cosas á la vez, y como por otra parte hemos de ver bien pronto en qué consistía el plan de Leandro, lo dejaremos, así como á su padre y á Isabel, para ocuparnos de fray Tadeo.

No era el fraile hombre que abandonara su empresa ni mucho menos se diera por vencido, dejando el campo libre á su rival.

La suerte lo favorecía, dándole nuevas armas contra Florentín, pues lo que el dominico deseaba era que el abate cometiese muchos y muy grandes abusos, porque así le sería fácil inutilizarlo para siempre.

No tuvo que cavilar mucho para adivinar la verdad.

—El jorobado—dijo para sí—, debía encargarse de guardar á esa niña. Esto ha sucedido ya, y así se explica su desaparición. El pobre mancebo no ha podido darme noticias, porque á su vez estará vigilado. Florentín no es hombre que se deje engañar fácilmente y habrá tomado toda clase de precauciones; es astuto, malicioso y desconfiado, y lo mismo dudará de la lealtad de David que de la de cualquier otro. ¿Dónde está la niña? Lo averiguaré. Cuando se quiere saber dónde el avaro guarda su tesoro, no hay que buscar éste, porque nunca se encontraría, sino seguir los pasos de aquél.

No hay que decir que fray Tadeo contaba, lo mismo que el abate, con hombres que eran ciegos instrumentos de su vo-

luntad, y por consiguiente le fué muy fácil poner inmediatamente en práctica su plan.

Aquel mismo día, al salir del tribunal, hizo una seña á uno de los esbirros que encontró al paso, recibiendo en contestación otra seña afirmativa, hecha con tanto disimulo, que nadie pudo apercibirse de ella.

El dominico llegó á su convento, entró en su celda y se puso á pasear, porque no se sentaba sino cuando le era absolutamente preciso, y cuando estaba sentado, según hemos visto ya, no cesaba de moverse.

Diez minutos después se abrió la puerta de la celda, presentándose el esbirro, que era un hombre de pequeña estatura, delgado, de rostro aguileño y ojillos paridos y relucientes.

Fray Tadeo se detuvo y le hizo seña con una mano para que se acercase.

El alguacil obedeció sin que sus pasos produjesen el menor ruido, aunque no parecía que pusiese ningún cuidado al andar.

—Vamos á ver, señor Culebrina—dijo el fraile, porque al esbirro nadie le conocía más que por su apodo, que dicho sea de paso, le cuadraba perfectamente—. Vamos á ver, ¿de cuántos modos puede seguirse á una persona?

—De tantos como la sombra al cuerpo,—respondió Culebrina con voz aflautada.

—Perfectamente.

—No siempre conviene ir detrás.

—Y vos, mi buen maese Culebrina que sois muy observador, habréis visto que la sombra no es siempre igual.

—Es de dimensiones diferentes, según

la respectiva posición del cuerpo y de la luz.

—Lástima es que hayáis abandonado vuestros estudios.

—Hago aplicación de lo que aprendí, y esto es bastante para serviros si hay necesidad, reverendo padre.

—Pronto hemos de verlo.

—¿A quién tengo que espiar.

—A un hombre que es cien veces más astuto que vos.

—Es posible—replicó el alguacil, haciendo un gesto de duda.

—Es también mucho más desconfiado y malicioso.

—Sobre ese punto cualquiera me gana, porque la franqueza y la buena fe es mi regla de conducta.

—¿No os atrevéis á engañar á nadie?

—Me atrevo á todo por servir á vuestra señoría.

—¿Y si el hombre á quien hemos de espiar fuere un alto personaje?

—Mejor, porque no me gustan negocios con gente de poco más ó menos. Estoy por los hombres ricos ó por los que son muy malos; pero no quiero nada con pobres, ni santos, ni tontos, porque siempre sale uno con las manos en la cabeza.

—Cuando os diga el nombre de la persona á quien habéis de espiar, temblaréis.

—Decidlo y veremos.

—Tened entendido, señor Culebrina, que una vez que conozcáis mi secreto...

—Acepto desde ahora, sea quien fuere.

—¿Y si se tratara del abate Florentín?

El esbirro se estremeció, haciendo un gesto de profundo desagrado; pero bien pronto se repuso y respondió:

—¿Qué he de deciros que á vos no se os alcance?

—Ya sé que lo que os pido es muy difícil, y además peligroso.

—Mucho.

—Por eso la recompensa...

—De eso trataremos después.

—Por de pronto recibiréis dos escudos cada día, y después lo que sea justo, según el resultado.

—Bien, señor, hablemos ahora de lo que más interesa, para que se cumplan vuestros deseos.

—Habéis de observar hasta los menores movimientos del abate.

—Los observaré.

—Mi objeto es averiguar el paradero de una persona á quien el señor Florentín debe ir á ver con más ó menos frecuencia.

—Comprendo.

—Cualquier circunstancia, por insignificante que os parezca...

—Repito que entiendo.

El dominico sonrió con satisfacción.

—Sois un hombre que vale mucho—dijo.

—Puedo servir para algo, y nada más, —repuso Culebrina, sonriendo también.

—¿Necesitáis algo ahora?

—Tengo disfraces y solo me falta una cosa.

—Decid.

—Mientras sea la sombra del señor abate, no puedo ser alguacil del Santo Oficio.

—Es verdad..

—Por consiguiente, habré de faltar á mis obligaciones...

—Ya he pensado en eso, y mañana mismo recibiréis órdenes para ir á desempeñar cierta comisión fuera de Madrid, quedando así justificada vuestra ausencia.

Aquellos dos hombres no tenían que hablar mucho para entenderse.

Fray Tadeo sabía que el esbirro no necesitaba más explicaciones.

Culebrina sabía también que hacer nuevas preguntas hubiera sido demostrar torpeza, y se concretó á decir:

—Puesto que hemos concluido, me iré.

—Que Dios os guarde y hasta mañana.

Al día siguiente se le ordenó al esbirro ir á Guadalajara para hacer averiguaciones sigilosamente sobre cierta persona sospechosa.

El abate no pudo adivinar lo que esto significaba.

Quando llegó la noche, Culebrina había empezado con toda felicidad á cumplir su encargo.

Nadie lo hubiera reconocido.

Con una barba postiza, rubia y crespa y un traje de menestral, envuelto en una larga capa que había sido de color café y con un sombrero de anchas alas, calado hasta las cejas, situóse en las cercanías de la vivienda del abate.

Este salió á las ocho, miró á todos lados, y sin advertir que lo observaban,

tomó el camino del arrabal de San Ginés.

Más de cerca unas veces y otras á mayor distancia, lo siguió Culebrina.

Florentín llegó á la casa que había sido de Jacobo, entrando en ella después de haber cruzado unas cuantas palabras con un hombre que se le acercó.

—Creo—dijo para sí Culebrina—, que he concluido apenas he comenzado. Examinemos el terreno, porque según parece, hay quien ronde por aquí. Esta casa es la misma de aquel alquimista endiablado, cuya mujer se nos escapó aquella noche en que tiraron por la ventana al señor Florentín. ¡Oh!... Empiezo á comprender: aquí hay un misterio, y esto es indudablemente lo que necesita averiguar fray Tadeo.

Aunque despacio, siguió adelantando el esbirro, y en cuanto se lo permitía la obscuridad de la noche, examinó al hombre con quien había hablado el abate.

—Es un compañero—murmuró.

Llegó cerca de otra de las esquinas de la casa y vió un segundo bulto.

Miróle atenta y disimuladamente y dijo para sí:

—Van dos.

Volvió á la izquierda y llegó junto á las tapias.

Otro hombre vagaba por aquel lado.

—Esto empieza á ser muy interesante.

A los veinte pasos encontró al cuarto vigilante.

Miró á las ventanas y vió que se escapaba luz por las rendijas de una de ellas.

Escuchó; pero no percibió ningún ruido.

Alejóse entonces, situándose donde pudiera continuar observando.

Pasó media hora.

Crugió la puerta de la casa y salió un hombre.

—Es el santo abate—dijo irónicamente Culebrina—. ¿Pero adónde diablos vá?... No toma el camino de su casa... Veamos... Viene derecho aquí...

El esbirro salió del hueco de la puerta donde se había ocultado, deslizándose silenciosamente por junto á la pared.

Florentín llegó á la casita de que hemos hablado en otra ocasión, sacó una llave, abrió y desapareció.

Ínutilmente aguardó Culebrina.

Las horas pasaron sin que se sintiese el más leve ruido.

Los cuatro vigilantes permanecieron en sus sitios.

Culebrina se paseaba unas veces y se sentaba otras.

Apagóse la luz que antes se veía brillar á través de las rendijas de una de las ventanas de la antigua vivienda de Jacobo.

El esbirro meditó.

—Creo—dijo—que por esta noche nada tengo que hacer, y si no duermo, aunque sea poco, mañana estaré muy estropeado.

No pensaba abandonar la empresa; pero tenía un medio de dormir y vigilar á la vez.

No lejos de la casita donde el abate había entrado, con ánimo probablemente de pasar la noche, había otra sobre cuya puerta veíase colgado un manojó de sarmientos.

Culebrina llegó allí, llamó dando tres ó cuatro golpes con el puño, y esperó.

No tardó en sentir algunos pasos en el interior de la casa, y luego una voz que decía:

—¿Quién es?

—Abre y lo verás, si es que por la voz no me conoces—respondió Culebrina.

La puerta se abrió inmediatamente, apareciendo un hombre de horrible aspecto, que exclamó:

—¡Vaya si te conozco!... ¡Voto al diablo!

Entró el esbirro en un aposento donde había dos ó tres toscas mesas, algunos pellejos de vino y unos cuantos jarros y vasos de estaño en un vasar.

No hay que decir que estaba en una taberna.

—¡Tú por aquí!—dijo el dueño de la casa con acento de sorpresa.

—Ya lo ves: me he empeñado en hacerte rico, y no he de parar hasta que lo consiga.

—¡Ira de Dios!

—¿Aún tienes el vicio de jurar y maldecir?

—Y tú el de ser un bribón hipócrita?

—Rufino, déjate de observaciones y dame vino.

Obedeció el tabernero, despabiló un candil que había colgado en un gancho

de alambre pendiente del techo, y esperó nuevas órdenes.

—¿Aún no te habías acostado?—le dijo Culebrina.

—Ya lo ves.

—Pues bien, mientras yo bebo ó duermo, porque todo puede ser que suceda, vas á abrir aquella ventana.

—Ahora mismo.

—Espera.

—Ya esperó.

—Una vez abierta, te sentarás y mirarás á la calle.

—¿Y qué he de ver?

—Por de pronto no verás más que una casita que hay allí enfrente á la izquierda y que tiene junto á la puerta una ventana bastante grande.

—Sí, una casa que no se sabe quien la habita, ó que no la habita nadie.

—¿Es eso cuanto puedes decirme?

—Sí, porque no creo, como algunos aseguran, que más de una noche han visto entrar en esa casa á una persona.

—No se equivocan.

—¿Con que es verdad?

—Es verdad, y esa persona ha entrado, y necesito saber cuando sale. Beberé un poco y apagaré la luz, porque no la necesito para dormir.

—¿Y luego?

—Mirarás, ya te lo he dicho.

—¿Y cuándo salga esa persona?

—Me avisarás.

—Entendido.

—Toma, por si luego no puedo dertenerme á pagarte.

Y Culebrina dejó caer sobre la mesa un escudo, que hizo relumbrar con el fuego de la codicia los ojos de Rufino.

Pocos momentos después, la habitación estaba en tinieblas y el tabernero junto á la ventana.

Antes de cinco minutos el esbirro dormía tranquilamente.

Pasó la noche y en Oriente se esparcieron los primeros resplandores del matutino crepúsculo.

El tabernero se acercó á su amigo, y meneándolo rudamente le dijo:

—Despierta, despierta, que tu hombre se va.

—¿Qué dices?—preguntó Culebrina, restregándose los ojos y poniéndose en pie.

—Que acaba de salir...

—¡Ah!...

—¡Vive Dios!... Ya sé quien es.

—¿Lo has conocido?

—Sí.

La frente de Culebrina se contrajo.

—¡Cien legiones!...

—Figúrate que te has equivocado...

—Ahora entiendo.

—O más bien olvídate de lo que has visto y jura que has pasado la noche en tu cama y que has soñado conmigo.

—Digo que entiendo.

—Adios.

Salió el esbirro y vió á lo lejos al abate, que por el camino que llevaba debía dirigirse á su vivienda.

Los cuatro vigilantes vagaban aún alrededor de la casa de Jacobo.

Dos horas después, y sin haberse quitado su disfraz, Culebrina se presentó al dominico.

—Pronto volvéis—le dijo éste.

—Y según entiendo, poco ó nada me queda que hacer.

—Sepamos.

No tenemos para qué repetir las palabras del esbirro: refirió todo lo que había visto, haciendo algunas observaciones muy acertadas, y luego dijo:

—Ahora mandad.

—No os habéis equivocado: lo que falta que hacer es muy poco.

—Tanto mejor—repuso Culebrina—, porque así quedaréis más pronto servidos. Fray Tadeo meditó mientras paseaba.

Al cabo de algunos minutos se detuvo.

—Dejaréis al abate—dijo.

—Y me ocuparé de los otros, ¿no es verdad?

—Exactamente.

—Supongo que queréis conocerlos.

—Eso es.

—Además, desearéis saber si la casa que fué del alquimista está vigilada lo mismo de día que de noche.

—Sois un prodigio, maese Culebrina.

—Nada valgo, reverendo padre; pero es tanto mi deseo de servirlos...

—No os pesará.

—Me parece—repuso el esbirro con un si es no es de vanidad—, que no necesito más explicaciones.

—No, porque adivináis mi pensamiento.

—Saber quienes son los que vigilan la casa, y muy particularmente los que están de noche, y deciros además si hay probabilidades de que pueda contarse con alguno de ellos.

—No tendré con qué pagaros.

—Será preciso que me dejéis tres ó cuatro días, porque es conveniente saber el sistema que siguen en los relevos.

—Todo el tiempo que necesitéis.

—Una semana de ausencia no llamará la atención en el tribunal.

—Ni diez días tampoco, puesto que la comisión que se os ha encargado no puede desempeñarse de prisa.

—Dadme vuestra bendición y me iré.

Fray Tadeo sacó del bolsillo algunas monedas de oro y mientras que con la mano izquierda se las daba á Culebrina, lo bendijo con la derecha, diciéndole después:

—Esto, para principiar.

El esbirro se inclinó respetuosamente y salió sin decir una palabra.

El dominico volvió á pasear, diciendo para sí:

—Ese sistema de vigilancia no puede sostenerse mucho tiempo. Dentro de tres ó cuatro meses tendrá el abate que adoptar distintas precauciones; pero no me conviene esperar.

El plan de Florentín estaba conocido y se veía claramente que había sido preparado con anticipación, puesto que disponía de la otra casa, objeto ya de los comentarios de la vecindad.

Nada de esto sorprendió á fray Tadeo, porque conocía demasiado bien la astucia y previsión del abate, y sabía que éste no daba un solo paso sin haber examinado detenidamente el terreno donde había de poner el pie.

Por esta misma razón necesitaba obrar con mayor prudencia el dominico.

Tampoco quería perder mucho tiempo, porque nadie sabía lo que podía suceder.

Reflexionó nuevamente hasta estar seguro de no haberse equivocado.

No era fácil que en tales intrigas se equivocase un hombre como él.

Que en la antigua vivienda de Jacobo de Tordesillas estaba la hija de éste, no había duda y allí debía encontrarse Da-

vid, con alguna otra persona de la confianza de Claudio.

Convencido de esto esperó el dominico.

No se había equivocado al encargar el asunto á Culebrina, pues éste hizo mucho más de lo que se le exigió.

¿Qué resultado dió la intriga?

Vamos á saberlo.

## CAPITULO II

### AVERIGUACIONES Y PLANES

Culebrina trabajó con la habilidad digna del inventor de la policía secreta, que dicho sea de paso, no sabemos quien fué.

No pasaron más que veinticuatro horas, y otra vez se presentó en el convento, diciéndole al dominico:

—Reverendo padre, me parece que ya tenemos sobradas noticias para hacer algo de provecho, si es que algo ha de hacerse porque convenga así á los planes de vuestra ilustre, respetabilísima y santa reverencia, pues si es que he concluído, no me ocuparé más de este asunto.

—Ante todo explicaos, porque nada puedo determinar sin conocimiento de causa.

—A explicarme voy.

Fray Tadeo se puso en pie, cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, medio cerró los ojos y empezó á pasearse.

—Los relevos—dijo el esbirro—, se hacen al amanecer, y antes que haya despertado ningún vecino del arrabal.

—Muy bien—murmuró el fraile.

—No sé si vuestra reverencia habrá echado de menos durante el día en el santo tribunal á dos de mis compañeros.

—Los que hacen el servicio durante la noche, ¿no es verdad?

—Sí, reverendo padre.

—No he fijado la atención.

—El uno es Cucaña.

—Cuya avaricia no tiene ejemplo.

—El otro es Pericote.

—¡Oh!—murmuró el dominico, haciendo un gesto, cuya significación no era fácil de comprender.

—Supongo que vuestra reverencia...

—Maese Culebrina, dejad las suposi-

ciones, que para nada nos sirven ahora. Quiero saber lo que habéis averiguado, lo que de esos dos hombres opináis, con lo demás que bien os parezca para la realización de mis deseos.

—Perdonad.

—No hay tiempo más perdido que el que se emplea en comentarios, pues el que mucho comenta hace poco, y el que poco hace, tarde ó nunca llega al fin. Tened presente esta máxima.

—Otra vez pido perdón á vuestra reverencia.

—No hago más que escuchar y hasta este momento no he sacado en limpio sino los nombres de los que de noche vigilan en la misteriosa casa.

—Dos de ellos no más.

—Tanto peor, hermano.

—Me parece que á Cucaña lo ganaríamos fácilmente con algunos escudos.

—¿Y á Pericote?

—De ese no sé, y confieso mi torpeza.

—Pues para esos tenemos medios muy seguros, porque en cierto tiempo cometió cierto pecado de no poca importancia, y se someterá al que conozca esta historia....

—Entonces...

—Pero es menester mucha habilidad, y mucho tino, porque Pedrote tiene buenos puños, se arrebata fácilmente, y en un momento de desesperación ó de apuro es capaz de cometer todas las locuras.

—Ya lo sé.

—Sí sencillamente le decís que conocéis su secreto, es posible que para hacerlos callar os ahogue, y esté le costaría poquísimo trabajo.

—Es verdad—murmuró Culebrina, estremeciéndose y sin poder ocultar su temor.

—Tembláis...

—Es que...

—¿Sois vanidoso, hermano? Si no tenéis valor, os sobra el ingenio y la actividad, mientras que Pedrote es la torpeza personificada. ¿Lo miráis con envidia?

—Dios me libre.

—¿Queréis la fuerza de sus músculos con inteligencia casi nula?

—No, no.

—Pues entonces, si habéis temblado, no lo ocultéis, que Pedrote tampoco ocul-

taría que tiene miedo de vuestra travesura. Y volvamos á lo que nos interesa, maese Culebrina, que no parece sino que hoy venís desatentado y que al cambiar de vestido, cambiósé también vuestro entendimiento. Siempre habéis hecho mucho y hablado poco, y hoy os sucede todo lo contrario.

Un si es no es desconcertado se sintió Culebrina y algo atormentado también; pero había cometido la torpeza y sufrido resignadamente el castigo.

—Ahora os toca callar.

—Y escucho con el respeto que vuestra señoría merece.

—Hace tres años entró en las cárceles secretas una mujer acusada de brujería, aunque de bruja tenía tanto como yo.

—Entiendo.

—Era joven y bella, y decíase que muy blanda de corazón, hasta el punto de que por ella no suspiró ningún hombre sin que fuese correspondido.

—Sigo entendiendo.

—Por circunstancias que del caso no son, la vió Pedrote muchas veces, y lo que sintió por ella no lo sé; pero sí que se propuso sacarla de su calabozo y protegerla en cuanto le fuese posible.

—Gravísima falta.

—Que bien puede cometer cualquiera criatura, puesto que nadie está libre de las tentaciones de Satanás.

—Dios me proteja.

—Con más habilidad y más disimulo del que debía esperarse de su rudeza, combinó su plan y estuvo muy cerca de realizarlo: pero uno de sus cómplices, porque cómplices necesitó, queriendo vengar antiguas ofensas, ó codicioso de la fortuna de Pedrote, lo delató, arreglándose de manera que la acusada escapase de su prisión, pero sin que pudiera llevarse el que la había deseado y protegido.

—No conozco á ninguno que tan astuto sea para hacer todo eso.

—Porque entonces no pertenecíais á la servidumbre del santo tribunal.

—¿Y qué sucedió al fin?

—Que Pedrote fuese descubierto por el abate Florentín, que lo perdonó con ciertas condiciones.

—Por eso ahora lo sirve con tal lealtad.

—No ignora Pedrote que es posible en todo tiempo probar su desliz y su

traición, y lo mismo que el abate, se someterá á cualquiera que conozca su secreto.

—Sin embargo...

—Aún no he concluido.

—¿Más todavía?

—No perdonó Pedrote al que tan mala partida le había jugado, y antes de que pasasen quince días, el delator había desaparecido, encontrándolo después de muchas pesquisas, muerto á puñaladas entre la espesura de las arboledas de San Jerónimo del Paso.

—¿Y ella?

—Ahorcada amaneció y colgada de una viga en la misma casa donde se había ocultado.

—Es indudable que los dos crímenes los cometi6 Pedrote; pero la prueba...

—Yo la tengo.

—¡Ah!...

—¿Entendéis ahora, mi buen Culebrina?

—No necesito más explicaciones.

—Y os autorizo para hacer uso de mi nombre cuando habléis con el criminal.

—No será menester porque me arreglaré de manera que el secreto se guarde como á la seguridad de todos conviene.

—Pues sabed ahora lo que necesito.

—Vuelvo á escuchar.

—La persona ó personas que se encuentran en la casa de Jacobo de Tordesillas, no pueden salir.

Si sus guardianes las dejan...

—Sus guardianes lo harán todo menos eso, porque sería demasiado hacer.

—¿Perderíamos algo por intentarlo?

—Mucho, porque inspiraríamos desconfianza.

—Tal vez.

—¿Acaso no conocéis á Cucaña?

—Me parece que sí.

—Es de estos hombres que nunca se comprometen sino á medias, y por consiguiente no debemos pedirle todo lo que necesitamos. Por de pronto me contentaré con que me permitan entrar en la casa, poniéndose ellos antes de acuerdo con una de las personas que se encuentran allí, y que no es otra que el pobre jorobado.

Culebrina fijó una mirada casi de estupor en el fraile.

Este, con la tranquilidad que lo caracterizaba, prosiguió diciendo:

—Allí está el pobre David en la más extraña situación, pues es el carcelero de la hija de Jacobo, y á la vez está vigilado, como si fuese el prisionero.

—Y, los que á David vigilan, según hemos visto, están observados durante la noche por el abate.

—De todo eso resulta...

—Que es preciso hacer que se burlen los unos de los otros y á todos engañarlos.

—¿Os atrevéis á emprender la obra?

—Me atrevo.

—Pues principiad cuando bien os parezca.

—Cuanto más pronto mejor.

—Si no conseguís más que conquistar á uno de ellos...

—Nada habré conseguido.

—De los cuatro necesitamos á dos.

—Abrigo la esperanza de que con esos dos contaremos, así como de los otros no me atrevo á decir lo mismo, porque fingirían que estaban dispuestos á servirme, y me delatarían.

—No os equivocáis.

—¿Cuánto puedo ofrecer á Culebrina?

—Lo que sea menester.

—Si queda á mi discreción...

—Sí, en la inteligencia de que me interesa mucho hablar con David.

—¿Nada más tenéis que decirme?

—Que todos los días os espero.

—No tardaré en venir, porque quiero terminar cuanto antes este negocio.

—Así nos conviene.

—Pues ahora mismo voy á buscar á Cucaña, y si consigo lo que conviene, veré á Pedrote, y luego á los dos y de acuerdo quedaremos en la manera de hacer cuanto sea preciso.

—Dios os dé acierto.

—Reverendo padre, soy vuestro servidor más humilde.

Culebrina salió del convento y á buen paso atravesó muchas calles y llegó antes de quince minutos á la de la Justa, que entonces era tan lóbrega, tan sucia y tan fea y aun mucho más que ahora.

Detúvose á la puerta de una miserable casa de las llamadas á la malicia, y cogiendo el aldabón, dió algunos golpes.

## CAPITULO III

CÓMO TRATARON DEL NEGOCIO  
CULEBRINA Y CUCAÑA

La puertecilla se abrió á los pocos instantes, apareciendo un hombre de muy elevada estatura y tan flaco que bien podía asegurarse que no más que el pellejo tenía sobre sus huesos.

Su mirada se fijó en Culebrina, á quien no reconoció con el disfraz de que ya hemos hablado, y le preguntó:

—¿Qué queréis?

—Mi amigo y compañero, déjame entrar, y me quitaré estas barbas, si es que estás solo; y entonces...

—¡Oh!...

—No seas imprudente, buen Cucaña.

—Entra, entra.

Y Culebrina entró.

No fué menester que se quitase el disfraz.

—¡Vive el cielo! —exclamó su amigo—. ¿En qué negocio te has metido que te obligue á disfigurarte así? porque supongo que la justicia no te persigue.

—Ningún crimen he cometido.

—De manera que en vez de ir á Guadalajara...

—Me quedé en la corte para servir á cierta persona, cuyo nombre no debo pronunciar. Y aquí me tienes confiado en tu amistad y tu discreción, para que hablemos muy seriamente de lo que á todos nos interesa mucho y puede sernos muy provechoso.

—Culebrina, me parece que te has metido en alguno de esos enredos que pueden costar la cabeza.

—Te equivocas.

—Creen los inquisidores que fuera de Madrid estás, y por consiguiente no es para servirlos para lo que te disfrazas.

—Ya he dicho que es para servir á una persona y no á la santa Inquisición.

—¡Diantre!

—¿Te asustas?

—No, pero...

—Bien se conoce que estás aturdido porque pasas las noches sin dormir, y sin más abrigo que tu capa y el cielo.

—Pues te equivocas.

—Amigo Cucaña —repuso Culebrina, sonriendo maliciosamente—, he venido para que hablemos con franqueza, como nosotros debemos hablar, como hemos hablado siempre, y el ejemplo te doy presentándome á tí con este disfraz y diciéndote sin rodeos que estoy metido en una intriga de muchísima importancia.

—No tendrás por qué arrepentirte; ya sabes que soy capaz de todo menos de hacer mal á mis amigos, y el que me honra confiándome un secreto...

—Te conozco bien, Cucaña.

—Pero nada tiene que ver tu franqueza, que te agradezco...

—Seguiré siendo franco y te diré que hace algunos días que te espío, ó para hablar con más exactitud, que espío á los que vigilan en los alrededores de la casa que hay en el arrabal de San Ginés y que habitó Jacobo de Tordesillas. Se arrugó el entrecejo de Cucaña.

—¿Quieres más claridad?—añadió Culebrina después de algunos momentos.

—Es bastante.

—Y durante la noche te hacen compañía otros tres de nuestros amigos, que son Pedrote, Marcelo y el Mallorquín.

—Culebrina, yo cumpla las órdenes que me dan, porque esa es mi obligación.

—Ahora no dices la verdad, pues bien sabes que no es al Santo Oficio al que sirves durante la noche en el arrabal de San Ginés, sino al abate Florentín, y tampoco ignorarás que en la casa que fué del acusado de hechicería, hay alguna persona á quien todos conocemos. Lo que tal vez no sabes es que vosotros estáis vigilados también, porque el abate Florentín no se olvida de que el hombre que se vende una vez, se vende ciento, y sirve á quien mejor le paga, y esto es tan verdad, que como yo te pague mejor que el zorro del abate, á mí me servirás mientras no te pida nada que te comprometa seriamente. Las negativas son inútiles, amigo Cucaña, y espero que no cometerás la torpeza de intentar hacerme creer que he visto visiones.

Lo inesperado aturde, y más si se nos viene encima de repente, y aturdido se sintió Cucaña, á pesar de que era listo y se dominaba fácilmente.

Si necioso quedó.



Reflexionó en cuanto le fué posible reflexionar, y convencido al fin de que las negativas serían inútiles, y deseoso además de conocer la intriga en que se había metido su compañero, respondió:

—Pues bien, todo eso es verdad, y puesto que lo sabes... peor para ti.

—Dices que es peor, porque no hay nada tan peligroso como los secretos; pero en cambio, otro secreto vas tu á conocer, y así quedaremos iguales.

—Te advierto...

—¿No quieres escucharme?

—Según.

—De tu ayuda necesito.

—Pero...

—Y vengo á ofrecerte mucho más de lo que te da el abate.

—Escucharé, pero quedo en libertad de hacer lo que se me antojé, y si no me conviene servirte...

—Lo sentiré mucho; pero nuestra amistad será siempre la misma.

—Hablas como un hombre de sana razón.

—Como amigo leal.

—¿Quieres un vaso de vino?

—Aunque sean dos beberé con mucho gusto.

—Pues brindemos y hablaremos tranquilamente.

Se acercaron á una mesa, donde puso Cucaña un jarro y dos vasos de estaño.

Bebieron.

Culebrina, sonreía, porque ya tenía la seguridad de que su compañero sirviese al dominico y á cualquiera, con tal de que le pagasen bien.

También el rostro de Cucaña cambió de expresión.

—Principia.

—Lo que hay que hacer es muy sencillo.

—Mejor.

—Cuatro estáis á todas horas guardando la casa del arrabal, á la que nadie puede acercarse sin que sea vista por dos de vosotros.

—No te equivocas.

—Pues bien, hay una persona que desea entrar en esa casa.

—¡Oh!...

—¿Te asustas?

—Bebamos, Culebrina, porque el asunto

es grave y conviene que tengamos despejada la cabeza.

—A tu salud.

—Por la persona á quien sirves.

—Esa persona no quiere más que hablar con el jorobado.

—¿Te parece poco?

—Entrará, saldrá cuando haya terminado la conversación, y si David ó cualquiera otra persona quisiera salir...

—¿Estoy autorizado para darle una puñalada?

—Sí.

Cucaña volvió á beber.

Apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, y quedó inmóvil.

Cinco minutos después levantó la cabeza.

—Menester es que pensemos en todo.

—¿Qué duda te ocurre?

—Nada podemos hacer sin contar siquiera con uno de los que me acompañan.

—He pensado en Pedrote.

—Me parece...

—Y casi respondo de que hará lo que yo quiera.

—¿Lo has visto?

—No, porque antes quería conocer tu opinión y saber lo que decides.

—Antes necesito que resuelva Pedrote, pues temo que no se atreva á engañar al abate.

—Se atreverá; pero no quiero hablarle de este asunto sin conocer tus intenciones.

—¿Cuánto ganaré?

—Pide.

—¿Quiere entrar esa persona más de una vez?

—Lo ignoro.

—¿Es preciso hacer algo más?

—Ponerse de acuerdo con David para que diga cuando debe ir su amigo.

—Eso es lo más difícil.

—Tengo un plan.

—Culebrina, lo que pides, es mucho, y aunque aseguras que no hay riesgo puede costarnos la cabeza, y por consiguiente no me meteré en semejante negocio si no he de ganar siquiera veinticinco escudos.

—Amigo Cucaña, te probaré que soy franco y leal contigo.

—¿Te parece mucho?

—No.

—Entonces...  
—Debes considerar una cosa que has olvidado.

—Tú lá' dirás—repuso Cucaña, llenando su vaso y bebiendo.

—Este negocio no es mío, como tú puedes comprender.

—Lo supongó.

—He de hacer lo mismo que tú, servir á otra persona.

—La cosa es clara.

—Ponen á mi disposición una cantidad y yo me obligo á pagar todos los gastos, sean pocos ó muchos, de lo cual resulta que cuanto más os dé á vosotros, menos ganaré.

—Siendo así...

—Ni más ni menos.

—La culpa no es mía, si no te pagan con largueza.

—He de recompensar también á Pedrote.

—No es ambicioso.

—Siquiera he de darle doce ó quince escudos, en cuyo caso, hasta los sesenta en que hé ajustado el negocio...

—Debes pedir más.

—Ya he dado mi palabra.

—Lo siento—dijo Cucaña, encogiéndose de hombros.

—Y es el caso que me conviene estar bien con la persona de quien se trata.

—Pues si te conviene, sírvela hoy por poco dinero, que otra vez te lo recompensará. Por mi parte te aseguro, que no rebajaré un maravedí. Hay que hacer mucho y con habilidad; y arriesgarse más de lo que parece, pues el abate es muy astuto.

Culebrina reflexionó, ó más bien fingió que reflexionaba.

—Puesto que te empeñas—dijo después de algunos momentos—, será.

—Pues ocúpate de Pedrote.

—Voy á buscarlo.

—Ya debe haber dormido, y según su costumbre, estará emborrachándose en la taberna que hay á la entrada de la Costanilla.

—Allí lo veré.

—¿No bebes más?

—No, porque también me será preciso tomar un trago en compañía de Pedrote.

—¿Cuándo volverás?

—Luego.

—No saldré en lo que queda de día. Se despidieron.

Salió Culebrina y se encaminó hacia la taberna, mientras decía para sí:

—He salido mejor de lo que yo creía, y no puedo quejarme de mi amigo Cucaña, que en esta ocasión no se ha mostrado tan codicioso como otras veces.

Entró pocos minutos después en una taberna lóbrega que había á la esquina de la Costanilla de los Angeles.

El tabernero dormitaba sentado tras su mostrador, y en el rincón más obscuro había un hombre de elevada estatura y formas atléticas.

Era el llamado Pedrote.

De este malvado se contaban maravillas de valor, y sobre todo se aseguraba que era admirable su sangre fría, pues nadie lo había visto conmoverse, ni ante el peligro, ni en los momentos en que pudiera entregarse á la alegría.

Para que se comprenda lo que era aquel miserable, basta decir que por tres veces había solicitado la plaza de verdugo sin poder conseguirlo.

Su inteligencia era muy escasa. Sin embargo, alguna vez dió pruebas de astucia.

Se distraía bebiendo sorbo á sorbo el vino que contenía un jarro, y no parecía que se aburriese por estar solo.

Miró indiferentemente á Culebrina y le dijo:

—No esperaba verte á estas horas.

—Pues aquí me tienes para beber contigo.

—Siéntate y pide lo que quieras, que con mucho gusto te convidaré.

—Parece que te sobra el dinero, amigo Pedrote.

—¡Tripas de Lucifer!... Aunque tenga poco después de haber comido, todo el dinero me sobra, porque no sé si al otro día he de vivir, y por consiguiente para nada me sirve lo que tengo en el bolsillo cuando me acuesto.

—Eso es, cuando te acuestas.

—Lo hago todos los días.

—Pero no todas las noches.

—Cuando me mandan trabajar...

—Eres muy afortunado.

—¿Me has oído quejarme alguna vez de la fortuna?

—No.

—Porque soy feliz.

—Ahora te recompensaré el abate Florentín, pues aunque no es muy generoso...

—¡Truenos!...

—El negocio en que te ocupas y que tiene para el abate mucha importancia...

—¡Mil rayos! — exclamó Pedrote — ¿Qué estás diciendo?... Hago lo mismo que tú, obedecer y nada más.

—Pero como en realidad no pasáis las noches en vela para servir al Santo Oficio sino al abate, resulta...

—¡Por el infierno!...

—¿Te enfadas?

—¡Cuernos de Satanás!

—¡Pero qué te sucede, amigo Pedrote?... Como nadie nos escucha, he hablado con franqueza. ¿Crees que nadie sabe lo que pasa? Pues te equivocas. Y no soy yo la única persona que tiene noticia de este negocio, sino otra que te conoce muy bien, y conoce tu historia, y al abate, y á David, y á Cucaña, y á Marcelo, y al Mallorquín...

—¡Por las uñas de mi abuela! ¿No piensas acabar?...

—Las noches están frías, y en ese arrabal de San Ginés corre un airecillo que se mete hasta los huesos, y como además corréis el peligro de muchas cosas, porque es mucho el enredo que hay en ese asunto, y sucede que el jobado, por su situación con respecto á Florentín... ¿Entiendes?

—¡Que me trague el infierno si no me he quedado á obscuras!

—Pues ya te he dicho que esa persona os conoce á todos, y lo peor del caso es que como sabe también aquello de la mujer ahorcada... ¿Aún no me entiendes?

Dos centellas se escaparon de los ojos de Pedrote, que tomó el jarro, bebió el vino que quedaba y gritó:

—¡Maese Corneja!... ¡Rayos del infierno!... ¡Más vino!... Pasáis la vida durmiendo... Traed unas sardinás para hacer boca... Que Satanás cargue con mi alma si hoy no tengo el placer de hacer una de las mías.

El tabernero se apresuró á servir al gigante.

Bebió éste y luego dijo:

—Ahora explícate, Culebrina. Ya sabes que no me gustan los rodeos. No hablemos mucho, porque me aturdirás.

¿Qué te importa el arrabal de San Ginés? Y eso que has dicho de aquella moza que me volvió loco... En fin, aunque yo no te entiendo, tú debes entenderme, y bien sabes que me sobra corazón para retorcer el pescuezo á quien me incomode.

—Pues bien, como conozco tu genio, te hablo con franqueza.

—Así me gusta.

—Esa otra persona necesita entrar en la casa del brujo, y lo que se quiere es que tú hagas la vista gorda, pues lo demás puede encargarse Cucaña, que es muy listo. Así no se hablará más del otro negocio de la moza que te trastornó el juicio, y además podrás meter en la bolsa diez ó doce escudos. Los que están en la casa no han de salir, y por consiguiente, no hay compromiso.

—¡Rayos!...

—En una palabra, tú harás lo que Cucaña crea conveniente, y como Marcelo y el Mallorquín estarán á otro lado de la casa, no los necesitamos.

—Empiezo á entender.

—Nuestro amigo Cucaña está conforme.

—Pero lo que yo tengo que hacer...

—Se reduce á no hacer nada.

—Y dices que Cucaña...

—Está conforme.

—La verdad, no lo entiendo bien.

—¿Y qué te importa no entenderlo?

—Casi tienes razón.

—Lo que te interesa son los diez escudos.

—¿No has dicho doce?

—Es igual.

—¿Y quién es esa persona que ha de entrar en la casa?

—Me parece que por llamarse Juan ó Pedro no cambia el negocio.

—Culebrina, tienes más entendimiento que yo.

—Pues debes confiar en mí.

—No desconfío de nadie, porque si alguno me engaña...

—Comprendo.

—Aquella buena moza me engañó, y el carcelero, y... ¡Cuernos de Satanás!... No pudieron reirse de mí.

—Dios me libre de provocar tu cólera.

—Pues ya hemos concluido.

—Voy á ver á nuestro amigo Cucaña, y él te dirá lo que convenga.

No hablaron más.

Y á la vivienda de Cucaña fué Culebrina.

—¿Qué has conseguido?—preguntó el primero.

—Cuanto podemos desear.

—Entonces...

—Pedrote hará cuanto le digas, porque no quiere tomarse la molestia de cavilar.

—Poco tiene que hacer.

—Por de pronto te ingeniarás para preguntarle esta noche á David si está vigilado dentro de la casa y... Espera.

Culebrina reflexionó.

—Me ocurre una buena idea—dijo.

—¿Qué has pensado?

—Te llevarás escrito en un papel lo que conviene decirle al jorobado y lo que ha de inspirarle confianza, que es posible que tema que el abate le tienda un lazo para poner á prueba su lealtad. Además, si no puedes hablar con él, quizá será más fácil que le entregues el papel.

—Buena idea.

—Como tú sabes escribir, debes tener tintero.

—Sí.

Cucaña le dijo á su compañero lo necesario para escribir.

Trazó éste algunas líneas, y entregó el papel á su cómplice.

No necesitaban hablar más sobre el asunto, y por consiguiente no hicieron más que cruzar algunas frases vagas.

Separáronse, quedando de acuerdo para verse al siguiente día.

Inmediatamente se fué al convento Culebrina.

—¿Ya habéis arreglado el negocio?—le preguntó fray Tadeo.

—Sí, reverendo padre.

—Valéis mucho.

—A Cucaña será preciso darle veinticinco escudos.

—Se le darán.

—Y doce á Pedrote.

—¿Y cuándo podré ver á David?

—Quizás mañana.

—Considerad que habéis hecho vuestra fortuna.

—Reverendo padre...

—¿Nada más tenéis que decirme?

—Por hoy nada más.

—¿Necesitáis dinero?

—Ahora no.

—Que Dios os bendiga.

El esbirro besó la diestra del padre y salió.

## CAPITULO IV.

### UN SUCESO INESPERADO

David había cavilado sin cesar, y en algunos momentos de desesperación, habíale ocurrido la idea de matar al abate.

No hubiera vacilado para hacerlo así; pero se convenció de que nada adelantaría.

Arriesgar la existencia no le importaba al pobre huérfano; pero no quería hacer un sacrificio estéril, porque sin él la desgraciada niña hubiera quedado en peor situación.

Según había dispuesto Claudio, una noche velaba la señora Justina y otra el huérfano.

Empero nada podía hacer éste la noche que le tocaba dormir á la vieja; conocemos ya la disposición de las habitaciones, y al primer intento la beata hubiese gritado y habrían acudido los cuatro hombres que vigilaban en la calle.

Más de una vez David entreabrió cuidadosamente y á distintas horas la ventana y vió á los esbirros inmóviles ó pasearse silenciosamente.

El único consuelo que el desdichado tenía era bajar á los subterráneos y contemplar á la pequeña Isabel, prodigándola mil caricias cuando despertaba.

Durante el día la visitaba también con frecuencia, viendo con satisfacción que la niña lo escuchaba placenteramente y empezaba á demostrarle el más tierno cariño.

David podía hacer mucho en favor de aquella inocente criatura, á quien quería dejarse en la más completa ignorancia religiosa y social.

—Eso no—había dicho el jorobado—, yo le enseñaré sus deberes, le haré comprender lo que es la virtud, le hablaré de sus padres, del mundo y de la luz, y ella me escuchará, me amará y algún día aniquilaremos á su despiadado verdugo. ¡Oh!... Yo había perdonado á los hombres de quienes tantas ofensas he recibido, que tanto mal me han he-

cho; pero á ese miserable no lo perdono ni lo perdonaré jamás, porque ha destrozado mi corazón de hijo y tengo el deber de vengar á mi madre.

Por fortuna la niña se prestaba admirablemente á los deseos de David, á quien había concluído por dar el dulce nombre de hermano, mientras que empezaba á sentir una aversión profunda hacia la vieja.

—Oculta tus sentimientos, hermana

chó y convenciósese de que ya podía bajar al subterráneo.

Empero antes de hacerlo quedó inmóvil y faltó muy poco para que exhalase un grito de sorpresa.

En la ventana con reja de que ya hemos hecho mención y por el lado de la calle, acababan de dar dos ó tres golpecitos.

—Debe ser ilusión mía —murmuró David.



Crean los inquisidores que estás fuera de Madrid. (Pág. 12.)

mía—le había dicho David—: no digas á esa mujer que la aborreces, ni dejes comprender que me amas, porque nos separarían y quedarías sin ningún apoyo, sin ninguna defensa.

La niña comprendió esto en cuanto era posible que lo comprendiese á su edad; pero fué lo bastante para que disimulara.

Estamos en una de las noches en que le tocó velar á David.

Aguardaba éste á que la beata se durmiera.

Eran las nueve, y con gran contento oyó por fin el jorobado el ruido de una respiración violenta.

Acercóse á la puerta que comunicaba con el dormitorio de Justina, escu-

Y escuchó conteniendo el aliento.

Un segundo después, sonaron nuevos golpes; pero como antes, apenas perceptibles.

¿Era aquello una señal?

David reflexionó.

—¿Me tiende ese hombre un lazo para probar mi fidelidad?—se preguntó.

Pero en seguida se acordó de fray Tadeo.

¿No valía el dominico tanto por lo menos como el abate?

¿No era posible que hubiese averiguado la verdad y sobornado á cualquiera de los vigilantes?

Sí, todo esto era posible y aun fácil también, según el deseo de David,

El rostro del pobre jorobado palideció.

Agitáronse convulsivamente sus miembros.

Inundóse su frente de sudor.

—Ver quien llama, no es ser traidor— dijo.

Y se acercó á la ventana y la entreabrió cuidadosamente sin hacer el más leve ruido.

Su mirada se deslizó afanosamente por la abertura.

Vió una sombra, un negro bulto.

Pero nada le dijeron y quedó indeciso.

¿Era que por casualidad al recostarse en la pared, uno de los vigilantes había producido aquel ruido?

Si lo buscaban á él, ¿por qué no le hablaban después de haber abierto?

Nunca como entonces trabajó la imaginación ardiente y fecunda de David.

—Ese hombre—pensó—puede buscarme y aguardar la prueba de que soy yo; y no Justina, quien abre la ventana. ¿Conseguiré algo si no lo arriesgo todo? No, nada conseguiré en la situación en que me encuentro.

Y decidiéndose como el que se decide á jugar la vida, dijo á media voz:

—¿Quién llama?

El bulto negro se movió.

David oyó que le decían:

—¿Quién habla por aquí?

—Me ha parecido oír unos golpes...

—Y sin duda tenéis miedo, porque estáis solo, ¿no es verdad?

Ni á uno ni á otro les comprometían las palabras que habían pronunciado, pues ambas se justificaban fácilmente, diciendo David que se había asomado para saber quién andaba por allí, y el otro, que por casualidad había dado con el codo en la ventana al apoyarse en la pared.

Sin embargo, creyó el huérfano que las últimas frases del que estaba fuera tenían un doble significado, y queriendo salir de dudas, respondió:

—Verdad es que estoy solo, porque mi compañera duerme á pierna suelta; pero no tengo miedo.

Movióse otra vez el bulto.

El jorobado sintió el leve ruido de un roce y oyó que le decían:

—Tomad.

Instintivamente alargó una mano y cogió un papel que en ella le ponían.

La sombra desapareció.

David, aturdido por la sorpresa quedó inmóvil algunos instantes.

Luego cerró la ventana y se acercó á la luz.

Miró el papel y leyó lo siguiente:

Decidme qué noche y á qué hora puedo ir, y qué señal he de hacer para que abráis la puerta.

»No tengo que deciros quién soy; vos lo adivinaréis si no habéis olvidado al que conoce todos vuestros secretos, y es el único que puede ayudaros.»

Exhaló David un grito de alegría.

—¡Fray Tadeo!—exclamó.

No podía ser otra persona la que le escribía.

Tuvo que apoyarse en la mesa, porque se sintió desfallecer.

Tal era su júbilo, que le trastornaba mucho más que el más agudo dolor.

Cuando consiguió dominarse, volvió á leer el misterioso escrito.

—¿Y cómo he de contestar?—se preguntó.

Reflexionó algunos instantes.

—El mismo que ha traído este papel, debe estar encargado de llevar la respuesta. ¿Pero he de darla por escrito? Veamos.

Acercóse otra vez á la ventana.

—¿Y si me tienden un lazo?... ¡Oh!... ¡Dios mío, Dios mío, favorecedme!

Decidido á todo, abrió otra vez viendo el mismo bulto que antes.

—¿Esperáis?—preguntó.

—Sí—le contestaron.

—¿Qué queréis?

—Un papel ó algunas palabras.

—Escuchad las palabras y no las olvidéis.

—Ya escucho.

—Mañana á las doce de la noche.

—¿Por qué puerta?

Si puede ser, por la del corral.

—Será.

—Bastará con toser.

—¿Qué más?

—Nada.

—¿Y si no dá resultado la primera seña?

—Hay que dejarlo para dos noches después.

—¿Estáis vigilado?

—Y encerrado la noche que me toca velar.

—¿Quién os acompaña?

—Una mujer.

—¿Joven ó vieja?

—Vieja y beata.

—Dios os guarde.

Desapareció el bulto con el silencio que desaparece un fantasma.

Cerró David, se acercó nuevamente á la luz y quemó el papel.

—Bien ó mal, ya está hecho—murmuró con voz sombría.

Y se sentó, cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó inmóvil como una estatua.

Al día siguiente, la señora Justina, que miraba á David con mucho interés, le encontró muy pálido y ojeroso.

El pobre jorobado temía y deseaba á la vez que pasase el tiempo.

Lo que había sucedido podía muy bien ser una prueba hecha por el abate.

Cuando cerró la noche se presentó Florentín como tenía de costumbre.

David lo miró y tembló á su pesar.

Pero el semblante de Claudio tenía la misma expresión de siempre, y después de cruzar algunas palabras con su protegido, se fué.

Entró la vieja en el aposento donde la noche anterior había estado el huérfano, y éste corrió los cerrojos y se fué al corral.

## CAPITULO V

### DAVID SABE Á QUÉ ATENERSE CON FRAY TADEO

A las doce en punto oyó David unos al otro lado de la tapia.

Relumbraron los ojos del huérfano y llevó la diestra á la empuñadura de una daga que tenía en el cinturón.

Estaba dispuesto á todo si le habían engañado.

Entreabrió la puerta lo suficiente para dar paso á una persona, y entró un hombre envuelto en una ancha capa.

—Quieto—le dijo David á media voz.

—Tranquilizaos—respondió el otro.

Y descubrió el semblante, que pudo verse á la claridad de la luna.

Era fray Tadeo.

David respiró como el que se siente libre de una mano que lo ahoga.

Volvió á cerrar sin hacer el más leve ruido.

—Guiadme—dijo el religioso.

—Venid.

Dejaron el corral y bien pronto se encontraron en las habitaciones del piso principal, donde había luz.

—Esta capa me sofoca—dijo el fraile.

—Dejadla y sentaos.

Una vez frente á frente y sin temor alguno, contempláronse con mirada escurriñadora.

David fué el primero que habló.

—Padre—dijo—, mi turbación es tal, que no me permite expresar lo que siento.

—¿No esperabais mi socorro?

—No lo esperaba, porque me parecía imposible que averiguáscis lo que ha sucedido.

—Ya veis, pues, que os habéis equivocado—repuso con indiferencia el dominico.

—Sí, me equivoqué; pero en lo que no me engaño es en vuestros nobles sentimientos, porque tengo la prueba.

—Mis sentimientos no los conocéis aún bastante bien.

—¿Qué significa entonces vuestra presencia aquí?

—Ya lo veréis.

—¡Ah!—exclamó David—; aun cuando un sentimiento de egoísmo fuera el único que os impulse es de tal naturaleza el beneficio que me hacéis...

—No os entusiasméis, pobre niño—dijo el fraile, poniéndose en pie y empezando á pasear.

El huérfano le miró con extrañeza.

—No sé—añadió fray Tadeo—si esta noche quedaréis tan contento de mí como el otro día.

—¿Y por qué no?

—Tenéis un gran talento, conocéis el mundo como á vuestra edad no lo conoce nadie; aún es poco, y quizá vuestra experiencia os haga ver las cosas á través de un falso prisma, y como consecuencia de esto os parezca que no soy el mismo hombre que el día en que me confiasteis los secretos que yo ignoraba.

David se estremeció sin saber por qué.

—¿No me respondéis?—preguntó el fraile.

—Aguardo vuestras explicaciones.

—No tengo ninguna que daros en este momento. Os prometí ayuda, y aquí me tenéis.

—Pero...

—Ante todo es menester que yo conozca la situación, vuestros planes, si tenéis alguno, y vuestras aspiraciones.

—¡Mis planes!... Ninguno tengo, porque había perdido la esperanza.

—La esperanza no debe perderse jamás.

—Ya lo veo.

—Por crítica que sea vuestra situación, habéis debido buscar algún medio de vencer las dificultades.

—Lo he buscado, pero inútilmente. El abate lo ha previsto todo, absolutamente todo.

—Os equivocáis, puesto que yo estoy aquí. Lo ha previsto todo; pero no podía contar que á otro, se vendieran los que á él se habían vendido.

—Ese medio no me es posible ponerlo en práctica.

—Ya lo sé; pero ¿no habéis pensado en otro?

—Confieso mi torpeza.

—Vamos, señor David—repuso el dominico, deteniéndose algunos instantes y fijando su ardiente mirada en el huérfano—, veamos que clase de inconvenientes se oponen á que saquéis de aquí á la hija de Jacobo de Tordesillas.

—Esa infeliz criatura está encerrada en los sótanos.

—¿Tenéis vos la llave?

—La tenemos.

—Ya me han dicho que no estáis solo. ¿Quién os hace compañía?

—Una beata que vivía cerca de San Ginés...

—La señora Justina.

—¿La conocéis?

—Sí.

—Pues bien, os explicaré el sistema establecido por el abate para guardar á la niña y hacer imposible una traición por nuestra parte.

—Os escucho—dijo fray Tadeo, volviendo á sentarse como caso extraordinario.

Nada ocultó David: lo mismo habló de las precauciones que Florentín ha-

bía tomado, que de la conversación que tuvo con él, y que por su mucha importancia no habrán olvidado nuestros lectores.

El dominico escuchó con atención religiosa y sin que un solo gesto indicase lo que sentía.

—Nadie hubiera creído que permaneciese inmóvil por espacio de cinco minutos.

—Bien—dijo cuando el huérfano hubo terminado—. La privan de la luz, no alimentan su cuerpo y dejan en el más completo abandono su alma.

—Eso es horrible, padre mío, tan horrible.

—Como los sentimientos de Florentín.

—Pero no se cumplirán todos sus criminales propósitos—repuso el fraile.

—Lo estorbo en cuanto puedo.

—Ya supongo que enseñaréis á esa criatura lo que debe saber.

—Sí, se lo enseño y ella lo aprende...

—Todo está bien previsto y no podemos pensar por ahora en sacar de aquí á esa criatura.

David fijó en el fraile una mirada de sorpresa y de terror.

Todo lo esperaba el huérfano de fray Tadeo, y su esperanza se desvanecía en un instante.

—¿Qué decís?—murmuró.

—Ya lo veis, empezamos á tocar los inconvenientes de vuestra falta de experiencia.

—¡Que no podemos sacar de aquí á esa criatura!...

—No—respondió el fraile, volviendo á pasear.

El jorobado lo siguió afanosamente con la vista.

—Y si es posible—añadió el dominico—, decid cómo ha de hacerse, disponed, contando con mi ayuda, y salvemos á esa niña, que es lo que deseo.

—A mí me parece hasta fácil lo que vos tenéis por imposible.

—Bien, bien, repito que dispongáis. ¿Queréis más de mí?

—Dos por lo menos de los cuatro miserables que vigilan la casa...

—Son míos, no os equivocáis.

—Os han dejado entrar...

—Y me dejarán salir, porque no ignoran que hay aquí encerrada una persona á quien el abate quiere guardar,

y mientras esa persona, sea quien fuere, no intente fugarse, pueden ellos ser traidores sin riesgo alguno.

—Esos hombres pueden huir con nosotros y ocultarse donde nos ocultemos.

—Sí, pueden huir; pero tienen una familia, que habrían de abandonar; tienen ahora medios con que vivir y no han de dejarlos para ir á morir de hambre.

David inclinó tristemente la cabeza.

—Esos dos hombres—añadió el fraile—harían eso y mucho más si se les dijese: «Ahí tenéis cada uno de vosotros dos mil escudos, con los cuales seréis más ricos que ahora.» Pero desgraciadamente vos no podéis disponer de un solo maravedí, y aunque yo cuente con algunos recursos, no son suficientes para el caso. En cuanto á conmoverlos, á decidirlos á que nos sirvan por amor á la humanidad y á la justicia, no tenemos que pensar: ya sabéis que son hombres sin corazón.

—Los engañaremos.

—¿Y cómo?

—No lo sé, pero...

—Yo tampoco.

—Si una noche se viesen acometidos por mayor número...

—Se defenderían mientras gritaban.

—Pero entre tanto yo saldría...

—Y al huir ellos, os perseguirían.

—Y los otros...

—Tendrían que dejarlos porque habría que hacer demasiado ruido para que no acudiese gente. Y no os pregunto con qué habíamos de pagar á esos hombres, porque me responderéis que contáis con Simón y éste con otros de su clase.

—Sí.

—No conseguiríais más que agravar la situación. La niña volvería á su encierro, y en vez de un amigo, de un hermano, tendría por carcelero un verdugo.

—¡Oh! — exclamó David apretando los puños con desesperación.

—Además, os sería forzoso matar á la hermana Justina.

—Sí, la mataría sin escrúpulo de conciencia.

—Seríais acusado de un homicidio aleñoso y os ahorcarían.

—¿Qué me importa si se descubría la intriga del abate?

—No se descubriría nada, porque de todo ello no resultaría más, sino que habíais intentado robar á la hija de los condenados por la Inquisición.

—Vos que todo lo sabéis...

—Nada puedo justificar.

El jorobado, en el trastorno de su dolor, dijo:

—Entonces, ¿qué clase de ayuda es la vuestra?

Fray Tadeo se detuvo, y después de sonreír con expresión de lástima, replicó:

—No temáis que me dé por ofendido, porque comprendo vuestra desesperación.

—¡Ah! — exclamó David, cuyos ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Perdonadme, padre mío!... Estoy loco...

—Ya lo veo.

—No sabéis lo que sufro.

—Haced un esfuerzo, tranquilizaos y escuchadme con calma. ¿No emplean contra nosotros la astucia y la malicia? Pues es menester defendernos del mismo modo si algo hemos de adelantar.

—Me dominaré... Ya lo veis... estoy tranquilo.

—Vos deseáis salvar á esa criatura; eso es todo, ¿no es verdad?

—Sí.

—Yo lo deseo también; pero me propongo algo más.

—Odiáis al abate—replicó David como iluminado repentinamente por una idea.

—Vos también.

—No lo niego.

—Y si habéis creído que quiero aniquilar á Florentín, tampoco os equivocáis; pero á vos os sucede lo mismo.

—¿Hay nada más justo que castigar á ese miserable?

—No os sinceréis porque yo no he de ser juez de vuestros sentimientos.

—En buen hora ocupémonos de lo que hemos de hacer.

—Lo que es ahora no podemos hacer más que esperar, y tal vez ganaremos mucho, porque probablemente el tiempo nos proporcionará pruebas con que justificar nuestras acusaciones contra el abate, y entonces no tendríais que huir ni que ocultaros, lo cual no es tan fácil como parece. Y si no pensadlo bien,

¿A dónde iréis? Yo podía favoreceros hasta cierto punto; pero nada más, y no ignoráis que la Inquisición, ó lo que es lo mismo, Florentín, cuenta con medios sobrados para descubriros antes que pudieseis salir de España.

Fray Tadeo decía la verdad; pero era una verdad tan horrible, que David se sentía cada vez más atormentado.

—¡El tiempo!—murmuró con amargura el infeliz huérfano.

—Sí, porque es el mejor amigo y la más poderosa ayuda.

—Desde que perdí á mi madre estoy esperando...

—A todos nos sucede lo mismo y vos tenéis la ventaja de ser más joven que yo.

—Pero eso de esperar es muy vago.

—Es imposible que por muchos meses continúe Florentín haciendo lo que ahora, y cuando cambie de sistema...

—¿Qué será entre tanto de esa pobre niña?

—Haréis por ella lo que en vuestra situación os sea posible; pero disimularéis, fingiréis un mes y otro mes, un año y otro año...

—¡Años decís!...

—¿Quién sabe?

—¡Oh!...

—Siempre la impaciencia de vuestra juventud.

—Esperaré; pero no tanto tiempo...

—Todo el que os obliguen las circunstancias, contra las que nada vale nuestra voluntad.

—¿Pero qué se propone el abate? No me sorprendería que con tanto empeño guardase á la infeliz esposa de Jacobo de Tordesillas.

Fray Tadeo sonrió maliciosamente y replicó:

—¿Es hermosa esa niña?

—Como un querubín.

—¿Se parece á su madre?

—Es su retrato.

—Vuestra alma noble no puede comprender ciertas miserias de la humanidad.

—¿Qué queréis decir?

—Que adivino los propósitos de vuestro amo.

—¿Y cuáles son?

—Eso os lo dirá el tiempo también.

—Decídmelo vos ahora.

—Sería en vano, porque no lo creeríais.

—Sí, lo creeré si vos me lo decís.

—Aparte los misterios de nuestra santa religión, no creemos nunca lo que no comprendemos, lo que no podemos concebir, en lo cual nuestra razón se muestra lógica.

—No importa, decidlo, que nada perdéis por eso.

—Puedo perder mucho, y no os lo diré.

El jorobado guardó silencio.

Fray Tadeo siguió paseándose y calló también.

Largo rato pasó.

Por fin se detuvo el fraile y tomó su capa como si se dispusiese á salir.

—¿Os vais sin que concluyamos?—le preguntó David.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué más tenéis que decirme?

—Esperar, ya os lo he dicho.

—¿Pensáis poner os en relaciones con Simón? Os daré las señas de su nueva morada.

—Dádmelas para cuando lo necesite.

—¿Volveréis á verme?

Mis visitas dependerán de las circunstancias. Ya sé que cada dos noches podéis recibir avisos.

—Los espero con ansiedad.

—En cuanto á los papeles que me disteis...

—¡Ah!... Los había olvidado...

—Yo no.

—¿Existirán esos cien mil escudos?

—Me inclino á creer que sí.

—¿Y dónde?

—He de averiguar cuándo murió el fraile á quien se nombra allí, y qué amigos tenía. El tesoro ha podido transmitirse, que es lo más probable, ó quedar perdido ó más bien oculto é ignorado en los subterráneos del convento. En este asunto creo que he visto más que el abate, aunque su torpeza debe ser hija de la ofuscación producida por la pasión criminal que le inspiró la belleza de Isabel. A vos os digo lo que á nadie diría.

—¿Pero qué habéis visto más que el abate?

—Creo adivinar á quién pertenece ese tesoro.

—¿Es persona conocida?

—De vos y de Florentín, lo es por lo menos.

—¿Queréis decirme el nombre de esa persona?

—Jacobó de Tordesillas.

—¡El esposo de Isabel!

—Sí.

—Eso es imposible: el nombre...

—Pues por el nombre lo deduzco.

—La carta está escrita por un Alfonso de Lara...

—Pero á ruegos y por encargo del dueño del tesoro.

—También me acuerdo de su nombre.

—Gil Pérez, ¿no es verdad?

—Sí.

—En la carta se dice: «El señor Gil Pérez de Tordesillas...

—¡Ah!...

—Y esto se escribía en Villalar...

—Ambos debían ser comuneros.

—Y ambos debieron morir, y el hijo de Gil Pérez, para librarse de la persecución de la justicia, debió cambiar su apellido, sustituyéndolo con el nombre de la población donde había nacido.

—Ahora lo veo todo claro...

—Y yo mucho más.

—¡Dios mío!...

—Trabajaré, y si averiguo donde se encuentra ese tesoro, los papeles volverán á manos del abate...

—¿Qué estáis diciendo?

—Y á más de los papeles—repuso con calma fray Tadeo—, las noticias necesarias para que pueda hacerse dueño de los cien mil escudos.

David fijó en el fraile una mirada de sorpresa indescriptible.

—No os alarméis, que si eso sucediera, el dinero iría por último á parar á manos de su legítimo dueño.

—Eso es incomprendible.

—Tengo mi plan... Otro día os daré más explicaciones. Entre tanto pensad que la criatura encuentra siempre el castigo de sus faltas en sus mismas pasiones, y por eso no hay nada más cierto que aquel refrán que dice, «que en el pecado va la penitencia». Así ha de sucederle al abate.

En vano pidió David más explicaciones.

Fray Tadeo se concretó á decirle:

—¿Queréis enseñarme el camino?... Ya es muy tarde.

Tomó el huérfano la luz, dirigiéndose á la puerta; pero repentinamente se detuvo, dejó el velón en el suelo, y dijo:

—No habréis olvidado lo que os referí sobre la conversación que con el alcalde tuvo mi amo.

—Tengo buena memoria.

—Escuchadme, que creo que Dios me inspira en este momento.

—No es menester que estéis inspirado por Dios para que yo os escuche como merecáis.

—Cuando Isabel huyó de la casa donde la había llevado Simón...

—Encontróse en la inmediata con dos hombres.

—Y cada uno de ellos...

—Tenía debajo del brazo un talego, que en opinión del vizconde, estaba lleno de oro.

—Eso es.

—El misterio en que aquellos dos hombres se envolvían...

—Su noble aspecto, su generoso proceder...

—Señor David, ya he pensado en todo eso.

—¿Y habéis sospechado?...

—No he sospechado, sino creído que esos hombres son los depositarios de la rica herencia de Jacobo de Tordesillas.

—Entonces su esposa...

—Ya debe saberlo todo.

—¡Y nada de eso me decíais!

—Os prometí explicaciones para otro día. Es tarde y puede suceder que el abate se presente para ver si sus órdenes se cumplen con exactitud.

—Bien; pero...

—¿No tenéis confianza en mí?

—Ciega.

—Entonces, dejadme.

—¡Dios os bendiga!

—Mucha falta me hace...

—Vuestro noble corazón...

—Vamos, señor David, vamos.

Mal que le pesase tuvo el jorobado que dar por terminada la conversación.

Bajaron, y después de dejar la luz en uno de los pasillos, salieron al corral.

Detuviéronse allí algunos momentos para escuchar; pero no percibieron ningún ruido que les infundiese sospechas ni temor.

Acercóse el fraile á la puerta, y tosió ligeramente.

Desde el otro lado le respondieron lo mismo.

Esto significaba que podía salir descuidado.

—Abrid—dijo.

Obedeció David.

Fray Tadeo desapareció.

El pobre jorobado, más aturdido que nunca, volvió á subir y se dejó caer en la cama, no para dormir, sino para pensar.

Su cabeza se abrasaba, y su corazón palpitaba con violencia.

De mucha importancia era la ayuda de un hombre como fray Tadeo; pero entre tanto no había esperanza de salvar á la niña ni de encontrar á la desdichada Isabel.

¿Cómo era posible que el huérfano tuviese calma en su situación tan triste como crítica?

El tiempo que se perdía era un tesoro, porque nadie podía responder de los sucesos.

Pronto hemos de ver que amenazaban nuevos y mayores peligros.

## CAPITULO VI

### SATANÁS INSPIRA AL ABATE

Mientras tenía lugar la escena tan interesante como conmovedora que acabamos de referir, el abate se encontraba en la casita conocida ya de nuestros lectores.

De vez en cuando entreabría la ventana y miraba hacia la que fué vivienda del infeliz Jacobo de Tordesillas.

Muy poco y confuso podía distinguir, pues la luna no había tenido por conveniente dejar ver aquella noche su redonda y nacarada faz, y por consiguiente, no había más claridad que la muy débil de las estrellas.

Verdad es que el abate no necesitaba mucha luz para ver, pues con gran facilidad dilatábanse sus pupilas, resultando así que había doble motivo para compararlo con el tigre.

Como sombras informes, muy vagas, distinguía á los dos vigilantes que se encontraban por el lado de la fachada principal del edificio y nadie hubiera podido entrar ó salir sin que de su pre-

sencia se apercibiese el verdugo de Isabel.

—Así—murmuró—es imposible que me engañen, y por consiguiente...

Se interrumpió, y después de algunos momentos dijo:

—Veo la puerta de la casa; pero no la del corral, y bien pudiera suceder... No, no se atreverían á tanto, aunque según lo que me ha enseñado la experiencia... ¿Qué pierdo por mirar á todos lados? El peligro no está nunca en la sobra de precauciones, sino en el descuido, en esa confianza imprudente que desbarata los planes mejor combinados y que muchas veces cuesta muy cara. Tengo frío, y moviéndome entraré en calor.

Indudablemente Satanás inspiraba aquella noche al abate Florentín.

¿Qué sucedería si entraba en la casa para convencerse más y más de que David no era traidor?

El resultado sería el peor, no solamente para el desdichado huérfano, sino también para la pobre niña.

Sin producir ni el más leve ruido, salió de la casita el abate.

Parecía natural que se acercara á los vigilantes y que también hablara con ellos para que no le quedase duda de que estaban mejor vigilados que los que se encontraban en el interior del sombrío edificio, convenciéndolos de que cometerían una locura si intentaban ser traidores.

No lo hizo así, sino que por el contrario avanzó quedando siempre á buena distancia de la que fué vivienda de Jacobo, de manera que era imposible que lo distinguiesen los esbirros.

Se inclinaba, se contraía, y en la mitad había menguado su estatura.

Como se esforzaba para ver en medio de aquella oscuridad casi absoluta, dilatábanse más y más sus pupilas, concentrándose en ellas los pocos rayos de luz que había en el espacio, y brillando, por consiguiente, como fosfóricas luces.

De vez en cuando se detenía.

Su rostro en aquellos momentos debía tener una expresión que recordase al tigre cuando acecha, y se dispone á lanzarse sobre su presa.

Quería que aquellos hombres que vi-

gilaban fuesen leales, y sin embargo se hubiera complacido en observar algo que indicase intento de traición, porque así hubiera tenido un pretexto para castigarlos y ocasión para gozarse al verlos sufrir.

El abate era una de esas criaturas que

no le era posible asegurar si era uno de los vigilantes que se paseaba en vez de estar inmóvil en la esquina.

Buscó con la mirada á los dos esbirros.

A uno lo distinguió bien pronto; pero cuando buscaba al otro, cruzáronse y



Tengo que hablaros y espero me escuchéis. (Pág. 28.)

no pueden vivir sin hacer mal, que no encuentran goce completo si no ven que otro sufre.

A su padre le sucedía lo mismo. Ya lo dimos á conocer al referir la historia de Gil Pérez; y lo vimos cometer los más horrendos crímenes con una frialdad que no se concibe.

El hijo había heredado el alma del padre con todas sus pasiones, con todos sus instintos de fiera, con toda la maldad refinada que puede caber en una criatura.

Describiendo una circunferencia, avanzó con lentitud.

Su mirada estaba siempre fija en el edificio.

—Llegó frente al corral, detúvose y murmuró sordamente:

—¡Oh!...

Acababa de salir fray Tadeo, envuelto en su negra capa y rodeado por las densas tinieblas.

Florentín distinguió aquel bulto; pero

se confundieron los bultos del vigilante y del dominico, y como éste volvió á la izquierda y adelantó por el lugar más sombrío y se movió al mismo tiempo el que vigilaba, resultó que el abate, á pesar de su mirada de tigre, no pudo salir de dudas.

¿Había pasado por allí una tercera persona?

¿Era aberración de sus ojos lo que le parecía haber visto?

Y si no se equivocaba, ¿cómo aquella persona, ó para qué se había acercado tanto á la tapia del corral?

Pocos momentos antes creyó Florentín percibir un ruido leve, muy leve, como el crugido de una puerta, pues tenía tan buen oído como vista.

¿Había salido un hombre del corral?

Todas estas preguntas, se las hizo el abate, y queriendo á toda costa salir de dudas, retrocedió, avanzando hacia el sitio por donde le pareció que se había alejado el bulto misterioso.

Ya era tarde.

En vano buscó.

Nada distinguía más que el edificio que se levantaba informe y negro, y alguna vez los vigilantes que se movían de un lado para otro sin salir de un pequeño espacio.

Convencido de que allí nada encontraría, corrió Florentín hacia donde calculaba que debía ir la persona que había salido de la casa.

Se molestó inútilmente.

Llegó al monasterio de San Martín, y bajó hasta el arroyo del Arenal.

Se detuvo.

Apenas podía respirar.

Sus ojos relumbraban aún.

No transitaba alma viviente por aquellos sitios.

Ningún ruido se percibía.

El criminal empezó á creer que se había equivocado.

Sin embargo, no estaba tranquilo, porque no era hombre que en tales asuntos quedara satisfecho con apariencias y deducciones.

Descansó y meditó.

—Si hay un traidor—dijo—, ¿quién puede ser? La vieja no se atrevería, ni le conviene engañarme, y nadie hace lo que no le conviene. Queda David... ¡Oh!... Ese niño no es una criatura vulgar, y... ¿Quién sabe lo que hay en su alma? Creo que es ambicioso, tan ambicioso como yo, y si le prometen sacarlo de la condición tristísima en que se encuentra, es posible que lo arriesgue todo hasta la vida para llegar al fin que se ha propuesto. David tiene valor, mucho valor, y no le espanta la muerte, ni es posible que le espante á quien en el horizonte de lo porvenir no ve más que negras nubes.

El abate creyó conveniente hacer nuevas observaciones.

Retrocedió volviendo á la casita.

Miró con ansiedad creciente.

Luego recorrió los alrededores de la sombría morada de Jacobo.

—Por esta noche—dijo—nada he de encontrar.

Y tomó el camino de su vivienda.

Milagrosamente se había salvado David aquella noche; pero ¿qué sucedería cuando otra vez volviese fray Tadeo?

Era seguro que el abate vigilaría todas las noches, y con preferencia fijaría su atención en la puerta del corral.

Lo repetimos. Satanás lo había inspirado.

¿Para qué serviría toda la astucia de fray Tadeo?

El pobre jorobado sacrificaría la vida sin conseguir mejorar la situación de la inocente niña.

Preparábanse, pues, sucesos de muchísima importancia, y cuyas consecuencias debían ser horribles.

Dejaremos á los infelices que gemían en las casas del arrabal y daremos noticias de Isabel y de sus protectores.

## CAPITULO VII

### LEANDRO EMPIEZA Á PONER EN PRÁCTICA SU PLAN

Tenemos que ir dejando á cada personaje en una situación clara y bien determinada, porque toca á su fin la primera parte de esta historia, y hemos de ocuparnos en la segunda de sucesos de muy distinta clase y de no menor importancia.

¿Era pura generosidad el móvil de la conducta de fray Tadeo?

En nuestra opinión, la desgraciada familia de Tordesillas no era el objeto de sus miras, sino el medio de llegar al término de éstas.

No nos hacemos, pues, ilusiones en cuanto á la suerte de la pobre niña, puesto que en su favor creemos que nada haría el dominico mientras no hubiera de darle por resultado acabar para siempre con su enemigo y rival.

David debía esperar en vano y pasar el tiempo sufriendo horriblemente, y viendo sufrir á la inocente criatura á quien daba el nombre de hermana.

Pero afortunadamente el tiempo, cuyo poder no había exagerado el fraile, ejercería grandísima influencia en el alma del jorobado, y el niño, impetuoso y valiente, llegaría á ser un hombre verdaderamente temible.

Lo dejaremos para no volver á verlo probablemente por ahora, y volveremos al lado de Isabel y sus dos generosos protectores.

El plan de Leandro era bastante atre-

vido; pero había sido aprobado por todos, aunque haciendo Isabel una observación muy acertada, á la cual respondió el joven:

—Cuento con la amistad y el apoyo, desinteresado de un hombre que vale mucho, un hombre á quien el abate respetará.

—Pero tendréis que descubrirle nuestros secretos...

—En la parte que sea necesario, y aun en todo, no habría peligro alguno.

—Si ese hombre se os parece...

—Vale más que yo en todos sentidos.

—Entonces, disponed de mí.

—Una vez que estáis segura de que el valor no os faltará...

—Os lo probaré.

—Pues desde este momento empiezo á trabajar, y si Dios nos protege, dentro de tres ó cuatro días no tendréis que temer la persecución de Florentín; según se ve, ha heredado el alma ruin de su padre.

Aunque ya lo habrán comprendido nuestros lectores, debemos advertir que el abate era hijo del italiano Florentín, que había envenenado al pobre Antón y cometido los demás crímenes que hemos dado á conocer, y á esto aludía Leandro del Castillejo, aunque no tenía pruebas de que el abate Claudio fuese hijo del otro miserable, sino que solamente lo sospechaba y suponía.

Tres días pasaron.

Isabel había dejado el lecho y recuperado bastantes fuerzas, si bien no se encontraba todavía en un estado satisfactorio, porque necesitaba mucho tiempo para reponer su salud, quebrantada principalmente en el calabozo de la Inquisición.

Los hidalgos entraban y salían con frecuencia.

Nada habían dicho sobre los adelantos de su atrevido plan; pero una noche á las diez entró Leandro y dijo á la fugitiva:

—Preparaos, señora.

—¿Para cuándo?—preguntó ella.

—Para esta misma noche si queréis, aunque hasta mañana no hemos de dar el paso decisivo, porque ya es demasiado tarde.

Un ligero temblor agitó por un instante los miembros de Isabel.

—Aún estáis á tiempo de arrepentiros—le dijo Leandro.

—No retrocederé — repuso ella con energía—: quiero de una vez quedar dentro ó fuera.

Y tomando una luz, entró en su dormitorio.

Pocos minutos después, salió envuelta en un ancho abrigo y cobijada con un largo manto.

—¿Vamos?—preguntó.

—Vamos—respondió el joven.

Y desenvainó la espada y tomó una linterna, ofreciendo el apoyo de su brazo á Isabel.

—Dios os proteja—dijo el anciano.

Los dos jóvenes salieron silenciosamente, tomaron hacia San Ginés y entraron por la calle de Bordadores.

Veinte minutos después se encontraban en Puerta Cerrada, y siguiendo por la calle del mismo nombre, hoy del Sacramento, entraron en la pendiente y y estrecha que entonces se llamaba de Tentetieso y ahora de San Justo.

Detuviéronse junto á la puerta de una casa de pobre apariencia.

—¿Es aquí?—preguntó Isabel, que preocupada con sus tristes pensamientos no había pronunciado una palabra durante el camino.

—Aquí es—respondió Leandro.

Y sacó una llave, abrió y entraron.

La planta baja de aquel mezquino edificio no tenía más que tres ó cuatro aposentos, que estaban amueblados, no solamente con sencillez, sino con pobreza.

Apenas había los muebles precisos para la vida.

—Ahí tenéis vuestra cama—dijo Leandro—; yo tengo la mía en esa otra habitación. Nada tenemos que hacer ahora y podéis acostaros á descansar, porque aún temo que mañana os falten las fuerzas.

—No me faltarán.

Sin duda no tenían que darse ninguna explicación, porque fueron muy pocas las frases que cruzaron.

Isabel parecía más preocupada cada momento, y Leandro estaba sombrío y muy pensativo también, aunque se esforzaba por aparecer tranquilo.

Ella se desnudó y se acostó, aunque no creyó poder conciliar el sueño.

El hidalgo, sin desnudarse, se dejó caer en la cama que tenía preparada.

Reinó el silencio más profundo.

¡Con cuánta lentitud transcurrieron las horas de aquella noche para Isabel!

Por fin el sol envió sus luces á la tierra.

Ambos se levantaron.

Como la noche anterior, hablaron muy poco.

Tenían algunas viandas, que ella preparó, esforzándose cada cual para comer con el fin de animar al otro.

Había en aquella casa una nube de tristeza inexplicable.

A no ser en los días de su prisión, no recordaba Isabel haberse sentido nunca abatida.

Más de una vez sus ojos se llenaron de lágrimas, que procuraba ocultar.

Otras veces su bello rostro se tornaba lívido y se desfiguraba, expresando alternativamente el dolor y el miedo.

La naturaleza siguió su marcha inalterable.

Desaparecieron los últimos rayos del sol, y luego los resplandores del crepúsculo, ennegreciéndose el horizonte con las tinieblas.

—Ha llegado el momento—murmuró Leandro con voz sombría.

—Estoy dispuesta—respondió Isabel con acento febril.

Y sus negros ojos relumbraron.

No pronunciaron una palabra más.

El que hubiese escuchado no habría oído más que ese ruido sordo que produce una persona al moverse en una habitación.

Media hora después, por la puerta del aposento que servía de dormitorio á la infeliz madre, escapábase un resplandor rojizo y que no sabemos por qué tenía algo de horrible y siniestro.

Nada se oyó entonces más que los pasos del hidalgo, que envuelto en su capa, salió á la calle, tomando el mismo camino de la noche anterior.

No iba, sin embargo, á su casa, porque se dejó atrás el convento de San Martín, subió por las estrechas calles que rodeaban el de Santa Catalina, y salió á la plazuela de Santo Domingo,

entrando luego en la calle de la Inquisición.

Cuando llegó á la puerta de la casa donde vivía el abate se detuvo.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda—. Necesito mucha calma... Dios me dé fuerzas para contenerme.

Guardó silencio por algunos instantes, y luego añadió:

—¡Vive el cielo!... Todo esto lo acabaría yo bien pronto, quitando del mundo á ese miserable; pero me detienen, me prohíben derramar una gota de sangre y tengo que obedecer.

De sus negros ojos se escaparon dos llamaradas, y sus dientes rechinaron.

—Acabemos—dijo.

Y extendió un brazo para buscar el aldabón y llamar; pero en aquel momento se escaparon por las rendijas de la puerta algunos destellos de luz y la llave rechinó en la cerradura.

La puerta se abrió y apareció con una linterna la negra figura del abate, que retrocedió un paso al encontrarse frente á un hombre.

—No tengáis cuidado, caballero—dijo Leandro.

—¿Sois vecino de la casa?—preguntó Florentín, intentando en vano ver el rostro del desconocido.

—No.

—Entonces...

—Vengo á buscar al abate Florentín, y si no me engaño...

—Yo soy—dijo Claudio sin decidirse todavía á dar un paso hacia el desconocido.

—Me alegro.

—¿Qué queríais?

—Tengo que hablaros y espero que me escuchéis.

—Decid, que ya os escucho—repuso el abate, poniendo como por casualidad la mano en la hoja de la puerta para poder cerrarla en caso de apuro.

El hombre que no tiene la conciencia tranquila, es siempre cobarde.

—No es este sitio á propósito para que hablemos—dijo Leandro.

—¿Por qué?

—Porque hemos de tratar de un asunto de bastante importancia, y además porque yo me estimo en mucho para contentarme con que se me escuche como vos lo hacéis.

—No os conozco.

—Lo cual no es razón para que dejéis de guardarme todas las consideraciones que se merece un hombre honrado.

Florentín se estremeció.

Las palabras del desconocido no eran nada tranquilizadoras.

—Perdonad, caballero—dijo—; pero me aguardan, y...

—Antes soy yo.

—¿Creéis que estoy obligado á dejar todos mis asuntos para atender al que se me presenta?

—No estáis obligado á nada; pero todo lo dejaréis para escucharme.

—¡Oh!...

—¿Os parece demasiado exigir?

—Si he de hablaros con franqueza...

—Pues bien—repuso Leandro, mientras adelantaba—. Tened la bondad de retroceder.

—¡Caballero!

—Os diré quien me envía y seréis más complaciente.

—Reconoced que así debierais haber empezado.

—No tienen todos los hombres vuestra inteligencia, señor abate. Yo soy torpe...

—Tal vez; pero permitid que lo dude.

—Tengo que hablaros de Isabel de Linares...

—¡Ah!...

—Esposa de Jacobo de Tordesillas...

—¡Caballero!...

—Y madre de una niña que se llama también Isabel.

Claudio tembló; sus ojos se abrieron extremadamente y fijaron en Leandro una mirada, que más era de terror que de sorpresa.

¿Quién era aquel hombre?

¿Qué quería?

¿Iba á vengar los ultrajes hechos á Isabel?

En aquellos momentos no le sirvió de nada á Florentín ni su astucia, ni su habilidad para fingir, porque vió un peligro y el miedo le trastornaba.

—¿Qué os sucede? —le preguntó Leandro.

—Nada—respondió el abate, esforzándose para ocultar lo que sentía—; pero debéis comprender que es natural mi sorpresa cuando se me habla de par-

te de una persona á quien creía en el otro mundo.

—Mejor que yo sabiais que Isabel de Linares no había muerto en la inundación.

—Pensad que me ofendéis...

—Tened entendido que no hablo por mi cuenta, sino en nombre de otro...

—Bien, bien.

—¿Estáis dispuesto á escucharme?

—¿Pero por qué os ocultáis tan cuidadosamente?

—No me oculto, miradme—dijo Leandro, bajando el embozo y sosteniendo con su ardiente mirada la mirada de tigre de Florentín.

—No os conozco.

—Era inútil que me descubriese.

—Pero tal vez vuestro nombre...

—Os es tan desconocido como mi rostro.

—Sed razonable y poneos en mi lugar.

—¿Tenéis miedo? —replicó Leandro, sonriendo desdeñosamente.

—Sí, tengo miedo; ¿por qué he de negarlo? Soy un hombre pacífico y débil además; tengo enemigos como todo el que cumple el duro deber de hacer justicia, y como me sería imposible defenderme...

—Señor abate—interrumpió el hidalgo—, me sorprende que en esta ocasión dejéis de ser lo que siempre habéis sido, un hombre de inteligencia privilegiada, astuto, perspicaz...

—Reconozco mi torpeza.

—¿No os dice mi rostro que no soy un asesino? Para acabar con vuestra existencia, he tenido ocasión desde que empezamos á hablar, porque me hubiera bastado poner una mano en vuestra garganta y clavaros un puñal con la otra, sin que pudierais pedir socorro.

Florentín dió un salto y retrocedió. Leandro volvió á sonreír.

—Acabemos—dijo.

—Sí, sí, acabemos...

—¿Me escucharéis en vuestra habitación?

Era preciso arriesgarse á todo; así lo exigían las circunstancias.

El abate miró atentamente á Leandro, y dijo para sí:

—No, este hombre no es un asesino. Y luego añadió en voz alta:

—Os daré una prueba de que hago justicia á vuestros nobles sentimientos.

—Gracias.

—Venid.

A pesar de todo, Claudio no acababa de tranquilizarse, y con mano temblorosa cerró la puerta, abrió la de su cuarto y encendió el velón en la luz de la linterna.

—Sentaos—dijo con toda la dulzura que le fué posible—, porque según parece, es grave el asunto de que hemos de ocuparnos y conviene que estemos todo lo más cómodamente posible.

—Sí, es muy grave, según he comprendido hace dos horas.

—No puede imaginarse nada más misterioso que vuestras indicaciones.

—Voy á explicarme con la mayor claridad.

—Os lo agradeceré porque soy amante de la franqueza; porque para mí nunca hay nada más que lo que se ve.

—Ante todo os diré quién soy.

—Perfectamente — repuso Florentín que empezaba á tranquilizarse al ver que el desconocido no se lanzaba sobre él, sino que por el contrario se sentaba con el mayor descuido—, perfectamente: veo que sois hombre metódico y que, como se dice vulgarmente, os gusta principiar por el principio.

—Y acabar por el fin.

—No puede ser de otro modo.

—No soy rico ni pobre; vivo con el producto de mi trabajo, y á nadie hago mal, haciendo bien cuando puedo hacerlo.

—Entonces sois feliz, porque disfrutáis esa dulcísima, esa incomparable tranquilidad del alma, que es la única dicha posible en este mundo.

—Exactamente.

—Perdonad si desconfié en los primeros momentos; ahora que os miro con atención y os escucho, me convengo de que sois uno de esos hombres honrados y de gran corazón, que tanto escasean por desgracia.

—Una noche—prosiguió Leandro—, precisamente la noche inolvidable del incendio de la Inquisición...

—Decís bien, inolvidable.

—Aquella noche, no recuerdo á qué hora, llamaron á mi puerta. Pregunté, y más que con palabras me respondi-

ron con angustiosos gemidos, pidiéndome socorro en nombre de la caridad.

—Y un hombre como vos...

—Abrí de par en par la puerta y cayó en mis brazos una infeliz mujer, cuyo rostro cadavérico revelaba lo que sufría.

El abate exhaló un triste suspiro, elevó al cielo una mirada y murmuró:

—Bienaventurados los que lloran.

—Y desdichados los que hacen llorar, porque para ellos reserva la justicia divina tormentos eternos.

—Ciertamente—dijo Florentín bajando los ojos.

—Aquella pobre mujer tardó más de una hora en recobrar el sentido.

—Tan largo desmayo se acerca mucho á la muerte.

—Volvió en sí; pero como si no hubiera vuelto.

—¿Por qué?

—Porque la devoraba la fiebre, deliraba y no tenía conciencia de su situación.

—¿Y qué hicisteis?

—¿Qué hubierais hecho vos, señor abate?

—Cuidarla y rogar á Dios que la salvase.

Eso hice yo.

—¿Y al fin?...

—Siguió lo mismo toda la noche.

—Pero al otro día...

—Continuaba el delirio.

—Cuando los enfermos deliran suelen decir cosas de mucho interés.

—Ella las decía; pero eran incomprendibles para mí, porque ignorando quién era, no me era posible comprender por qué repetía sin cesar :«¡Hija de mi alma, esposo mío!...»

—¡Desgraciada!

—Fuí en busca del médico.

—Muy bien.

—Pero declaró que la enferma dejaría de existir, aunque tal vez se prolongaría una semana ó dos aquel estado.

—¿Y ha muerto al fin?

—Continuó delirando, pasaron los días, y esta mañana recobró repentinamente el uso de su razón.

—Mala señal.

—Era el último destello de la luz que va á extinguirse.



—¿Y entonces os diría quién era?...  
 —Me dijo solamente: «Soy desgraciada y he sufrido mucho. Dios os pagará lo que habéis hecho por mí, voy á morir, lo conozco; pero antes quiero despedirme de una persona».  
 —Sería ese esposo á quien nombra-  
 ba, ó su hija...  
 —No.  
 —Es extraño.  
 —Erais vos.  
 —¡Yo!—exclamó el abate, volviendo á estremecerse.  
 —Os repetiré sus palabras: «Ahora no os separéis de mí, me dijo; pero más tarde id á buscar al abate Florentín, decidle que la esposa de Jacobo de Tordesillas está expirando, y que quiere verlo.» Dudando si accederíais á su petición, le hice algunas observaciones, y entonces me refirió algunos sucesos de su vida, cuyo secreto, según su opinión me serviría para obligaros.  
 Florentín no quiso ó no acertó á responder: miró más atentamente al desconocido, y siguió escuchando.  
 —La infeliz—dijo Leandro—, añadió: «Es preciso que el abate Florentín me vea viva ó muerta, es absolutamente preciso; ¿lo entendéis?»  
 —Caballero—dijo al fin el abate—, parece que yo debiera explicaros lo que ha sucedido con esa infeliz mujer.  
 —Es inútil, puesto que yo no vengo á pedir os cuenta de vuestra conducta.  
 —Sin embargo...  
 —Prometí daros el aviso, y cumplo mi promesa.  
 —¿Pero Isabel?...  
 —Nada me preguntéis, porque si he de cumplir lo prometido, no puedo daros más explicaciones.  
 —Únicamente deseo saber en qué estado se encuentra esa desgraciada.  
 —Perdonad; pero no puedo decirlo.  
 —He aquí una cosa incomprensible.  
 —Tenéis la explicación en mi casa.  
 —¿Y si me niego á ir?  
 —Soy esclavo de mis promesas, señor abate.  
 —Eso es casi una amenaza.  
 —Me preguntáis, y os contesto con leal franqueza.  
 —No veo bastante claro, lo confieso. Leandro se puso en pie.

—¿Os vais?—le preguntó sorprendido Florentín.

—Sí.

—Pero...

—¿Queréis venir?

—¿Queréis vos concederme algunos minutos de reflexión?

—Nada más justo.

—Esperad, pues, os lo suplico.

—Espero.

Florentín inclinó sobre el pecho la cabeza y quedó inmóvil.

Leandro, cuyo rostro no había cambiado de expresión, permaneció en pie con los brazos cruzados sin mostrar impaciencia.

Transcurrieron algunos minutos.

Claudio levantó la cabeza y dijo:

—Iré.

—Cuando gustéis.

No hablaron más.

El abate volvió á encender su linterna, apagó el velón, tomó la llave y salieron.

—¿Hacia dónde?—preguntó Florentín cuando estuvieron en la calle.

—Por aquí.

—Me alegro, porque me permitiréis que diga cuatro palabras en vuestra presencia á cualquiera de los dependientes del tribunal. Ya os dije que me esperaban y quiero enviar recado.

—Sois dueño de hacerlo.

—Llegaron á la Inquisición.

—Entrad, si no desconfiáis.

—No tengo miedo—replicó desdeñosamente Leandro—; pero no quiero enterarme de vuestros asuntos.

Nada más fácil para Florentín que librarse del desconocido, porque le bastaba hacer una seña para que se apoderasen de él.

Empero este medio no era seguro.

Aquel hombre, á pesar de su exterior modesto, podía ser persona contra quien nada pudiera hacerse en último resultado, y además, Florentín empezaba á convencerse de que el sistema de su padre era mejor que el suyo, y así lo probaban la fuga de Isabel y el engaño de Simón.

Entró, pues, en el portal, se acercó á un esbirro y le dijo algunas palabras, volviendo á seguir en seguida.

—¿Ya podemos seguir? — preguntó Leandro.

—Sí.

Alejáronse.

Pocos segundos después salieron de la Inquisición dos hombres, que tomaron el mismo camino pero al llegar á la plazuela de Santo Domingo, volvieron á la derecha y desaparecieron.

## CAPITULO VIII

### UN RASGO DEL ABATE

Leandro y Florentín atravesaron la plazuela y entraron por una de las estrechas y oscuras calles de Santa Catalina de los Donados.

El abate, como por casualidad, bajó la mano izquierda, de modo que la luz de la linterna no dió más que en el suelo.

No bien hubo hecho esto, cuando de las paredes se destacaron dos hombres, y dos espadas se dirigieron al pecho de Leandro.

Claudio exhaló un grito de terror, dejando caer la linterna.

El hidalgo no gritó ni tampoco hizo más que retroceder un paso y extender el brazo derecho.

Su espada chocó con las otras.

El primer golpe estaba parado.

—¡Asesinos, asesinos!—exclamó el abate con voz ahogada y moviéndose de un lado para otro como si en su turbación no acertase á huir.

—Paso—dijo entonces imperiosamente, con voz tranquila, el hidalgo—; paso, canalla.

La contestación de los otros fué acometer con mayor furia, separándose uno de otro para herir por distintos lados.

Leandro apoyó la espalda contra la pared, movió su tizona con rapidez inconcebible, y antes de tres segundos uno de los acometedores exhaló un grito y cayó sin vida.

El otro retrocedió espantado y probablemente con intención de huir; pero no lo hizo tan pronto que no le alcanzase en la cabeza una terrible cuchillada, que hendió su cráneo.

El combate no pudo ser más breve.

Los asesinos se revolcaban con las convulsiones de la agonía.

—Caballero—dijo el abate, que fingía el más profundo terror—, ¿estáis herido?

—Esos miserables eran muy poco para mi.

—¡Oh!... Parece mentira...

—Ya veis que es verdad—replicó Leandro con tono irónico—; D'os ha querido ayudarme y nos hemos librado de la muerte.

—Sí, sí: os debo la vida...

—Ya veis lo que puede la tranquilidad de la conciencia: esos hombres, que estaban tan turbados que en vez de acometeros á vos, que no podíais defenderos, se dirigen solamente á mi.

—Es extraño, pero...

—Muy extraño.

—Sin duda creyeron que vencido vos ya lo habían conseguido todo, y la verdad es que en esto no se equivocaban.

—Sigamos nuestro camino, porque no nos conviene permanecer aquí.

—Si se presentase la justicia...

—Vuestra declaración me serviría de mucho; pero vale más que no la esperemos.

—Vamos, pues.

Continuaron hacia el arroyo del Arenal.

—¿No encontráis nada de particular en esta aventura?—preguntó el hidalgo.

—Yo, nada encuentro de sorprendente.

—Pues yo sí.

—Por desgracia abundan en Madrid los criminales, y cada día tenemos que lamentar sucesos de esta naturaleza.

—¿Y con qué fin se habrán disfrazado esos bribones?

—¡Disfrazado!...

—Verdad es que en vuestra turbación no podéis haber advertido semejante circunstancia.

—Creo que estáis equivocado.

—No.

—Eran dos hombres vestidos como todos.

—Vestidos de negro y como acostumbra á ir los alguaciles.

—¿Qué decís?

—Que al verlos hubiera creído cualquiera que esos miserables eran dos esbirros de la Inquisición.

—¡Caballero!...

—Os lo advierto por lo que pueda convenir.

—Pero...  
 —Haced averiguaciones y veréis que no me equivoco.  
 —A nadie más que á nosotros interesa esclarecer la verdad...  
 —Pues esclarecedla.  
 Leandro guardó silencio.

—Y para que nada temáis, para venceros de que no todos los hombres son cobardes asesinos, os diré que estáis en libertad y podéis retroceder.  
 —¡Oh!...  
 —Pero si os váis, olvidad el camino; no volváis mañana, ni dentro de un



Leandro apoyó la espada contra la pared. (Pág. 32.)

El abate calló también, porque acababa de convencerse de que sus intenciones habían sido conocidas.

No hay que decir que los dos asesinos eran dos esbirros del Santo tribunal.

Diez minutos después se encontraban á la puerta de la casa de la calle 'de Tentetieso.

—¿Ya hemos llegado?—preguntó el abate, examinando el exterior del edificio en cuanto se lo permitían las tinieblas.

—Sí.

—Caballero, ya habéis visto con cuán ciega confianza me he puesto en vuestras manos...

—Nada tengo que agradeceros, porque si estáis en mi poder sin defensa alguna, lo debo á mi espada.

—No os comprendo...

—Esta no es ocasión de explicaciones

—Comò gustéis.

minuto, porque, ó no encontraríais á nadie, ó podría sucederos lo que á esos desdichados, que han quedado sin vida hace poco.

—Entremos—dijo resueltamente el abate.

—Entraremos y seréis dueño de salir cuando os parezca.

Leandro sacó la llave y abrió.

A los pocos segundos se encontraban junto á la puerta del dormitorio de Isabel.

Florentín se detuvo, quedando inmóvil como una estatua.

Su frente se contrajo, y su rostro se cubrió de nerviosa palidez.

## CAPITULO IX

DE COMO FLORENTÍN EXPERIMENTÓ  
DOS SORPRESAS MUY DESAGRADA-  
BLES.

Lo que había detenido al abate, lo que le había hecho temblar y palidecer, era el rojizo resplandor que calificamos de siniestro, de fúnebre, de extraño, y un olor muy conocido para él y del que otra persona no hubiese adivinado muy pronto la causa.

Pasaron algunos minutos de silencio tal, que hubieran podido contarse con escuchar solamente las violentas palpitaciones del corazón del abate.

Quizá no necesitaba dar un paso más para comprenderlo todo.

—¿Por qué os detenéis?—dijo al fin Leandro—. Entrad.

Florentín se pasó las manos por la frente, que empezaba á bañarse en frío sudor, y después de hacer un esfuerzo, murmuró:

—¡Oh!... Si no me equivoco...

—¿Qué?—preguntó el hidalgo, fijando una mirada terrible en el abate.

—No, no es posible que hayáis ido tan lejos...

—Entrad: ya sabéis que os esperan; entrad y no tembléis.

El rostro de Florentín cambió repentinamente de expresión.

En un instante recobró las fuerzas y la energía, y replicó con una frialdad espantosa:

—No tiemblo, porque la muerte no puede amedrantarme si no me amenaza...

—¡Oh!... Aun no me conocéis, caballero... Vais á conocerme.

Y entró en el aposento inmediato.

Lo había engañado su vanidad, puesto que otra vez quedó inmóvil como si se hubiera petrificado.

Volvieron á abrirse desmesuradamente sus ojos y á dilatarse sus pupilas. Tembló convulsivamente y sintió que se erizaban sus cabellos.

¿Qué había visto?

A ambos lados de la cama, ardían dos cirios de amarilla cera.

Isabel, tendida en el lecho, inmóvil, rígida, cadavéricamente pálida, y con los ojos cerrados, tenía las manos cruzadas sobre el pecho y entre ellas un crucifijo.

Sus dorados cabellos se esparcían en desorden sobre la blanca almohada.

Largo rato pasó sin que ninguno de aquellos dos hombres pronunciase una palabra.

La escena debía ser breve, porque era demasiado violenta.

Leandro asió de un brazo al abate y sacudiéndolo rudamente, le dijo con voz sombría:

—Esa es tu obra: contéplala, miserable... Pon ahora la mano sobre tu ruin corazón y dime si aún palpita á impulsos de la pasión criminal que te ha convertido en asesino. No mires ese frío cadáver, no, mira tu alma y pregúntale á tu conciencia.

El abate se estremeció como si repentinamente lo despertasen de un profundo sueño.

Por segunda vez recobró la energía, volvió á ser lo que siempre había sido.

Su boca se dilató, sonriendo con una expresión de ironía espantosa, de repugnante cinismo.

—¡La conciencia—replicó—. Puesto que ya nos conocemos, es inútil fingir.

—¿Os reís ante la muerte?...

—Me río porque no es á mi á quien amenaza.

—¿Estáis seguro de ello?—gritó el hidalgo, llevando la diestra hacia la garganta del abate.

—No, no me mataréis: estoy convencido de que no me habéis traído aquí para asesinarme. Otra cosa queréis, la adivino y os la diré desde luego, para abreviar esta enojosa conversación.

—¡Que quiero otra cosa!...

—Sí, os proponéis intimidarme, aprovechar la turbación que debía producirme la vista de ese cadáver...

—¿Para qué?

—Para arrancarme un secreto que me importa mucho guardar.

—¡Un secreto!...

—Queréis saber donde se encuentra la hija de Jacobo de Tordesillas.

—¡Oh!...

—Matadme si queréis... Cobarde soy, no lo niego; pero la idea de vengarme me da valor sobrado para morir. Matadme, y antes de dos horas, esa niña habrá sido espantosamente atormentada y asesinada, porque tiene por guardián un

hombre con entrañas de tigre y que está aún más interesado que yo en hacer daño á Jacobo. Mucho os habrán dicho de mí; pero no me conocéis aún.

—Florentín sonrió con expresión de humillante lástima, y añadió luego:

—¿Habéis creído que soy un hombre vulgar? ¿Habéis imaginado que para guardar á esa niña no sabía yo hacer algo más de lo que hubiera hecho un hombre cualquiera? Os equivocasteis, y si queréis la prueba de vuestro error, de vuestra torpeza, pronto os la daré. En cuanto á la seguridad de vuestra persona en estos momentos, os diré una cosa solamente: que si habéis matado á dos hombres, posible es que otros dos, quizá cuatro, esperen muy cerca de aquí para saber lo que me ha sucedido.

—No, no necesito pruebas: todo lo malo, todo lo criminal, todo lo horroroso lo creo de vos.

—De todo me acusaréis: pero os obligaré á reconocer que en esta ocasión os hablo con una franqueza que honraría al más noble.

—¡Vos!...

—Isabel de Linares está condenada por el Santo Oficio como reo relapso, y por consiguiente, no pudiendo ser quemada, debe ser quemado su cadáver. Enterradla mañana, y una hora después se la habrá desenterrado para llevarla á la hoguera.

—¿Os atreveríais?...

—He jurado ver arder ese cuerpo, y yo no juro en vano.

—¿Y por qué esperáis á mañana?

—Me dáis un buen consejo. ¿Por qué he de esperar? Esta misma noche, apenas salga yo de aquí, entrarán á buscar el cadáver.

—Vendrán por él; pero os juro por quién soy, que no se lo llevarán.

—Haréis mal en oponeros, porque si queréis no tengo inconveniente en dejaros salir al mismo tiempo que yo, si bien os advierto que después os perseguirían; pero me atrevo á dejaros hasta el amanecer en completa libertad.

—No saldré de esta casa hasta que me convenga.

Florentín se encogió de hombros y replicó:

—Me parece que hemos concluido.

—¿Insistís en profanar el cuerpo de vuestra víctima?

—Sí.

—Pensadlo bien...

—Lo he pensado.

—Mirad que puede costaros la vida...

—Aquí me tenéis, matadme.

—No es menester—dijo entonces una voz tranquila, pero firme, que sonó junto á la puerta.

## CAPITULO X

### UN NUEVO DEFENSOR DE ISABEL

El abate volvió la cabeza, y quedó sorprendido al ver en la puerta á un hombre. Era éste de regular estatura.

Estaba envuelto en una capa de finísimo paño y ocultaba el semblante bajo el embozo, no dejando ver más que los ojos, grandes, negros, magníficos, de largas pestañas y brillante pupila.

Por debajo de la capa, que era bastante larga, veíanse sus piernas, admirablemente modeladas y cubiertas con calzas riquísimas de lana azul oscura.

También se veía una parte de su tizona, cuya vaina de terciopelo encarnado remataba en una contera de plata cincelada.

En el sombrero, que era como las calzas, de un color azul oscuro, relumbraba un riquísimo joyel de diamantes.

La riqueza de su vestido y su continente, revelaban al caballero de la más noble alcurnia.

Florentín lo contempló un instante.

Debió conocerlo, porque su rostro palideció y se contrajo.

—¡Ah!—exclamó con acento, que lo mismo podía ser de miedo que de sorpresa.

—¿Sabéis quién soy?—preguntó el desconocido.

—Perdonad—repuso Claudio—, no esperaba veros...

—Venid, que tengo que deciros dos palabras, y este sitio no es el más á propósito para que hablemos, pues aquí solo se debe inclinar la cabeza ante la muerte y orar por el alma que animó ese cuerpo.

Estas palabras fueron pronunciadas tranquilamente; pero con la más dura seriedad.

—Advertid—replicó el abate—, que estoy cumpliendo con mi deber...

—Estáis escarneciendo lo que es más sagrado, estáis regocijándoos con vuestros criminales triunfos, saboreando el placer de la venganza, insultando la honradez y provocando la cólera divina, porque no creéis en Dios.

—¡Don Martín!—exclamó el abate con voz balbuciente por la ira.

—¿Por qué no provocáis la cólera de los hombres? Yo no soy Dios, soy una mísera criatura. ¿Por qué no os atrevéis á retarme?... Venid os digo, que tengo que hablaros.

—Vamos, pues.

Salieron á la habitación inmediata. El caballero se sentó, descubriéndose entonces su rostro aguileño y de belleza varonil admirable.

Era uno de esos hombres cuya edad no puede marcarse con exactitud: lo único que se conocía era que pasaba de los cuarenta años.

Sus labios estaban ligeramente contraídos con expresión del más profundo desdén.

Al desembozarse dejó ver una ropilla de terciopelo azul y el cinturón bordado de oro y con hebilla del mismo metal.

Leandro se había quedado en el dormitorio de Isabel.

Florentín permaneció en pie y en actitud respetuosa.

¿Quién era aquel hombre á quien un inquisidor de la importancia de Florentín guardaba tales consideraciones?

¿Quién era aquel hombre que se atrevía á decir al abate lo que quizá no se hubiera atrevido á decirle el mismo rey?

Transcurrieron algunos momentos sin que ninguno de los dos hablase.

Por fin el poderoso caballero dijo con su inalterable tranquilidad.

—Si hace dos meses hubiera yo sabido lo que ahora sé, os juro por quien soy, señor abate, que tendríais sobre vuestra conciencia un crimen menos; pero si no he podido evitarlo, sabré remediarlo.

Florentín, á pesar de toda su audacia y de todo su poder, se estremeció.

—Bien probáis—añadió el caballero—, que corre por vuestras venas la misma sangre del napolitano Florentín, conspirador, ladrón, asesino...

—¡Señor de Quiñones!—exclamó el abate, apretando los puños.

—No os enojéis, no perdáis la calma por primera vez en vuestra vida.

—Habláis de mi padre, y...

—Habréis de escucharme, mal que os pese. ¿Creíais que no había nadie que conociese el secreto de vuestra familia, nadie que supiese que sois de una raza maldita?

—¡Oh!...

—No debéis sorprenderos, señor abate, porque debéis saber que desde mi juventud he sido, aun contra mi voluntad, el dueño de los secretos más importantes de todo el mundo, y lo extraño sería que no conociese los vuestros, pues no parece sino que Dios ha querido darme para esta vida.

—Sí, caballero, conozco perfectamente vuestra historia, la conozco con todos sus detalles.

—Pues entonces—repuso Quiñones—, sabéis que más de una vez me he burlado de la Inquisición, sabéis que le he arrebatado alguna presa, y sabéis también que donde quiera que había misterios horribles envueltos en negras tinieblas, yo llevaba la luz.

—Lo sé, lo sé.

—¿Queréis que os recuerde algún episodio de la vida de vuestro padre?

—No es menester—replicó Florentín, cada vez más agitado.

—Sin embargo, bueno será que no os quede duda de que sé que vuestro padre envenenó á un hombre para robarle ciertos papeles, y asesinó á un santo religioso...

—Perdonad, caballero; pero no adivino que es lo que os proponéis.

—Os lo diré... Sentaos y me escucharéis más cómodamente.

—Gracias, me encuentro bien.

—Sentaos, que yo os doy licencia.

Esta nueva humillación, este nuevo insulto acabó de trastornar á Florentín.

De sus ojuelos se escaparon dos relámpagos.

Quiñones desplegó una leve sonrisa y dijo:

—Debisteis heredar de vuestro padre aquellos papeles, donde constaba la existencia de un tesoro consistente en cien mil escudos.

El abate reflexionó un momento.

Le sobraba inteligencia para apreciar la situación y dijo:

—Sí, heredé esos papeles...

—Y habréis hecho todo lo que es imaginable para encontrar al depositario del tesoro.

—Sí—respondió sin vacilar el abate—, he trabajado y trabajaré, aunque me robaron los papeles.

—¿Sabéis quién?

—Un miserable á quien he tenido en mi poder...

—Y os engañó... Ya veis que á pesar de toda vuestra astucia puede burlarse de vos el más torpe.

—No lo habrá hecho impunemente, ó dejaré de ser quien soy.

—Por de pronto os quitaron esos preciosos documentos, además de mil escudos en oro que tenáis ahorrados.

—No importa—replicó el abate, que empezaba á recobrar la calma, á pesar del miedo que parecía infundirle Quiñones.

A pesar de vuestra codicia, no debe produciros gran pesar la pérdida del dinero, porque tenéis medios de hacer vuestra fortuna, y en cuanto á los papeles, como su contenido estará grabado en vuestra memoria...

—Para nada los necesito.

—Olvidáis una cosa, señor abate, y es extraño en vuestra rara inteligencia.

—Si vos tenéis la bondad de recordármela...

—Con mucho gusto.

—Os lo agradezco.

—Desde el instante en que os arrebataron esos papeles, hay otra persona que conoce el secreto del tesoro, y bien sea con la intención de apropiárselo, ó con la de entregarlo á su dueño legítimo, buscará como habéis buscado vos, y por consiguiente...

—Comprendo, señor Martín.

—En vez de uno, seréis dos los aspirantes á ese montón de oro, y nadie sabe á quién protegerá la fortuna, que dicho sea de paso, es muy caprichosa.

La frente de Claudio se obscureció más que nunca y lanzó al caballero una mirada fugaz, pero terrible.

Acababa de comprender que el tesoro objeto de sus afanes peligraba.

Esto era para él la desgracia más horrible.

Contra su nuevo adversario no le era posible poner en juego cierta clase de intrigas.

Hasta el poder omnímodo de la Inquisición debía estrellarse contra el de aquel hombre, á quien no era fácil tocar sin producir los más graves conflictos.

—Hace poco—añadió el caballero—, decíais á la persona que os traído aquí, que debíais hablar con franqueza, puesto que ya os conocíais. Conmigo estáis en el mismo caso, porque he resuelto dejar de fingir que os creía un hombre honrado, he resuelto cambiar de conducta, y principio por deciros que no podéis engañarme. Ayer todavía contabais con mi influencia para satisfacer vuestra ambición, y me adulabais muy ajeno de que yo os conociese como os conozco.

Repentinamente cambió de expresión el rostro del abate.

Sus ojos, antes relucientes con el fuego de la ira, dirigieron á Quiñones una mirada suplicante y de mortal angustia.

Cruzó las manos, extendió los brazos y exclamó:

—¡Ah!... Todo lo confieso, reconozco mi maldad y estoy pronto á remediarla, aun á costa de los mayores sacrificios; pero tened compasión de mi, perdonadme...

—Si lo merecéis—interrumpió el caballero.

—Os lo suplicaré hasta de rodillas.

—Callad y escuchadme.

—Lo comprendo todo: os interesáis por esa familia, perseguida por mi...

—Escuchadme os digo.

—Espero vuestras órdenes—dijo el abate; fingiendo tan hábilmente la más completa turbación que se hubiera creído que iba á derramar lágrimas.

Quiñones fijó en el miserable una mirada de desdén y reposo.

—Habéis sido la causa de la muerte de esa mujer.

—Si dando mi vida pudiera resucitarla...

—Sí, cualquier sacrificio haríais por resucitarla, para volver á perseguirla.

—Os juro...

—No juréis.

—La culpa no ha sido toda mía: hace

mucho tiempo que los vecinos del arrabal de San Ginés se presentaban en el Santo Oficio á declarar contra Jacobo de Tordesillas...

—Sé lo que ha sucedido.

—Reconozco que aproveché la ocasión, porque...

Florentín se interrumpió, bajó los ojos como si se ruborizase, exhaló un suspiro y añadió con acento de humildad verdaderamente evangélica:

—Débil criatura, he caído en la tentación y me han faltado fuerzas para resistir; pero me arrepiento y aceptaré con resignación el castigo que merecen mis culpas. Desgraciadamente no puedo devolver la vida á esa pobre madre á esa mujer virtuosa, que todo ha sabido arrostrarlo para cumplir sus deberes.

—¡Oh!—interrumpió indignado el caballero—; imposible parece que exista un ser tan ruín y tan miserable como vos.

—Acusadme, despreciadme, maltratadme, porque todo me lo merezco....

—Callad.

Florentín inclinó tristemente la cabeza y guardó silencio.

—Tenéis en vuestro poder á la hija de Jacobo—dijo Quiñones.

—La tuve; pero lo mismo que los papeles...

—Mentís.

—La confié á una mujer, que ha desaparecido, llevándose la niña, sin duda con el fin de explotarla, ya poniéndola á un precio para sus padres, ya de cualquier otro modo.

—Mentís—replicó el caballero.

—Os juro...

—No creo vuestros juramentos.

—¡Dios mío!—exclamó el abate con desesperación—; ¿cómo haré creer la verdad?

—Quiero que me entreguéis esa criatura.

—Imposible, señor don Martín, imposible. Lo único que puedo hacer es respetar el cadáver de esa infeliz; pero en cuanto á la niña...

—Decidid—replicó el caballero, poniéndose en pie y fijando en el abate una mirada terrible.

—Buscaré á esa niña. La buscaré con más afán que he buscado á su madre,

con más afán que he buscado el tesoro de Gil Pérez.

—No tenéis que buscarla.

—Otra cosa me es imposible hacer.

—Dejad las excusas porque no os creo.

¿Me entregaréis hoy mismo esa niña?

—¡Esto es horrible!—exclamó Florentín retorciéndose las manos.

—¿Me la entregaréis?

—¡Tened compasión de mí!...

—No quiero súplicas.

—Creedme...

—No.

—¡En nombre de lo que más améis!—gritó el abate, dejándose caer de rodillas—. No seáis injusto por primera vez en vuestra vida; sed, como siempre, noble, generoso y grande... Mi arrepentimiento es sincero, mi dolor profundo... Nada quiero, renuncio á todo lo que he ambicionado; pero creedme, escuchad mis juramentos...

—Apartaos miserable.

—¡Mi noble señor!...

—Decidíjose...

—Me pedís un imposible...

—Basta.

—¡Ah!...

—Ya sabéis que soy vuestro enemigo—repuso el caballero, dando un paso hacia la puerta.

Florentín, como impulsado por un resorte, se puso en pie, enderezóse, irguiendo la cabeza con altivez; sus ojos relumbraron nuevamente, y extendiendo un brazo, detuvo al caballero, diciéndole con energía:

—Esperad, que aún no hemos concluido.

—No me toquéis—replicó Quiñones—, porque os aplastaré como á un reptil.

—Sí, soy un reptil: basta ya de fingimiento, basta de disimulo.

—¿Qué queréis?

—No he olvidado quien soy.

—Más bien deberíais decir que no habéis dejado de ser lo que siempre habéis sido.

—Es igual.

—¿Vais á amenazarme?

—Vos lo habéis dicho...

—Sí.

—¿Decís que sois mi enemigo?...

—Y reconozco que no hay nada más justo sino que también lo seáis mío.

—Pues bien, lo que antes he hecho



con vuestro protegido, lo haré con vos ahora.

—Me hablaréis con franqueza, ¿no es verdad?

—Sí.

Volvió á sonreír Quiñones con expresión de burla, y dijo:

—Hablad, que me divertiré escucharos.

—Lo que ha sido de la hija de Jacobo de Tordesillas, no os importa á vos ni á nadie. El Santo Oficio, en uso de su derecho, ha dispuesto de esa niña lo que ha tenido por conveniente. Esto se lo diría también á vuestro hermano si me lo preguntara. ¿Lo entendéis? A vuestro hermano.

—Mi hermano...

—Hemos convenido en que conozco vuestra historia y vuestros secretos de familia como vos conocéis los míos, y por eso, en vez de decir el rey...

—Basta.

—Pues ¿no estaríais ya en un calabozo de la Inquisición si yo no conociera el secreto de vuestro nacimiento? Ya sé que el rey, á pesar de todo su fanatismo, sería capaz hasta de suprimir el Santo Oficio y dejarse excomulgar si vos le amenazábais con revelar ese secreto y presentar al mundo la prueba de que sois hijo de Felipe II.

—¿No sabéis lo que ese secreto de Estado puede costar al que lo conoce?

—Sí.

—Entonces...

—Por eso no hago de el otro uso que el de respetaros como no respetaría á ningún hombre, el de guardaros consideraciones que á nadie guardaría.

—Acabemos.

—Ha muerto esa mujer—repuso Florentín—, y respetaré su cadáver...

—Porque yo lo haré respetar

—Así es; pero en cuanto á su hija...

—La guerra está declarada... Guardaos de mí, como yo me guardaré de vos; haced lo posible para aniquilarme, porque yo os aniquilaré en cuanto pueda.

—Nos hemos entendido, señor de Quiñones.

—Pues ya estáis demás en esta casa: salid y tened cuidado de no volver la cabeza atrás.

—Pero no olvidaré al hombre que se ha quedado junto al cadáver.

—Sí lo olvidaréis, porque el día que la

Inquisición ponga la mano sobre ese hombre, el día que lo encierren, el rey en persona irá á sacarlo del calabozo.

—¡Oh!...

—Os lo juro, y ya sabéis, señor abate, que yo no juro en balde.

—Bien; haré lo que me parezca, y vos...

—Hemos concluído.

Presentóse Leand o.

—Abrid para que salga este hombre—le dijo el caballero.

—Y además—respondió el hidalgo—, lo acompañaré para que no le suceda ninguna desgracia, porque Madrid está lleno de asesinos audaces, como lo prueba lo que nos ha sucedido al venir.

—¿Qué os ha sucedido?

—Poca cosa: nos acometieron, ó más bien me acometieron dos miserables disfrazados de esbirros del Santo tribunal...

—¿Y qué hicisteis?

—En tierra quedaron, y será milagro que alguno de ellos salve la vida.

—Comprendo—repuso Quiñones, lanzando á Florentín una mirada de desprecio.

—Un golpe en falso como otro cualquiera, dijo el abate con un cinismo sin igual—, pero esto no importa, puesto que aún no hemos concluído, no hemos hecho apenas más que empezar.

—Idos, y vos—dijo el caballero dirigiéndose á Leandro—; buscadme después donde sabéis.

—¿Es decir que vos?...

—Todo lo arreglaré.

—Ya que tenéis la bondad de tomaros esa molestia...

—Queñad tranquilo.

El hidalgo y Florentín salieron.

Quiñones entró en el dormitorio de Isabel.

Esta se encontraba fuera del lecho, vestida y cobijada.

Su rostro estaba densamente pálido.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Cuánto he sufrido!...

—Señora, permitidme que os manifieste mi admiración: parece imposible que una mujer tenga valor y fuerzas para hacer lo que vos habéis hecho.

—No lo ha hecho la mujer, sino la madre... ¡Ah! ¿Para qué no tendrá valor una madre?

—Es verdad—murmuró el caballero

con voz ahogada:—: una madre es capaz de todo, como lo fué la mía... ¡Madre de mi alma!...

Dos lágrimas empañaron los negros ojos de Quiñones.

—¡Dios mío!—exclamó Isabel levantando al cielo los ojos—. Aún hay en el mundo corazones grandes y nobles.

—Y hay una Providencia que nos protegerá, hay un Dios que os hará justicia como se la hizo á mi madre... No perdáis la fe, señora, no perdáis la fe en la justicia divina y el triunfo será vuestro como en otro tiempo lo fué mío, porque no se entibió la ardiente fe encendida en mi alma, por el hombre virtuoso, santo, que me sirvió de padre, y de cuya pérdida no me consolaré jamás.

—¡Cuánto os debo!...

—Vamos, señora, que cada minuto que pasa es un nuevo peligro. Aún no conocéis á vuestro perseguidor.

—Desgraciadamente lo conozco demasiado.

—Desgraciadamente habéis de tener pruebas de que no lo habéis conocido todavía.

—Me hacéis temblar...

—No quiero atormentaros; pero es preciso que no estéis en un error, y así os prepararéis á todo.

—Si consigo encontrar á mi hija...

—La encontraremos, como yo encontré á mi madre, á pesar del inmenso poder de nuestros enemigos; como mi madre encontró al hijo á quién buscó por espacio de veinte años, sin que estorbárselo pudieran persecuciones ni calabozos.

—¡Gracias, gracias! Vuestras palabras son tan consoladoras... ¿Quién os ha enseñado á hablar?

—Habla mi fe, señora.

—¡Dios os bendiga!

—Y á vos os proteja.

Isabel se apoyó en el brazo de Quiñones, y después de apagar los cirios, salieron sin cuidarse de cerrar la puerta.

Apenas estuvieron en la calle se les acercaron cuatro hombres; de los cuatro dos llevaban linternas encendidas.

Los cuatro iban ricamente vestidos de terciopelo carmesí con adornos de galones de oro, ostentando en el pecho primorosamente bordadas con sedas de colores, oro y plata, las armas unidas

de las nobilísimas casas de los Quiñones y Cervera.

Eran lacayos de Martín de Quiñones.

—Señor—dijeron, inclinándose con respeto.

—Vamos—dijo el caballero.

Delante los dos de las linternas y detrás los otros, todos con las espadas desnudas, subieron la empinada calle.

En la de Puerta Cerrada encontraron una silla de manos con los dos sirvientes que debían llevarla y cuatro escuderos.

Uno de los pajes abrió la portezuela, mientras los otros sacaban antorchas de que iban prevenidos y las encendían.

—Señora—dijo Martín—, debo ceder á mi esposa el honor de acompañaros.

Asomó por la portezuela una mano cubierta con un finísimo guante, y luego una cabeza cubierta con la capucha de un albornoz de terciopelo azul con broches de oro y brillantes, y los negros ojos de doña Inés de Guevara, esposa de nuestro caballero, fijaron en Isabel una mirada dulcísima.

—Venid señora—dijo la noble dama—, venid y lloraréis á mi lado.

La fugitiva que no esperaba aquello, se sintió aturdida por la sorpresa, y como un autómatas que obedece á sus resortes, tomó la mano que le ofrecía doña Inés y entró en la litera.

La portezuela se cerró.

—Por aquí—dijo Quiñones.

Y tomó hacia Puerta Cerrada seguido de sus criados y de la litera.

Aquella comitiva que hubiera podido tomarse por la de un príncipe, adelantó por el mismo camino que habían llevado Isabel y su protector.

Cuando llegaron á San Ginés se detuvieron.

La esposa de Jacobo salió de la litera con el rostro lleno de lágrimas, y se apoyó en el brazo que Quiñones le ofrecía.

Alejáronse ambos hacia San Martín, desapareciendo por la calle de la Bodega.

Los demás esperaron.

Haciendo uso de nuestro derecho de novelistas, miraremos al interior de la silla de manos y podremos ver que doña Inés de Guevara se limpiaba los ojos con su riquísimo pañuelo de batista, y exhalaba un suspiro, así como también oiremos que murmuraba:

—¡Dios mío, protégeme á esa infeliz!  
Y después de algunos momentos,  
añadió:

—No sabría decirse qué es más bello  
en esa mujer, si su corazón ó su rostro...  
¡Oh!... Es una mujer admirable.

Pasó un cuarto de hora.  
Quiñones volvió, entró en  
la litera, y dijo á sus criados:  
—A casa.

Pusiéronse todos en movi-  
miento y antes de media hora  
entraban en uno de los edi-  
ficios de la calle de Puerta  
Cerrada.

—Ya sabes, lector, ó em-  
píezas á saber quién era el  
personaje misterioso que has  
visto asomar alguna vez en el  
transcurso de esta historia.

## CAPITULO XI

### CÓMO SE ENCONTRABA MARÍA

¿Y Jacobo?

Lo hemos abandonado y  
no sabemos si en su segundo  
viaje fué tan feliz como en el  
primero, advirtiendo que por  
felicidad en su situación debe  
entenderse el no haber caído  
en manos de los agentes de  
la Inquisición.

Con poca diferencia siguió  
el camino que la primera,  
encontrando protección y re-  
cursos en los agentes secre-  
tos de la Compañía de Jesús,  
á quienes antes se había pre-  
sentado con el misterioso pa-  
pel del padre Fulgencio.

Cuando llegó á la aldea  
donde había conocido á éste,  
se detuvo y meditó sobre la conducta que  
debía seguir.

¿Comprometería con su presencia á la  
jóven que antes lo había favorecido?

No, porque el único peligro era el je-  
suita, y á éste podía contarle Jacobo,  
sino en el número de sus amigos, en el de  
sus protectores.

La pobre anciana, aunque fuera de  
peligro, había quedado enferma, y María

preocupada y como si tuviese nuevos  
motivos de sufrimiento.

¿Qué había sido, pues, de aquella po-  
bre familia?

—Algo más de lo que yo he visto su-  
cede allí—se dijo Jacobo—; necesito ave-



Tenía las manos cruzadas sobre el pecho y entre ellas un  
crucifijo. (Pág. 34.)

riguarlo, no por curiosidad, sino por el  
interés que me inspira esa joven, digna de  
mejor suerte.

Aun á riesgo de encontrarse en nuevos  
apuros, el esposo de Isabel se presentó  
en la humilde vivienda de María.

Empezaba á ponerse el sol.

La hermosa joven se encontraba sola,  
y al ver al fugitivo, exhaló un grito cuya  
significación no era fácil comprender.

—Tranquilizaos—le dijo el alquimista—; ya se que mi presencia puede comprometeros, y no he pensado detenerme sino algunos instantes, lo absolutamente preciso para saber si vuestra buena madre recobró por completo la salud, y si sois todo lo dichosa que podéis ser en vuestra triste situación.

—No—respondió María con su natural dulzura—; no os iréis sin haber descansado. Ni me comprometéis, ni creo tampoco que corréis ningún peligro, porque la única persona que os conoce está dispuesta á protegeros.

—¿Cómo lo sabéis?

—¿Habéis olvidado, mi buen señor, lo que sucedió el último día que estuvisteis aquí?

—¿Pero acaso el jesuita...

—Me hizo la promesa de prestaros ayuda, me lo juró así, y estoy segura de que lo cumplirá.

Y esto lo dijo María con un acento de tristeza tan profunda, que llamó la atención de Jacobo, haciéndole comprender que en todo lo que había sucedido había un misterio que le importaba descubrir.

—Algo me ocultáis—dijo el esposo de Isabel mientras fijaba en la joven una mirada penetrante y escudriñadora.

—¿Que os oculto algo!...

—Sí.

—Os equivocais.

—Vuestra madre ha recobrado la salud, y por consiguiente debíais ser dichosa.

—¿Y no lo soy?

—Sufrís mucho, tanto por lo menos como el día en que os encontré esperando la más triste orfandad.

—Pero...

—No os hace sufrir la pobreza...

—No, porque nada ambiciono.

—Vuestro semblante revela uno de esos dolores lentos, que son doblemente atormentadores y horribles, porque no tienen el consuelo del desahogo, porque son un secreto que se guarda en lo más recóndito del alma...

—No, no—balbuceó la sencilla joven, que no sabía fingir.

—¿No queréis confiarme vuestros pesares?

—Ninguno tengo más que el temor de que me falte mi madre algún día.

—Goza de buena salud.

—Es muy anciana...

—Debo respetar vuestros secretos.

—Ninguno tengo para vos, y en prueba de ello, voy á participaros la novedad que ocurre en esta casa.

—Decidme todo aquello que bien os parezca.

—Mañana debo casarme...

—¿Vais á casaros!...

—¿Qué os sorprende?

—Nada, porque sois hermosa, vuestra virtud es rara, vuestro corazón es un tesoro... No os ruboriceis, pobre niña, que os hable como pudiera hablaros vuestro padre. No me sorprende que os caseis, porque debe haber muchos hombres que codicien vuestro amor: pero sí me extraña que en el poco tiempo que ha transcurrido desde que tan generosamente me dísteis la hospitalidad, hayáis decidido de vuestro porvenir.

—El hombre con quien debo casarme me conoce sobradamente; yo también lo conozco...

—¿Y es digno de vuestro amor?—preguntó Jacobo sin apartar la vista de María.

—Creo que sí—respondió esta bajando los ojos, porque no se atrevía á mirar frente á frente al hidalgo después de haber mentido.

—He ahí el secreto de vuestros sufrimientos—replicó vivamente Jacobo.

—María no pudo contener un grito.

—No os casáis, sino que os casan.

—Caballero...

—No amáis al hombre que ha de ser vuestro esposo, sino que todo lo más ese hombre os ama.

—¿Qué estáis diciendo?

—Digo que ese hombre no es digno de vos... En vano intentaréis negar, porque no habéis nacido para mentir. Decídmelo todo como se le dice á un padre. ¿Quién sabe si podré daros algún consejo que os sea provechoso.

María se cubrió el rostro con las manos.

—¡Pobre niña!—dijo Jacobo con acento de la más tierna conmoción—. Nada me ocultéis, porque estoy dispuesto por vos á toda clase de sacrificios.

—No—replicó la joven con voz ahogada y descubriendo el rostro lleno de lágrimas—, mi desgracia no tiene remedio.

—Desde luego os digo que os equivocáis: esa desconsoladora coacción es sin duda alguna hija de vuestra inocencia, de vuestra candidez.

—Debo casarme.

—¿Es rico el hombre que se os destina?

—Lo será mañana al unirse conmigo.

—Eso es raro.

—María guardó silencio.

—Si vos tuviérais un dote—añadió Jacobo—, comprendería lo que decís.

Estremeciose y palideció la joven.

La frente del alquimista se contrajo.

Significaban para él mucho y muy horrible el estremecimiento y la palidez de María.

A toda costa quiso entonces descubrir el misterio.

—Os casáis contra vuestra voluntad con un hombre que si no es rico, lo será positivamente mañana. ¿Hacéis un sacrificio por el bienestar de vuestra anciana madre?

—Caballero, me habéis dicho que no sirvo para mentir...

—Por eso calláis.

—Sí.

—¿Conozco yo al hombre que ha de unirse con vos?

—No recuerdo que lo viérais cuando estuvisteis aquí.

—Sin embargo, decidme quién es y dadme noticias de sus circunstancias.

—Es el hijo de nuestra vecina.

—¡Ah!...

—Ya sabéis...

—Sí, sí, el hijo de esa mujer amiga del jesuita... Me hablasteis de ese hombre, y si mal no recuerdo, os era desagradable, muy desagradable.

El llanto volvió á correr por las mejillas de María.

—¿Queréis decirme la verdad—le preguntó Jacobo con tierna solicitud.

—No puedo.

—Pues bien, yo os diré lo que adivino.

—¿Qué adivináis?

—Que ese casamiento es obra del jesuita.

—No puedo hablar, ya os lo he dicho, **no puedo hablar.**

—¿Desconfiáis de mi?

—No.

—Entonces...

—¡Ah!... soy muy desgraciada. Compadecedme.

—¡Desdichada criatura!

—Compadecedme; pero no me preguntéis más, porque me es imposible daros explicaciones.

El acento de María revelaba el más intenso dolor.

Por más que se la quisiera favorecer, era forzoso respetar su secreto.

—Bien—dijo el alquimista—, no os preguntaré más, porque os atormento.

—Perdonadme; pero.

—¿De qué he de perdonaros?

—Mi reserva...

—No me ofende.

—Puede ser que algún día, contra mi voluntad, lo sepáis todo.

—¿Contra vuestra voluntad?

—Sí, porque no quisiera que jamás llegárais á conocer este secreto.

—Hablemos de otra cosa.

—Os advierto que mi madre, menos perspicaz que vos, no adivina lo que sufro y cree que soy feliz, porque no ve mis lágrimas.

—¿No ha mostrado ninguna oposición á vuestro casamiento?

Juanillo le desagradaba; pero yo le aseguré que lo creía y esto ha sido bastante para que lo apruebe todo.

—Descuidad, que disimularé; pero debo advertiros que haré lo posible para descubrir el secreto que me ocultáis, porque el corazón me dice que está en mi mano vuestra felicidad.

—No lo intentéis.

—Dejadme.

—Os pesaría...

—¿No decís que puedo quedarme sin peligro alguno?

—Nadie os conoce más que el padre Fulgencio.

—De ese no temo nada.

—Esta misma noche, ó al amanecer, vendrá para asistir á mi boda.

—Quiero verlo.

—¿Con qué fin?

—Ya sabéis que que'amos muy amí-

gos, y tenemos que tratar de ciertos asuntos de mucho interés.

—Nada le digáis de mi casamiento.

—Descuidad, que nada le diré que os comprometa.

—Venid, os daré de cenar y descansaréis.

—Nada necesito: cenaré cuando vuelva vuestra madre, y después me ocultaré en el camarachón, porque es prudente hacerlo así.

—No me opondré á que toméis precauciones, porque todo me parece poco para que os salvéis.

Guardaron silencio.

Algunos minutos después llegó la anciana, y cuando supo quien era el hombre que estaba allí, derramó lágrimas de gratitud.

Cenaron tan frugalmente como lo exigía su pobreza.

María se esforzó para disimular lo que sentía, y muchas veces se la vió sonreír.

A pesar de esto, su dolor no hubiera pasado desapercibido para otra persona que para su cándida madre.

Después de rezar se dispusieron á acostarse, muy ajenos de que aquella misma noche debía tener lugar un acontecimiento de la mayor importancia, puesto que había de decidir de la suerte de aquella familia, y muy particularmente de la joven, que tan generosamente había jurado sacrificarse por salvar á Jacobo.

Hé aquí lo que sucedió.

## CAPITULO XII

### UN GOLPE INESPERADO

Serían las diez de la noche.

Juanillo dormía profundamente.

Su madre velaba, porque esperaba al jesuíta.

La anciana madre de María también se había entregado al sueño; pero no así la joven, porque su agitación crecía más y más á medida que se acercaba el momento del sacrificio.

Jacobo estaba despierto en el camarachón y cavilaba, esforzándose por adivinar el secreto que tan cuidadosamente se le ocultaba.

Entre tanto se acercaban á la aldea dos hombres en sendas mulas de paso.

Brillaba la luna, y acercándose á ellos podía examinárseles perfectamente.

El que iba delante era el padre Fulgencio.

Antes de entrar en la población, detuviéronse junto á unos espesos matorrales.

Descabalgó el jesuíta, dió las riendas al otro, y le dijo:

—Ocultaos ahí, hermano, y esperadme según os indiqué.

Y sin detenerse, siguió apresuradamente y en pocos minutos llegó á la vivienda de María.

Miró á todos lados, escuchó, y convencido de que nadie le observaba, llamando algunos golpes en la puerta.

Sorprendióse la joven, porque á nadie esperaba pues no creía que el jesuíta se presentase hasta el amanecer aunque llegase aquella noche.

—¿Me habré engañado?—se preguntó incorporándose en la cama.

No tardó en oír nuevos golpes.

Dejó el lecho y empezó á buscar á tientas lo necesario para encender luz.

Sin duda el ruido que hizo, aunque leve, llegó á oídos del religioso, porque esperó sin volver á llamar.

Cuando María tuvo luz, vistióse apresuradamente y se acercó á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—Abrid—le respondió el jesuíta.

—¿Pero quien sois, y qué buscáis?

—Poned el oído junto al agujero de la cerradura y os lo diré.

Hízolo así la joven, y oyó las siguientes palabras:

—Soy el padre Fulgencio: abrid en seguida.

No pudo María contener un grito de terror.

La presencia del jesuíta era como una prueba de que su desgracia no tenía remedio.

—No gritéis—le dijo el religioso.

La joven abrió.

—Dios os guarde, hija mía...

—Padre...

—¿Os sorprende mi visita á estas horas?

—Sí, me sorprende y me pone en cuidado.

—Pues no tembléis, que aunque os

amenazase alguna desgracia, yo estoy aquí para protegeros.

—Gracias; pero...

—Cerrad, sentaos y escuchadme.

Obedeció María, cuyos miembros temblaban convulsivamente.

—¿Y Juanillo?—preguntó el jesuita.

—En su casa.

—¿No sabréis si duerme?

—Supongo que sí.

—Pues es preciso despertarlo.

—¡Despertarlo!...

—Sí, y ahora mismo vais á hacerlo.

—No os comprendo, padre mío.

—Creo que me explico con bastante claridad.

—Decís que despierte á Juanillo...

—Digo que salgáis, os acerquéis á la puerta de su casa y llaméis hasta que os respondan.

—¿Y luego?

—Le mandaréis á Juanillo venir inmediatamente.

—¿Pero qué ocurre?

—Lo sabréis, descuidad. Ahora no podemos perder el tiempo, que después ha de sobrarnos.

—Habéis venido aquí antes de ir allí...

—Lo cual os sorprende.

—Es natural.

—Sí; pero haced lo que os digo, porque no sabemos lo que puede suceder en un minuto.

—¿Ha de venir también la señora Camila?

—No ha de venir hasta que se le avise.

La joven, más aturdida cada vez, se levantó, dirigiéndose á la puerta.

Pero antes de que abriese la detuvo el padre Fulgencio, diciéndole:

—Esperad.

—¿Qué queréis?

—Callad.

—Conteniendo la respiración, puso el jesuita el oído junto al agujero de la cerradura y escuchó:

Sonaron en la calle pasos de muchas personas.

María, aunque no acertaba á darse cuenta de lo que aquello significaba, tembló más que antes y su rostro se tornó lívido.

El ruido de los pasos cesó.

Un momento después sonaron algunos

golpes dados sin miramiento alguno á la puerta de la casa de Juanillo.

—¡Oh!—exclamó el jesuita, apretando los puños—. ¡Ya es tarde!

—¿Pero qué sucede?—preguntó María con voz entrecortada.

—Callad, y escuchad.

Con el silencio de la noche, pudo oírse la voz de Camila, que preguntaba:

—¿Quién es?

—Abrid al Santo Oficio—le contestaron con acento imperioso.

—¡Dios mío!—exclamó María cruzando las manos—. Lo han descubierto, vienen por él...

—Sí—murmuró el religioso con voz sorda.

—Por fortuna han equivocado la casa, y antes de que conozcan su error, tendrá tiempo de huir... Voy á despertarlo.

—¿A quién?—preguntó el padre Fulgencio, mirando sorprendido á la joven y asiéndola por un brazo.

—¿A quién ha de ser?... ¿Acaso lo ignoráis, cuando vos fuisteis el que le proporcionó los medios de salvarse?

—¿De quién habláis?

—Del fugitivo—respondió la infeliz joven—, del perseguido por la Inquisición.

—Acabad...

—Del que curó á mi madre...

—¡Jacobó!

—Sí.

—¿Ha venido?

—Esta noche.

—No os mováis.

—¿No oís que llaman otra vez?

—No es á Jacobo á quien buscan...

—¿Pues á quién?

—A Juanillo.

—¡Ah!...

—Silencio.

Quedaron inmóviles.

Entre tanto, diez ó doce alguaciles del Santo Oficio continuaban dando furiosos golpes á la puerta de la morada de Camila.

Esta abrió por fin, presentándose trémula y lívida.

—¿Qué queréis?—preguntó—. Sin duda os habéis equivocado; pero no obstante, podéis entrar, descansar y pedirme las noticias que necesitéis, porque

soy cristiana vieja y me tendré por muy honrada si puedo servirlos.

—¿No os llamáis Camila?

—Para servir á Dios y á vuestras mercedes.

—¿No tenéis un hijo que se llama Juan?

—Sí Juan Terrones, buen católico lo mismo que yo.

—Pues á vuestro hijo es á quien tenemos que hablar.

—No me sorprende, porque tiene la honra de ocuparse alguna vez en asuntos de los señores de la Santa Inquisición.

—Si duerme—interrumpió uno de los esbirros—, despertadlo, que se vista de prisa y que salga.

—Ayer justamente estuvo en la ciudad...

—Bien, bien... Llamadlo.

La viuda, completamente tranquila obedeció.

Cinco minutos después volvió acompañada de Juanillo, que se restregaba los ojos y bostezaba ruidosamente.

—Tomad vuestro sombrero y vuestra capa, que la noche está fría.

—¿Y para qué?—preguntó el mozo entre bostezo y bostezo.

—Para que os vengáis con nosotros.

—¿Adónde?

—Es inútil que os lo digamos, puesto que habéis de verlo.

—Claro es que lo veré—replicó Juanillo, poniéndose en cruz y estirando los brazos.

—Despavilaos y tomad el sombrero.

—Voy, buenos amigos, aunque mejor quisiera dormir, porque mañana... Ya se me había olvidado... Es menester que me digáis quién os manda venir y si el asunto es urgente, porque yo tengo para mañana muy temprano un negocio que me interesa mucho. Y bien lo sabe fray Juan Gil, pues ayer se lo dije todo, y me parece...

—Basta.

—¿No queréis dejarme hablar? Pues sabed que soy amigo de fray Juan Gil, ¿lo entendéis?

—Ya lo sabemos.

—Y si me faltáis al respeto...

—Es que os espera el reverendo fray

Juan Gil, y si tanto es vuestro deseo de servirlo...

—¡Ya lo creo!

—¡Y el asunto es urgente!

—¿Podré estar de vuelta para el amanecer?

—Lo ignoramos.

—Paciencia—repuso Juanillo, haciendo un gesto de disgusto.

Y poniéndose su capa y su sombrero, añadió:

—Vamos.

—Si no hubiera estado aún aturrido por el sueño, habría comprendido su situación.

—Hasta luego—dijo á su madre.

Y se alejó con los esbirros.

Camila quedó inmóvil.

—Pero señor—dijo después de algunos minutos—; lo que me choca es que haya venido tanta gente no más que para darle un recado del dominico.

Sin moverse de la puerta, buscaba la explicación de lo que le chocaba tanto, y antes de que la encontrase, se le presentó el padre Fulgencio.

—¡Ah!—exclamó la vieja sorprendida.

El rostro del jesuita estaba contraído y su mirada era sombría.

—¿Os acordáis de lo que os dije?—preguntó.

—Padre mío...

—El que está más cerca de la hoguera, corre mayor peligro de quemarse. Vuestro hijo se empeñó en andar en tratos con los inquisidores, y ha concluido por ir á un calabozo de la Inquisición.

—¿Qué estáis diciendo?

—Esta noche tengo la desgracia de que nadie me entienda.

—Habláis de calabozos...

—Porque esta tarde se ha dado orden de prender á vuestro hijo, y esa orden acaba de ejecutarse.

—¡Dios mío!...

—Para mí es completamente igual—murmuró el jesuita, encogiéndose de hombros—: no se casará con María, no seré dueño de su voluntad; pero tampoco tendré que temer su espionaje.

—Tened compasión de mí...

—Callad y esperadme—replicó el padre Fulgencio, yéndose otra vez á la vivienda de María.

## CAPITULO XIII

EL ALQUIMISTA ACABA DE COMPREN-  
DERLO TODO

Jacobo, que se había enterado de lo que pasaba y había salido del camaranchón, aguardaba ansiosamente el resultado en compañía de la joven, que no cesaba de temblar.

El semblante del jesuita recobró bien pronto su expresión habitual.

—Sacadnos de dudas—dijo María.

—¿No habéis escuchado lo mismo que yo?—replicó el padre Fulgencio.

—Sí; pero...

—Entonces ya lo sabéis todo, y ahora comprenderéis por qué me he dado prisa á venir y no he querido desde luego entrar en casa de la hermana Camila. Esta tarde dispuso la Inquisición el encarcelamiento de Juanillo, para que respondiese á los cargos que contra él resultan de una delación. La culpa es suya, porque ayer estuvo en la ciudad y cometió la torpeza de dar parte de su casamiento á cierto fraile dominico.

—No veo bastante claro en este asunto—dijo Jacobo, mirando atentamente al jesuita.

—No tardaréis en comprenderlo todo, porque vamos á hablar muy detenidamente y con entera franqueza.

—Lo deseo.

—Hija mía—dijo el religioso dirigiéndose á la joven—, podéis acostaros y descansar, que cuando yo concluya de hablar con vuestro amigo, me iré, porque me esperan y no puedo pasar aquí toda la noche.

—No me acostaré sin que me digáis cuál es mi situación.

—La misma que ha sido siempre.

—No os comprendo, padre mío.

—Quedáis relevada de vuestro compromiso en cuanto al casamiento, lo cual, según parece, es para vos una gran fortuna.

—Lo sería si no me turbase la desgracia de ese infelíz...

—No lo amáis...

—No lo amo como debe amarse á un esposo; pero...

—Tranquilizaos, puesto que vos no tenéis la culpa de nada. Yo os propuse

ese casamiento y vos aceptasteis por motivos que os honran mucho, que daban la idea más favorable de vuestros nobles sentimientos. Nada más podía exigirse de vos. El sacrificio era quizá superior á vuestras fuerzas, y sin embargo lo aceptásteis sin vacilar. Habéis sufrido con resignación, y una intriga en que ninguna parte tenéis, ha cambiado la situación completamente. Juanillo está en la Inquisición, de donde no saldrá en mucho tiempo, si es que llegará á salir, y por consiguiente, os es imposible consumir el sacrificio á que con tanta generosidad os dispusisteis. Lamentad en buena hora la desgracia de vuestro prójimo: eso es de almas cristianas; pero entre tanto de nada os acusará vuestra conciencia, que puede dormir tranquila. Y para que veáis que os hago justicia, y creo digno de recompensa vuestra virtud, declaro desde ahora que el dote prometido lo tendréis, sea quien fuere el hombre elegido por vuestro corazón.

—Nada quiero.

—Lo que se os da sin condiciones y en nombre de la caridad cristiana, no debéis rechazarlo.

La joven quedó silenciosa y pensativa.

Como había dicho, sentía la desgracia del hijo de Camila; pero en medio de su pesar experimentaba el mismo bienestar inexplicable que hubiera experimentado al quedar libre de una mano de hierro que le oprimiese el corazón.

Algunas palabras más del jesuita bastaron para que la joven se decidiese, no á acostarse, porque le sería imposible dormir, sino á retirarse.

Quedaron, pues, solos el alquimista y el padre Fulgencio.

Contempláronse ambos como dos hombres que se conocen perfectamente, y el primero dijo:

—Estoy dispuesto á escucharos.

—Y yo también; en la inteligencia de que hablaremos con toda claridad, puesto que nuestros intereses, según convenimos, son comunes.

—Hasta cierto punto, según entiendo,—repuso Tordesillas—y así lo comprenderéis vos también.

—Todo tiene sus límites en este mundo, señor Jacobo, y excusado es advertir que también le tienen nuestras relacio-

nes y la ayuda que hemos de prestarnos.

—¿Qué significa lo que está sucediendo?

—¿Y qué significa vuestra presencia aquí?

—¿No lo adivináis?

—Lo sospecho y nada más; pero como puedo equivocarme, os pregunto, y espero vuestra contestación.

—Poco es lo que tengo que deciros: me volví á Madrid...

—No necesito saber más.

—¿Tenéis noticias de lo que allí ha sucedido?

—Las más exactas.

—Llegué precisamente por la noche...

—Entiendo—interrumpió el jesuita—, llegásteis en los momentos en que tuvo lugar el incendio y la inundación.

—Estáis bien informado.

—Se supone que vuestra esposa sea una de las mujeres ahogadas...

—Sí.

—Estoy convencido de que se ha salvado.

—¡Ah!

—Pero será inútil que la busquéis. Cuando los míos no han averiguado su paradero, nada podríais vos conseguir.

—¿Y mi hija?

—Sobre ese punto nada puedo deciros, pero supongo que está en poder del abate.

—¿Y con qué fin ha de guardarla?

—No es fácil penetrar en el alma de Florentín.

Jacobo inclinó tristemente la cabeza.

—Sufrid como habéis sufrido, porque si algo hemos de adelantar, necesitamos mucho tiempo.

—¿Seguiréis ocupándoos de la suerte de mi desdichada familia?

—Sí.

—Entonces...

—Voy á daros un consejo, y no me pidáis explicaciones, porque hay secretos que me está vedado revelar.

—Ya os escucho.

—Seguiréis vuestro camino y penetraréis en Francia.

—¿Y qué haré allí?

—Lo que siempre habéis hecho: estudiar para aprender, y curar enfermos para vivir. Si en Francia no os va bien, nadie os estorbaba trasladaros á Alemania;

donde podréis adelantar mucho en las ciencias á que os habéis dedicado.

—¿Y luego?

—Esperaréis, ya os lo he dicho, hasta que un día recibáis instrucciones de las personas con quienes os pondré en comunicación.

—¿Tenéis relaciones en Francia y Alemania?

—Nosotros, entendedlo bien, nosotros estamos esparcidos en todo el mundo, y donde quiera que alumbre el sol podéis tener la seguridad de encontrarlos.

—¿Y si pasase mucho tiempo?

—Seguiríais esperando, porque si no se os dá ningún aviso, será porque ni ha parecido vuestra hija, ni es posible que volváis á España sin riesgo de que os quemem vivo.

—Decís que no podéis dar más explicaciones...

—No.

—¡Oh!...

—Hablemos de María. ¿Sabéis que se casaba?

Lo ignoro.

—Yo se lo impuse por condición para salvaros.

—¡Vos!...

—Y ella se sacrificaba generosamente...

—¡Infeliz criatura!

—Lo que no os digo, podéis comprenderlo—repuso el jesuita, poniéndose en pie.

—¿Os vais?

—Me esperan.

—¿Pero yo?...

—Tomad—dijo el padre Fulgencio, sacando y entregando un papel al alquimista—. Las personas cuyos nombres están ahí, os protegerán.

—No aguardó el religioso contestación: desplegó una sonrisa y salió dejando á Jacobo completamente aturrido.

Era forzoso resignarse.

—El resto de la noche la pasó meditando el esposo de Isabel, y al rayar el día se despidió de las dos buenas mujeres y partió decidido á seguir los consejos del jesuita.

¿Pero en qué estado se encontraba su espíritu?

No es posible explicarlo ni hacerlo comprender.

## CAPITULO XIV

QUIÑONES Y FRAY TADEO SE PONEN  
EN RELACIONES

Olvidaremos por ahora á Jacobo, María y Juanillo y volveremos á Madrid, donde se preparaban sucesos de muchísima importancia.

Como hemos visto, Claudio Florentín

que á su astucia se ocultasen ciertas cosas de mucha importancia.

Por de pronto creyó que el tesoro codiciado estaba en poder de Quiñones ó del desconocido que le había llevado junto al cadáver de Isabel.

Y de deducción en deducción acabó por sospechar si aquel desconocido sería uno de los misteriosos favorecedores de Isabel, explicándose así perfec-



—Claro es que lo veré. (Pág. 46.)

empezaba á perder terreno; pero no era hombre que se dejase vencer con facilidad, y el terrible golpe que había sufrido, en vez de hacerle reflexionar, temer y detenerse, excitó más y más su ira y su anhelo de venganza, decidiéndose como nunca á llevar á cabo sus horribles planes.

Verdad es que después de no quedarle duda de que era conocida su alma, casi tenía necesidad de defenderse y de aniquilar á los que más ó menos tarde podían arrancarle la máscara con que ocultaba su ruindad.

No repetiremos las reflexiones que se hizo aquella noche terrible para él: solamente diremos que ya era imposible

tamente lo de los talegos que aquellos dos hombres sacaron de la casa misteriosa.

Ya sabemos que no andaba desacertado en estas suposiciones; pero fuese como fuese, era positivo que tenía que luchar con un hombre muy temible, ó más bien con dos, puesto que el desconocido había dado pruebas de valer mucho.

Convencido estaba el abate de que Quiñones no se contentaría con lo que había hecho, sino que, recurriendo á todos los medios imaginables y con la tenacidad y la habilidad de que había dado pruebas en su juventud, no descansaría hasta descubrir el paradero de la hija de Jacobo.

—¿Debo cambiar de resolución?—se preguntó Florentín.

Esto era lo prudente y lo acertado cuando tenía que luchar con tal enemigo.

Tomada esta resolución, dedicóse á combinar el nuevo plan que había de poner en práctica para guardar á la niña.

Martín no perdía tampoco el tiempo: meditaba, y su imaginación fecunda y ardiente empezó bien pronto á suministrarle trazas.

Menester es haber leído nuestra novela titulada *El Tribunal de la Sangre* para comprender lo mucho que valía Quiñones, porque de otro modo es imposible formarse idea exacta del punto á que puede llegar la grandeza del alma y la grandeza de corazón del hombre que huérfano, desvalido, sin nombre y sin fortuna, llegó á preocupar y dar que temer al gran Felipe II.

Al día siguiente escribió una carta á fray Tadeo, diciéndole que tenía que hablarle de un asunto de bastante interés.

No le unían al fraile relaciones de verdadera amistad; pero se conocían, como debían conocerse dos hombres de importancia, pues muchas veces se habían visto en palacio y en alguna otra parte.

—¡Don Martín de Quiñones!—exclamó el dominico cuando leyó la carta.

Su amor propio se sintió lisonjeado pero lo que más le importaba era la ocasión que se le ofrecía de estrechar las relaciones con un personaje, cuya influencia podía servirle de mucho.

—Quizá—pensó el fraile—tendrá que pedirme algún favor: me apresuraré á servirle, aunque me vea obligado á cometer cien injusticias, y así le obligaré á servirme, porque, como dice el refrán, «amor con amor se paga».

A las ocho de la mañana recibió la carta y sin perder un instante se encaminó á la suntuosa vivienda del misterioso hijo de Felipe II.

—¿Está su señoría?—preguntó al primer sirviente que encontró.

—¿Sois—replicó el criado—el reverendo padre Tadeo?

—Humilde siervo de Dios.

—Mi noble señor está visible para vos solamente—repuso el criado.

—Tanta honra...

—Esperad un instante, padre mío.

Poco después se encontraba el fraile en presencia del caballero, siendo recibido por éste con muestras de consideración.

—Aquí me tenéis á vuestras órdenes—dijo fray Tadeo, inclinándose profundamente.

—Sentaos, padre, y tened la bondad de escucharme con toda vuestra atención, porque he de hablaros de un asunto gravísimo, y del cual depende un acto de justicia.

Fray Tadeo hubiera preferido estar en pie para moverse según su costumbre; pero no le era posible hacerlo así sin faltar al respeto que debía á persona tan elevada como Quiñones.

Sentóse, pues, y mientras agitaba los dedos y movía la cabeza, ya que otra cosa no le estaba permitida, dijo:

—Os escucho con toda la atención que merecéis.

—No hace mucho tiempo que el Santo Oficio dispuso la prisión de un hombre llamado Jacobo de Tordesillas.

El dominico brincó en su asiento, fijó su mirada penetrante en Martín y replicó:

—¿Habéis dicho Jacobo de Tordesillas?

—Sí—respondió el caballero con calma.

—Es muy cierto: se mandó prender á ese hombre.

—Y la Inquisición, ¿cosa rara! llegó tarde.

—También es verdad.

—Y lo que es más raro aún, llegó tarde porque el acusado supo que había de prendérsele, y tuvo tiempo de huir sin que nadie le pusiera inconveniente.

—¿Adónde va á parar?—dijo para sí fray Tadeo, haciendo y deshaciendo dobleces con el sayal de su hábito.—Esto es demasiado interesante.

—¿No encontráis eso extraño?—preguntó Quiñones.

—Sí, porque es difícil que se trasluzcan semejantes secretos, aunque no es la primera vez que ha sucedido.

—No encontrando á Jacobo, se prendió á su mujer.

—Estaba también acusada, y por lo menos debía suponérsela cómplice de su marido.

—Además de la mujer—repuso Martín—, había una niña de cinco años.

—Hija de Jacobo, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Y queréis saber lo que con arreglo á la jurisprudencia del Santo Oficio debía hacerse con la niña?

—Decídmelo.

—Separarla de su madre, y para evitar que su alma se perdiese, entregarla á persona timorata que la educase, si la había que aceptase este encargo, ó depositarla en un convento.

—Sois muy amable y no os negaréis á darme las demás explicaciones que os pida, porque la verdad, no estoy muy al corriente de las prácticas de la Inquisición.

—Preguntadme y me complaceré en contestaros.

—Según he comprendido por lo que acabáis de decirme, cualquiera persona rica ó pobre, noble ó plebeya, con tal de ser buen cristiano y de reconocida moralidad, hubiera tenido derecho á criar y educar á esa criatura.

—Indudablemente, porque eso es una obra de caridad que á nadie puede prohibirse que la practique.

—¿Quién se hizo cargo de la hija de Jacobo?

El fraile miró al techo, mientras que con el extremo del dedo índice de la mano derecha se rascaba la punta de la nariz.

—¿No recordáis?—preguntó Quiñones después de algunos momentos.

—No, señor don Martín.

—Dicen que tenéis buena memoria, padre.

—Sí... ¡Ah! No se me ha olvidado, es que lo ignoro, porque no consta en autos.

—¿Que no consta!

—Os diré lo que sucedió—repuso el fraile, cruzando las manos y haciendo girar con extraordinaria rapidez sus dedos pulgares uno al rededor del otro—. Este asunto corrió á cargo de mi compañero el respetabilísimo abate Floren-

tín, y según indicó, una mujer á quien él conocía, se hizo cargo de la hija de los delincuentes. No se le pidieron más explicaciones, porque no había interés en ello, y porque el tribunal tiene en el virtuoso abate la más ciega confianza. Si queréis, se lo preguntaré...

—No.

—Entonces...

—Suponed, reverendo padre, que yo quiero amparar á esa niña y pido al Santo Oficio que me la entregue con preferencia á esa otra mujer, porque siendo yo más rico, podré educarla mejor.

—¿Queréis que suponga eso?

—Sí.

—Pues bien, lo supongo.

—¿Qué sucedería?

—Que yo apoyaría vuestra petición y se os concedería inmediatamente.

—¿Estáis seguro de que se me entregaría esa criatura?—preguntó Quiñones.

—¿Cómo había de negarse semejante cosa á una persona como vos?

—Advertid que no es lo mismo conceder el tribunal que entregarme la niña.

—No os comprendo.

—Quiero saber si habría alguna dificultad para que se cumpliese lo mandado por el Santo Oficio.

La frente de fray Tadeo se contrajo ligeramente.

Su mirada penetrante se fijó por algunos momentos en Quiñones.

—Señor—dijo—, si no llevaseis á mal que os hiciese una pregunta...

—Cuantas bien os parezca.

—¿Qué motivos tenéis para querer amparar á esa niña?

—Quiero hacer una obra de caridad.

—¿Habéis conocido á sus padres?

—A su madre no más.

—Parece que estáis bien enterado, y debéis saber que la infeliz murió.

—Sí, lo sé.

—La noche de la inundación...

—Os equivocáis.

—¿Qué me equivoco!

—Isabel de Linares, esposa de Jacobo de Tordesillas, no murió ahogada.

—Se halló un cadáver que parecía ser el suyo...

—No lo era.

—No estaba en su calabozo...

—Logró fugarse.

—¿No conveníais conmigo en que esa mujer había muerto?

—Sí.

—Si se salvó...

—Ha podido morir después, la noche pasada...

—¿Qué me decís, caballero?

Isabel murió anoche y yo quiero amparar á su hija.

—Hablemos con franqueza, si no lo lleváis á mal, porque según voy viendo, vuestras palabras significan algo más de lo que dicen.

—Pues bien, hablemos con franqueza. ¿Me entregarán la hija de Jacobo? Respondedme después de haber reflexionado bien, porque de vuestra respuesta depende nuestra amistad.

—Señor don Martín, me ponéis en cuidado...

—No tengáis ninguno si me habláis con sinceridad.

—No os parecéis á ningún hombre y haré con vos lo que no haría con nadie.

—Gracias.

—Pero sentiré que me pongáis en el grave compromiso de entrar en cierta clase de explicaciones.

—¿Qué os importa si os doy mi palabra de honor de no comprometeros con ninguna indiscreción?

—En ese caso...

—Hablad.

Fray Tadeo meditó algunos instantes, y dijo:

—Solicitud que se os entregue la niña; el tribunal preguntará al abate dónde se encuentra la huérfana, y el abate responderá clara y terminantemente designando la persona.

—¿Y luego?

—Buscarán á esa persona...

—Comprendo; la buscarán y no la encontrarán.

—Puede haber desaparecido, llevándose á la niña...

—Padre—replicó severamente Quiñones—, se ha cometido un abuso, un crimen...

—¡Caballero!...

—Esa niña ha desaparecido: esa niña está en poder del miserable Florentín...

—Perdonad—interrumpió el fraile.

—¿Os parece que calumnio al virtuoso

abate? — preguntó irónicamente: Martín.

—No.

—¿Con que vos también sabéis?...

—Mucho más que vos.

—¡Ah!...

—Puesto que conocisteis á la esposa de Tordesillas y os interesabais por su suerte...

—Nada me ocultó.

—Efectivamente, su hija está en poder de Florentín, y no es fácil encontrarla.

—No es fácil, pero es posible.

—Sí, es posible y yo la encontraré si puedo contar con vos para desenmascarar á ese hipócrita porque de otro modo, nada haré.

Sobradamente comprendió Quiñones que el fraile aspiraba, más que á favorecer la justicia, á concluir con su enemigo y á satisfacer su ambición. Así, pues, para evitar observaciones enojosas y aprovechar el tiempo, dijo Martín:

—Servidme y contad con mi influencia para cuanto os sea provechoso y para castigar á Florentín.

—No ambiciono nada...

—Bien; pero yo debo recompensaros, y os recompensaré.

—Una palabra vuestra...

—Lo sé.

—Ya sabéis lo que vale.

—¿Os comprometéis á averiguar dónde está encerrada la hija de Jacobo?

—Sí.

—Tened cuidado, porque si no cumplís vuestra promesa...

—La cumpliré.

—¿Cuánto tiempo necesitáis?

—Dos ó tres días no más.

—Tres días tenéis.

—Y además de este servicio, otro os prestaré de no menor importancia.

—¿Cuál?

—Esa criatura es rica.

—Lo sé.

—¡Qué lo sabéis!—replicó sorprendido el fraile.

—¿Acaso han ido á parar á vuestro poder ciertos papeles que guardaba Florentín?

Fray Tadeo, por primera vez en su vida, se sintió aturdido.

—¿No os han dicho—añadió Quiño-

nes—, que yo conozco los secretos de todo el mundo?

—Es verdad—murmuró el fraile.

—¿Cómo queríais que lo del tesoro de Gil Pérez el comunero estuviese oculto para mí?

—Basta, caballero, basta: yo creía saber mucho más que vos y sé mucho menos.

—Esos papeles no tienen ya valor ninguno, porque conozco á la persona que guarda los cien mil escudos.

El fraile no se atrevió á replicar.

Mal que le pesase, tenía que reconocerse muy inferior al caballero y le era preciso rendirse á discreción.

Quiñones dió al fraile las explicaciones que le parecieron convenientes, hablándole de lo que había sucedido la noche anterior, aunque sin decirle que era una farsa lo de la muerte de Isabel.

También hablaron de David, cuya importancia en todos sentidos no se ocultaba á ninguno de ellos, y sobre este punto se concretó á decir el fraile:

—No ha salido de Madrid el pobre jorobado.

—¿Lo sabéis con certeza?

—Sé que es el encargado de guardar á la niña.

Esta noticia debía ser muy consoladora para la pobre madre.

Martín experimentó la más viva alegría.

Como siempre le había sucedido, su alma generosa tomaba parte en los sufrimientos ajenos como en los suyos propios.

De esto había dado pruebas muchas veces en que, olvidándose de su crítica situación y de los peligros que corría, habíase ocupado exclusivamente de favorecer á los demás.

—No se equivocaba Isabel—murmuró Quiñones.

—¿Le habían hablado del viaje de David?

—Sí; pero ella creía que esto era una de tantas intrigas del abate.

—Debe conocerlo perfectamente.

Pocas palabras cruzaron ya.

Estaban conformes en cuanto habían de hacer y se despidieron, quedando en verse cuando hubiera necesidad.

Cuando fray Tadeo estuvo en la calle, dijo para sí:

—Mucho me habían dicho de este hombre; pero no creí que valiese tanto como vale. Cuentan de él cosas extraordinarias; ¿será verdad todo lo que se dice? De seguro mi compañero el abate sabrá con exactitud la historia de este personaje... ¡Ah!... Tal vez David, que conoce los secretos de su amo pueda decirme mucho. Le preguntaré, porque es conveniente saber con quién se trata.

Entre tanto Martín decía:

—Según el refrán, no hay peor cuña que la de la misma madera, y estoy seguro de que este hombre nos servirá, no por hacer una buena obra, sino para satisfacer sus ambiciosas miras. Según voy viendo, el asunto está entre dos hipócritas que desean aniquilarse, porque se estorban el uno al otro. Este al menos parece limpio de ciertas culpas, aunque para mí es sobradamente malo, sólo por ser inquisidor.

## CAPITULO XV

### SATANÁS FAVORECE Á FLORENTÍN

El abate desconfiaba siempre, aunque no tuviese ningún motivo para abrigar temores, y claro es que debía redoblar su vigilancia desde el momento en que pudo abrigar la más leve sospecha.

Algo le había entorpecido el horrible suceso de que acabamos de dar cuenta, influyendo mucho en su estado moral.

La muerte de Isabel era para el criminal la mayor de las desdichas, porque tenía esperanzas mientras ella viviese, y sus esperanzas se desvanecieron en un instante.

—¿Para qué había trabajado?

¿Para qué se arriesgaba en aquella empresa?

Todos sus sacrificios eran estériles, no tenían ningún objeto.

Aquella noche fué para él la más horrible de su vida.

Encerrado en su aposento, meditó en cuanto le era posible meditar, y al fin acabó por encontrar un fin, una esperanza de recompensa para todas sus luchas, para todos sus sacrificios.

‘Había muerto la madre; pero ¿no quedaba la hija?’

Era esta una niña de cuatro años ó poco más; pero el tiempo no detenía su marcha, y otros años pasarían, y al fin...

No podemos seguir al abate en el curso de sus pensamientos, porque éstos eran demasiado horribles y rayaban en lo repugnante.

La inocente niña era el retrato de su madre infeliz, y diez años después debía tener toda la belleza prodigiosa de su madre en la primera juventud, en esa edad de la frescura, del encanto tan misterioso como irresistible de la pureza y del candor, en esa edad en que se enciende en el corazón la primera chispa, cuya intensidad es mayor que la de todas las hogueras de las pasiones que después trastornan á la criatura.

Además, la inocente niña sería dueña de su corazón, no pensando en ningún hombre, porque á ninguno conocería, y toda su ternura inmensa, el tesoro inagotable de su amor, sería para él que despertase el primer sentimiento en su corazón.

Haciendo estas suposiciones, no solamente se consoló el abate, sino que se regocijó.

Verdad es que tendría que esperar; pero el tiempo vuela con mucha rapidez.

Diez años en la vida de un hombre son mucho y no son nada, según las circunstancias y la naturaleza de las esperanzas que lo alienten.

Estar uno y otro día, un año y otro acariciando una ilusión, deseando, ansiando el momento feliz de la satisfacción.

¡Ah!...

El momento dichoso no puede compararse á nada.

Al día siguiente vigiló Florentín; pero nada vió que confirmarse sus sospechas.

—Veremos mañana—dijo—, porque el traidor es siempre prudente, cauto y receloso, y no se pone á todas horas en peligro de ser descubierto.

Y el día siguiente llegó.

Se ocultó el rey de los astros.

Desaparecieron los dulces resplandores del crepúsculo.

Esparciéronse las densas tinieblas.

Tomó Florentín su sombrero y salió de su pobre vivienda, encaminándose al arrabal.

Una vez allí, entró en la casita donde tenia su punto de acecho.

Se situó junto á la ventana y esperó con la paciencia del tigre cuando espera el momento oportuno para caer sobre su presa.

Nada vió de particular.

En sus puestos estaban los vigilantes.

Dos horas después salió de la casita y empezó á vagar por los alrededores de la antigua vivienda de Jacobo.

Hubiera sido casi imposible verlo.

Se encorvaba, se arrimaba á las paredes de los otros edificios, y para ocultarse aprovechaba todos los accidentes del terreno, que en aquella época y en aquel sitio eran muchos.

Describió una circunferencia.

Detenía muchas veces tras un matorral y volvía á ponerse en movimiento cuando se impacientaba ó lo creía conveniente.

Ni una persona transitaba por aquellos sitios.

Muy confusamente distinguía desde allí las torres señoriales del Monasterio de San Martín, que hemos conocido, aunque muy variado, porque á nuestra época no han llegado las señales de señorío con jurisdicción de aquella comunidad; pero bien se veía que aquellos torreones habían sido imponentes, que aquellos muros, embadurnados después con almazarrón y ocre, eran dignos de una fortaleza, y que aquellas puertas habían sustituido á otras ferradas y con todas las condiciones de las de un castillo.

Distinguía también la mole sombría y que aún se conserva y es el monasterio de las Descalzas Reales, y por último, las pobres casas del arrabal, casi todas de un cuerpo.

Por las rendijas de las puertas y ventanas de aquellos pobres edificios no se escapaba un solo rayo de luz.

Sus habitantes debían dormir profundamente.

—¿Perderé también esta noche?—dijo Florentín.

No era hombre que se desanimase con facilidad, y siguió yendo y viniendo.

De repente se detuvo.

Relumbraron más que antes sus ojos.

Había creído ver un bulto informe y negro que atravesó la parte más espaciosa de aquellos sitios y desapareció tras la antigua vivienda de Jacobo.

Instintivamente comprendió el abate que aquel bulto era el mismo que había creído ver salir por la puerta del corral.

—¡Oh!—exclamó con voz ronca.

Y corrió cuanto le fué posible.

Llegó frente á la tapia.

Se detuvo.

Ya era tarde.

Percibió un leve, muy leve ruido, cuya causa no era posible determinar.

Vió que uno de los vigilantes iba desde la puerta del corral hasta la esquina donde debía situarse.

Y nada más entonces.

¿Qué determinación le convenía tomar?

No quería el miserable dar un golpe en falso, porque esto lo hubiera colocado en una situación muy difícil.

Tampoco quería perder aquella ocasión que tan propicia le pareció para coger al traidor *in fraganti* delito.

Instantáneamente adoptó una resolución, y echó á correr con cuanta velocidad le fué posible.

A los pocos minutos llegaba al edificio ocupado por la Inquisición.

Apenas podía respirar; pero no se detuvo para tomar aliento, y entró donde había diez ó doce esbirros esperando órdenes.

—Cuatro de vosotros—dijo Florentín—, seguidme.

Miráronse unos á otros los alguaciles, porque cada cual hubiera querido excusarse, pues comprendieron que se trataba de un asunto muy serio y que quizás ofrecería los mas graves peligros.

—¡Cobardes!—murmuró Florentín.

Y designó á los que habían de seguirle. Obedecieron los esbirros.

Cuando en la calle estuvieron, dijo el abate:

—Corred.

Y les dió el ejemplo.

Pronto se encontraron cerca de la antigua casa de Jacobo, deteniéndose y quedando inmóviles.

—Escuchad con toda vuestra atención; tened entendido que el que no obedezca

con puntualidad y resueltamente, será excomulgado sin perjuicio de lo demás que merezca por haber favorecido indirectamente á los herejes.

—Descuidad, señor abate.

—Sin hacer ruido y sin que nadie os vea, os colocaréis frente á las tapias de aquel corral, y escucharéis.

—¿Nada más?

—Si oís un silbido, acudiréis inmediatamente.

—¿Al corral?

—Sí.

—Entendido.

—Y nada mas haréis, absolutamente nada más.

Los cuatro esbirros fueron á colocarse en el sitio conveniente.

Florentín retrocedió, volvió á la izquierda y se detuvo frente á la puerta principal de la casa.

Después avanzó hasta llegar á uno de los vigilantes, que exclamó sorprendido:

—¡Ah!...

—Silencio, que no estás aquí para hablar.

—Señor abate...

—Debéis haber comprendido que estáis vigilados por mí.

—Y qué me importa si cumplo mi deber?

—¿No hay novedad?

—Ninguna.

—¿No has visto pasar á nadie esta noche?

—Hace más de media hora me pareció que una persona atravesaba por allí.

—¿Estás seguro?

—He dicho que me pareció.

—¿Pues qué, te has equivocado?

—No; pero bien puedo equivocarme.

—¿Y por dónde se fué esa persona?

—Por allí.

—¿Se alejó de la casa?

—No puedo asegurarlo.

—¿Y nada has dicho á tus compañeros?

—Ni una palabra, puesto que no tengo seguridad de lo que he visto. Además, si esa persona ha entrado en la casa ó se ha acercado á las tapias del corral, bien pueden haberla visto Cucaña y Pedrote.

—¿No has hecho ninguna otra observación de interés?

—Ninguna, señor.

—¿Has hablado con el Mallorquín?

—Ni una palabra.

—Veamos si tiene mejores ojos y mejores oídos que tú.

—Tal vez.

Florentín se acercó al otro vigilante, y le dijo:

—Buenas noches.

—Señor abate.

—¿Qué tienes que decirme?

—No he visto nada de particular.

—¡Tampoco has oído?

—Tampoco.

—Pues hace media hora pasó por allí un hombre.

—Es posible.

—Lo ha visto Marcelo.

—Entonces...

—Ahora os colocaréis junto á la puerta y no permitiréis que nadie salga.

—Está bien.

Florentín se esforzó para recobrar la calma.

Si hubiese habido luz, habríasele visto sonreír con la tranquilidad más completa.

Acercóse á la puerta y llamó.

¿Qué debía suceder?

La situación no podía ser más crítica.

Allí se encontraba todavía fray Tadeo.

¿Podría salir?

Los que habían quedado vigilando por el lado de la tapia, estaban á bastante distancia de ésta, y bien podía salir el dominico sin que lo viesén.

¡Pobre David!

Y su desgracia era también la desgracia más espantosa para la inocente niña.

Debemos volver al punto en que fray Tadeo había penetrado en la casa, y averiguaremos lo que había sucedido.

## CAPITULO XVI

### FRAY TADEO SE CONVINCE DE QUE LE CONVIENE SERVIR Á QUIÑONES

El fraile, que la noche anterior había enviado un aviso á David, fué á la hora convenida, y apenas se acercó á la tapia, abrióse silenciosamente la puertecilla y fué recibido por el huérfano, que al verlo exclamó:

—¡Ah!... Gracias, padre, gracias... Me han parecido siglos los días que han pasado.

—Pues ya me tenéis aquí para daros muy buenas noticias.

—Explicaos—repuso afanosamente David.

—¿Hemos de hablar en este sitio?

—Es verdad... Vamos, vamos.

Subieron, y el dominico, como la otra vez, empezó á pasearse á lo largo del aposento.

—Ya os escucho, padre mío—dijo el huérfano, que en vano se esforzaba para dominar su agitación.

—Ante todo os advertiré que ahora como nunca es preciso que tengáis calma, porque quizá de vuestra calma depende la salvación de esa pobre criatura.

—¡Oh!... Por esta soy capaz de todo... Miradme.

Y efectivamente, David cruzó los brazos y contempló al fraile con la mayor tranquilidad.

—Seréis un hombre que valga mucho.

—No os ocupéis de mí.

—No seáis impaciente, porque antes de participaros lo que ocurre, tengo que haceros algunas preguntas, á las cuales os ruego me contestéis sin reserva, con toda claridad que después os convenceréis de que importa mucho hacerlo así.

—No podéis quejaros de falta de franqueza por mi parte.

—No.

—Preguntad, padre mío.

—Casi todos los secretos de Florentín, los conocéis.

—Sí.

—Florentín conoce los de muchas personas, y para averiguarlos, le habréis prestado vos muy eficaz ayuda.

—Es verdad.

—¿Sabéis quién es don Martín de Quiñones?

—¿Quién no lo conoce en Madrid?

—El abate es amigo suyo.

—Siempre ha querido serlo, pero no ha conseguido más sino que ese poderoso señor lo reciba con benevolencia. No tengo que deciros las razones que impulsaban al abate á cultivar el trato con don Martín.

—Sí, Quiñones podía servirle de mucho.

—Hasta ahora no me habéis preguntado nada de particular.

—Por eso vos no me habéis dicho que Florentín conoce ciertos secretos de muchísima importancia relativos á don Martín de Quiñones.

—¡Oh!—murmuró el jorobado.

—Se cuentan muchas cosas de ese caballero...

—Y la más grave no se dice.

—Vos lo sabéis...

—Sentaos junto á mí y escuchadme, porque estoy decidido á no ocultaros nada.

—Bien—respondió fray Tadeo—, esto merece la pena de estarse quieto un cuarto de hora.

David reflexionó algunos momentos y su frente se contrajo.

—Padre—dijo—voy á revelaros un secreto de Estado.

—¡Un secreto de Estado!

—Sí—repuso el huérfano—; pero no lo haré á menos que me juréis que necesitáis saber esto para salvar á la hija de Jacobo de Tordesillas.

—Sin ningún inconveniente, os juro que Don Martín de Quiñones se entenderá conmigo para salvar á esa pobre niña, y que yo deseo saber todo lo que se refiere á Don Martín, porque es conveniente conocer á fondo á las personas con quienes se ha de tratar.

—Pues bien, principiaré por deciros que es verdad todo lo que se cuenta de la juventud de ese caballero en cuanto á las persecuciones que sufrió y lo mucho que dió que hacer en España y en Flandes.

—Pero no se explica el por qué Felipe II respetó siempre la vida de ese hombre, que no era más que un infeliz huérfano, pobre y desamparado, según aseguran.

—Muchos creen que esas consideraciones de Felipe II eran debidas á que conocía el secreto del nacimiento de don Martín.

—Tal vez no se equivoquen, puesto que el rey estimaba mucho, muchísimo al comendador Quiñones, padre de don Martín.

—No—repuso David—, no se equivocan al creer que Felipe II obraba así por saber quién era el padre del atrevido man-

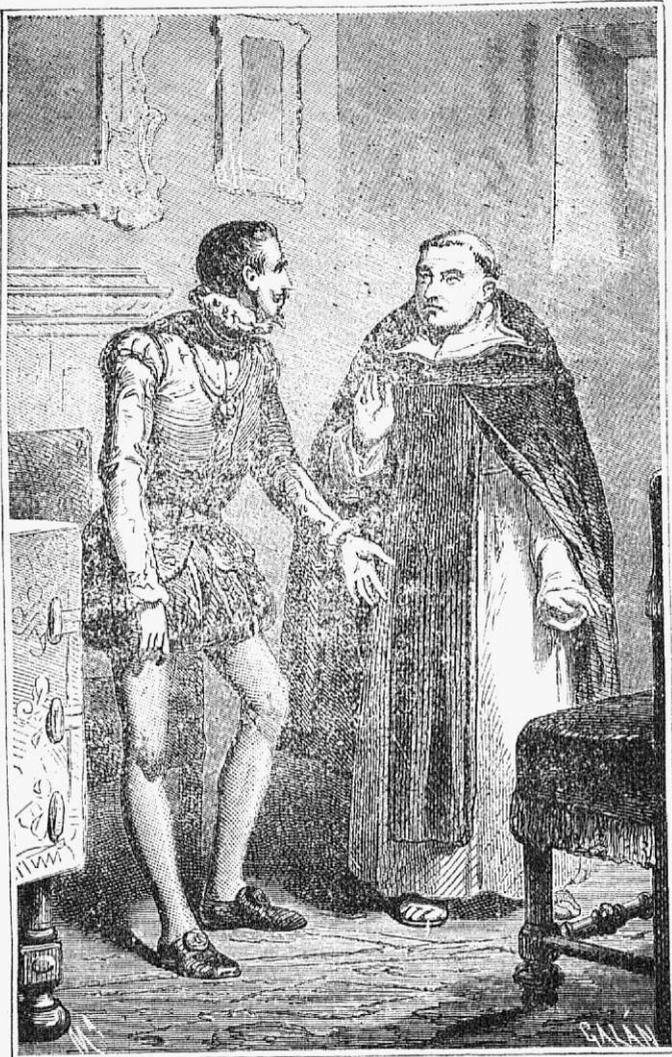
cebo; pero sí están en un error en cuanto á la paternidad del comendador.

—Lo que decís es incomprensible.

—Una sola palabra os lo explicará todo.

—Decid.

—Don Martín de Quiñones es hijo de Felipe II.



—Sentaos, padre, dijo Quiñones. (Pág. 50.)

—¿Hijo de Felipe II?—exclamó con asombro el dominico—. Imposible.

—Explicaos de otro modo lo que entonces sucedió, cuyos detalles os referiré si los ignoráis.

—De modo que la grandísima influencia de don Martín con nuestro rey don Felipe III...

—Son hermanos.

—¡Oh!... Sí, eso debe ser verdad.

—Aún hay más: Felipe II, pocos minutos antes de morir, firmó una declaración, reconociendo por hijo suyo á don Martín y legándole no sé cuántos miles de escudos.

—Sí, porque Quiñones es inmensamente rico, sin contar con los bienes de su noble esposa.

—Esta declaración la conserva en su poder don Martín.

—Es un arma terrible, una amenaza constante. Todo lo comprendo ahora.

—¿Creéis que su majestad niegue nada, absolutamente nada á su hermano?

—No, no puede negarle nada, todo se lo concederá, si no por cariño, por miedo, y lo extraño es que don Martín no se haya encumbrado, haciéndose nombrar primer ministro, y siendo el verdadero rey, como lo es el duque de Lerma.

—Eso consiste en que no es ambicioso, y no miento al asegurar que ha sufrido mucho y que prefiere pasar tranquilamente la existencia entregado á los goces de familia, amando á su esposa como la ama y á sus amigos y antiguos compañeros de infortunio y aventuras.

—Sí, ya sé quiénes son.

—Don Raúl de Lancaste...

—Y su hijo que lleva el mismo nombre.

—Don Juan de Santisteban...

—Y cierto fraile del monasterio del Escorial, cuya historia es en extremo interesante.

—¿Y Florentín es dueño de esos secretos?...

—Sí.

—Permitidme que vuelva á pasear—dijo fray Tadeo poniéndose en pie.

—¿No queréis saber otra cosa?—preguntó David, que seguía esforzándose para dominar su impaciencia.

—Por ahora no.

—Entonces...

—Hablemos de la hija de Jacobo.

—Habéis dicho que don Martín de Quiñones...

—Nos ayudará.

—¡Nos hemos salvado!—exclamó el huérfano.

Y elevando al cielo una mirada de inmensa gratitud, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío!...

—Escuchadme vos ahora.

—No os interrumpiré.

Fray Tadeo refirió con toda exactitud la conversación que había tenido con Quiñones.

No podía hacer otra cosa, porque no le convenía mentir cuando su mentira había de ser descubierta, puesto que el caballero y el jorobado debían ponerse bien pronto en relaciones.

Solamente guardó silencio sobre la muerte de Isabel, y esto lo hizo únicamente para preparar el ánimo de David á recibir la triste nueva, que debía ser para el desdichado un golpe horrendo.

Quiñones aprobaría sin duda alguna este proceder, porque era en beneficio del pobre huérfano, que tanto merecía.

No es posible pintar la alegría del jorobado.

Levantóse y recorrió el aposento en todos sentidos, prorrumpiendo en exclamaciones de júbilo.

Algunas lágrimas brotaron de sus negros ojos, lágrimas de contento sin igual, y de infinita ternura.

Largo rato pasó antes de que se sosegase y pudiera continuar hablando.

Por fin se dejó caer en una silla, como si sus fuerzas se hubiesen agotado.

—Os desconozco, señor David—le dijo el fraile.

—¿Por qué?

—En esta ocasión no dais pruebas de vuestro temple de alma, y si esto sucede con la alegría, ¿qué os sucederá si acontece una nueva desgracia?

—Entonces no me faltarán las fuerzas: ya me habéis visto sufrir, y luchar sin que un solo instante mengüe mi valor.

—Nuestra alegría puede turbarse quizá mañana mismo—dijo tristemente fray Tadeo.

—¿Qué teméis?

—La infeliz á quien dais el nombre de madre, se encuentra enferma.

—¡Enferma!—exclamó David, cuyo rostro se desfiguró.

—Sí, y su enfermedad parece grave.

—¡Dios mío!...

—Si Dios dispone de su existencia debemos resignarnos.

—Vuestras palabras me indican...

—Esperemos, hijo mío, esperemos los fallos del Omnipotente.

—¡Madre mía, madre de mi alma!...

—Valor, señor David, tened el valor que me habéis prometido.

—Sí, lo tendré; pero quiero saberlo todo.

—Por hoy no puedo deciros más.

—Esto es horrible...

—No olvidéis que tenemos que ocupar nos de los medios de salvar á esa niña.

—Es verdad.

—Cualquiera que sea la suerte de su madre...

—No, no debemos olvidar á la hija.

—Ahora contamos con dinero y con protección muy poderosa, puesto que tenemos de nuestra parte á don Martín de Quiñones.

—Combinemos un plan, si no tenéis ninguno—dijo el jorobado haciendo inauditos esfuerzos para ahogar su dolor.

—¿Está vuestra cabeza en estado de ocuparse de los detalles de este asunto?

—Sí, porque se trata de esa criatura á quien amo como á una hermana.

—Veamos si es verdad.

—Buscaréis á Simón y éste os proporcionará ocho hombres de confianza.

—Bien.

—Don Martín, con Simón y los otros, vendrá mañana á la noche.

—Continuad.

—Al mismo tiempo se detendrán dos de esos hombres delante de cada uno de los cuatro que vigian la casa y les impondrán silencio como saben ellos hacerlo en tales casos.

—Perfectamente.

—Una vez dueños de los cuatro esbirros, don Martín y Simón escalarán las tapias, y como probablemente encontrarán cerrada la puerta que da al corral, si no pueden abrirla sin ruido, subirán por la pared á la ventana del aposento que fué laboratorio de Tordesillas.

—¿Y cómo harán eso?

—Para Simón será muy fácil, y cuando él haya subido, puede echar una escala para que suba don Martín.

—Creo que el noble caballero no será menos ágil que Simón.

Del laboratorio, cuya puerta es esa, pasarán aquí, bajarán, entrarán en la habitación donde duerme la vieja cuando yo vigilo, la sujetarán y le tapanán la boca, lo cual Simón sabe hacer hábilmente.

—¿Y luego?

—Abrirán la puerta del aposento donde

yo estaré, sacaremos á la niña, haremos entrar después á los cuatro esbirros, los encerraremos en las cuevas con la beata y nos iremos.

—Suponed que uno de esos hombres, por demasiado valor ó por demasiado miedo, grite.

—Una puñalada en el corazón, y calla para siempre. Cualquiera de ellos merece mayor castigo.

—Lo mismo que vos, opino que no nos debe remorder la conciencia, porque todos ellos son unos miserables, cansados de cometer crímenes; pero debemos contar con el abate, que, según parece, se queda de noche en esa otra casita, como ya os indiqué, y á los gritos acudirá.

—Dos hombres más situados allí le estorbarán la salida y harán con él lo que los otros con los alguaciles.

—Supongamos también que la vieja se apercibe de lo que sucede, y grita pidiendo socorro.

—No han de acudir los demás.

—Antes de que los vecinos se den cuenta del alboroto y se decidan á prestar auxilio al que lo pide, los gritos habrán cesado y todo estará hecho, porque debéis pensar que muy cerca de esta casa no hay ninguna y que á las doce de la noche duermen profundamente todos los habitantes del arrabal y no es fácil que despierten.

—Estoy convencido.

—Además, si el suceso se hace público, peor para el abate, y en cuanto á don Martín, nada tiene que temer, porque no habrá alcalde que se atreva con él, aunque acertase á pasar una ronda por estos sitios, lo cual no sucede tal vez nunca.

—Señor David, no os equivocabais al asegurar que erais dueño de vuestra razón á pesar de vuestro dolor profundo.

—¿Tenéis alguna observación que hacer?

—El plan está admirablemente combinado.

—Empresas más difíciles ha llevado á cabo felizmente don Martín en su juventud.

—¿Y si quiere valerse de otros medios?

—Puede hacer lo que mejor le parezca: yo esperaré y seré el primero que dé mi vida en caso de necesidad.

Iba á contestar el traile; pero en aquel momento sonaron algunos golpes dados á la puerta principal de la casa.

—¡ El abate !—exclamó David.  
 —¡ El abate á estas horas !...  
 —No me sorprende, porque anoche no vino, esta mañana estuvo aquí algunos momentos, y no ha vuelto á parecer... Me había olvidado advertiroslo...  
 —Anoche estubo ocupado.  
 —¿ En qué ?  
 —Ya lo sabréis... Vuelve á llamar...  
 —Venid, y saldréis por una puerta mientras él entra por otra.  
 —Sí, vamos, porque si le hacéis esperar...  
 —Debe suponer que estoy durmiendo. Sonaron nuevos golpes.  
 David y el dominico bajaron apresuradamente, aunque sin hacer ruido alguno. A los pocos segundos se encontraba el fraile fuera de la casa.  
 El huérfano corrió a la otra puerta y preguntó :  
 —¿ Quién es ?  
 —Soy yo, hijo mío, soy yo.  
 Abrió el jorobado, entrando Florentín.  
 —¿ Dormías ?  
 —Dormitaba.  
 —¿ No te has acostado ?  
 —Aún no : me puse á leer...  
 —Bien, bien ; subamos y hablemos.  
 —No os esperaba á estas horas...  
 —Hay novedades.  
 David tembló, y siguió al abate.

## CAPITULO XVII

### DE CÓMO DAVID SE DIÓ Á CONOCER AL ABATE

Nunca había hablado con más dulzura Florentín, nunca se le había visto tan risueño ; pero esto, en opinión de David, era la peor de todas las señales.

Cuando entraron en el aposento donde pocos momentos antes había estado el dominico, el astuto abate miró á la mesa y á las sillas, y dijo para sí :

—Estaba leyendo y no se ve ningún libro.

Sonrió, se sentó, hizo sentar al jorobado y luego dijo :

—Hijo mío, es menester que cambiemos de sistema, porque la situación ha cambiado.

—¿ Pues qué ha sucedido ?

—¿ No te ha llamado la atención la circunstancia de que anteanoche no me dejase ver por aquí ?

—He supuesto que estabais ocupado en el Tribunal.

—No ; pero estaba junto al cadáver de un hereje.

David tembló sin saber por qué.

Florentín cambió repentinamente la conversación, diciendo :

—Estás muy pálido.

—No me encuentro completamente bien ; pero tampoco es cosa de cuidado.

—Lo siento, porque tenemos tanto que hacer...

—Espero vuestras órdenes.

—Creo que aquí no está segura nuestra prisionera.

—¡ Que no está segura !...

—Ven, y examinaremos detenidamente la casa.

¿ Qué intentaba el abate ?

No era posible adivinarlo.

Tomó el velón y entró en el laboratorio, examinado después las demás habitaciones de aquel piso.

David lo seguía sin pronunciar una palabra.

Bajaron la escalera y se dirigieron al corral.

Florentín fijaba la atención más en el suelo que en ninguna otra parte.

Continuaba sonriendo como si no tuviera ningún motivo de disgusto.

En el suelo del corral vió las huellas de pasos, advirtiendo que estaban marcadas por pies de distintas personas.

Como si no advirtiese tan importante circunstancia, miró á su alrededor, examinando la tapia.

—No me parece esto muy seguro—murmuró.

—No—respondió David, cuyos temores se aumentaban por instantes—, no es seguro ; pero como á la parte de afuera tenemos quien vigile...

—No importa...

—¿ Pensáis cambiar de encierro á la niña ?

—Sí ; pero esto no podremos hacerlo en algunos días, porque no se encuentra fácilmente una casa de las condiciones que necesitamos.

—No, no es fácil—replicó David, por decir algo para que su silencio no fuera sospechoso.

—Entretanto—repuso Florentín con la misma dulzura y tranquilidad que antes—

adoptaré otras precauciones. ¿No te parece bien, hijo mío?

—No me parece absolutamente necesario.

—Ya te he dicho que hay grandes novedades.

—Entonces...

—Aguarda y verás.

Abrió el abate la puertecilla que daba al campo y silbó.

Instantáneamente se presentaron los cuatro esbirros.

La frente de David se contrajo.

Aquello no anunciaba nada bueno.

—Venid—dijo el abate.

Y seguido del huérfano y de los cuatro alguaciles, subió al piso principal.

—Entrad ahí—dijo á los esbirros, señalando la puerta del laboratorio.

Los cuatro obedecieron sin articular una sílaba, desapareciendo como fantasmas.

Á David le sobraba el valor, ya lo sabemos; pero temblaba por la inocente niña.

Pasaron algunos minutos de silencio, durante los cuales el jorobado, inmóvil como una estatua, esperó sin que pudiera adivinarse nada en su rostro.

—Escucha—dijo al fin el abate—, que voy á referirte lo que anteanoche sucedió.

—Ya lo escucho.

—Cuando me disponía para venir—repuso Claudio, cuya mirada penetrante y escudriñadora no se apartaba un instante del pobre huérfano—, se me presentó un hombre á quien no conozco, pero que no tardaré en conocer, y después de decirme que había recogido y amparado á la esposa de Jacobo de Tordesillas, me rogó de parte de ella que lo siguiese; pero su ruego era una orden y una amenaza.

—Supongo que os negaríais...

—No podía negarme sin exponerme á desagradables consecuencias.

—¿Y lo seguisteis?

—Sí; pero al paso dije algunas palabras á dos alguaciles, y cuando llegábamos junto á Santa Catalina, el hidalgo, porque tal parece, se vió acometido por dos hombres.

—¿Qué os proponíais?—preguntó David con cuanta tranquilidad le fué posible.

—Una vez herido aquel hombre, me sería fácil saber quién era, y sin perder tiempo...

—Comprendo: hubiérais ido á su casa y encontrado á Isabel de Linares.

—Eso es.

—¿Y que sucedió al fin?

—La lucna fué corta, muy corta, y concluyó por quedar en tierra los dos esbirros, muerto el uno de una cuchillada y gravemente herido el otro de una estocada.

—¡Oh!...

—A pesar de que el desconocido comprendió el juego, siguió tranquilamente y yo con él; llegamos á la calle de Tentetieso, entramos en el piso bajo de una casa, y... ¿á qué no adivinas con lo que me encontré?... Te aseguro que pasé unos momentos terribles, que sentí erizárseme el cabello y no acerté á darme cuenta de lo que me sucedía... ¡Oh!... Pero al fin me repuse y probé que no es fácil producirme un trastorno para aprovecharlo, como se intentaba.

—¿Acaso no os esperaba la esposa de Jacobo?

—Sí, me esperaba—respondió el abate, cuya frente se contrajo.

—No comprendo entonces...

—Hacia pocas horas que Isabel había muerto.

—¡Muerta!—gritó David con acento desgarrador.

—No era ella, era su cadáver...

El pobre jorobado se sintió trastornado por un vértigo espantoso.

En aquellos terribles momentos perdió la razón, y sin saber lo que hacía, apretó los puños, y dando un paso hacia el abate, gritó con voz destemplada:

—¡Asesino!... La has matado; pero yo la vengaré.

Y llevó la mano á la daga que tenía en el cinturón, desenvainándola y haciendo un movimiento para lanzarse sobre Claudio.

Empero en aquel momento se le pusieron delante los cuatro esbirros con las espadas desnudas.

Rugió David como el león herido, retrocedió y apoyó la espalda en la puerta del laboratorio, resuelto á morir matando.

Sus negros ojos relumbraron como los de un tigre y parecían despedir llamardas, en tanto que del interior de su pecho se escapaba un rugido sordo y espantable.

Florentín soltó una carcajada de júbilo satánico, diciendo luego:

—¿Con que eres tú, reptil inmundo, tú

á quien yo he sacado del lodo de la miseria, eres tú el miserable traidor, eres la culebra que he criado en el pecho para que me muerda en el corazón?... ¡Oh!... Tarde ha sido; pero te conocí. Háblame ahora de tu lealtad, envanécete con tus nobles sentimientos de gratitud...

—Sí—replicó el jorobado—, tengo un alma noble y un corazón grande; pero aunque fuese ruín ¿no me has enseñado á serlo?... Acabarás conmigo ahora, porque sois unos cobardes asesinos que no os avergonzáis de asestar cuatro espadas contra el pecho de un niño indefenso; pero no te gozarás mucho tiempo en tu triunfo, porque en el mundo queda quien me venga como á todas tus víctimas. ¿No sabes que yo amaba á esa mujer como á mi santa madre, porque de mi madre era el retrato?... La has matado... ¡Maldito seas!

—No—dijo Florentín—, no te mataré, porque el que muere no sufre más que un instante, y eso es poco para satisfacer mi deseo de venganza. Vivirás constantemente atormentado, y para conseguir esto sin que nadie me pida cuentas, ya sabes que me sobran medios. Todo te lo perdonaría; pero no el que me hayas engañado, el que te hayas burlado de mí. Y en cuanto á tu esperanza de que te venguen, el tiempo te desengañará. Ya sé que estás en relaciones con don Martín: pero ni él ni nadie sabrá lo que ha sido de ti.

—¿Quieres llevarme á los calabozos de la Inquisición?

—Sí, quiero y te llevaré, porque somos cinco hombres y podemos sujetarte sin atentar contra tu vida.

Desgraciadamente, Florentín no se equivocaba: podría David intentar una lucha desigual y sostenerla por algunos momentos con las fuerzas que da la desesperación; podría tal vez herir á alguno de los esbirros; pero éstos acabarían por sujetarlo.

No le importaba al huérfano morir; pero sí le espantaba la idea de verse encerrado en los calabozos del Santo Oficio, porque allí sufriría todos los tormentos imaginables sin que le fuera posible favorecer á la hija de Jacobo.

Ya que ésta había de quedar á merced de Florentín, el pobre jorobado deseaba la muerte.

La amenaza de encerrarlo le hizo pensar

en huir, lo cual no hubiera intentado algunos momentos antes.

Cuando se está en una situación crítica se reflexiona con una prontitud inconcebible.

Aprovechando aquellos momentos de indecisión, podía entrar en el laboratorio, cerrando tras sí la puerta, saltando por la ventana y huyendo por la cornisa, en tanto que sus perseguidores rompían la puerta ó bajaban al corral.

Para esto contaba David con su agilidad nada común y con la experiencia, pues ya sabemos que aquel camino lo conocía.

—Isabel ha muerto—dijo Florentín—; pero la hija sustituirá ventajosamente á la madre, y su belleza y su deshonra por una parte, y tus sufrimientos por otra, me ofrecerán sobrada recompensa, sobrada venganza, mal que pese á tus poderosos protectores. ¡Ah! No me conocen todavía; pero ya me conocerán.

—Tú también acabarás de conocerme, y te convencerás de que un alma noble, un corazón grande, puede mucho más que la cobardía leveosía.

Y al decir esto retrocedió David, quedando dentro del laboratorio y cerrando la puerta.

—Seguidlo—gritó el abate fuera de sí; —y si ha de escaparse, matadlo.

Uno de los esbirros, medio gigante, de atléticas formas, dió á la puerta con un pie, haciendo saltar la cerradura.

Precipitáronse todos ellos en el laboratorio y corrieron á la ventana por donde en aquellos momentos saltaba el desdichado David.

Este dió un paso en la cornisa, asiéndose en la pared como mejor pudo; pero uno de los alguaciles, asomándose y viendo que se le escaparía mientras ellos salían á la calle, sacó el brazo derecho armado de la tizona y gritó:

—Puesto que lo quieres, araña miserable, toma.

Y asestó una estocada al infeliz jorobado, atravesándole el pecho.

David exhaló un ¡ay! desgarrador y su cuerpo cayó pesadamente sobre el piso del corral, produciendo un ruido sordo y apagado.

Quedó inmóvil, y ni un solo gemido se escapó de su pecho.

Los alguaciles, lo mismo que Florentín,

quedaron algunos momentos como petrificados.

—Dos de vosotros al corral—dijo por fin el abate—, y otros dos conmigo.

Bajaron todos.

Florentín se dirigió á los sótanos con los que le seguían, mientras los otros dos fueron en busca de David para acabar de matarlo si no había muerto.

Seguiremos á estos últimos, que después encontraremos á los otros.

## CAPITULO XVIII

### LO QUE DECIDIÓ EL ABATE

—Si no ha muerto—dijo uno de los esbirros cuando entraba en el corral—, debe tener siete vidas como los gatos.

—No nos ña dicho el señor abate lo que hemos de hacer.

—Si he de hablar con franqueza, me da alguna lástima el pobre jorobadín.

—Pues tú eres el que le has pinchado.

—Por eso mismo.

—Ya entiendo: para que de una vez acabe de penar... Has hecho bien, porque al fin era nuestro amigo, y más de una vez ha hablado en nuestro favor á su amo.

—Por eso, si está vivo todavía...

—Una puñalada en buen sitio, y se acabó.

Arrodilláronse junto al cuerpo inanimado de David.

La sangre salía en abundancia de su herida.

Su rostro estaba lívido, desfigurado y ensangrentado también.

—Está muerto—dijo uno de los esbirros.

—Debemos asegurarnos—respondió el otro—, porque una torpeza puede costarnos cara.

Desabrocharon el colete de David y le pusieron las manos sobre el pecho.

El corazón no latía.

Buscaron el pulso y no lo encontraron.

Le sacudieron rudamente los brazos y las piernas.

—Ya ves, está tieso y duro como si fuera de palo.

—Y frío como la nieve.

—Pues mirale los ojos.

—¡Oh!... Los tiene abiertos y sin brillo...

—Está muerto, y bien muerto.

—¡Pobrecillo!

—¡Dios le perdone!

—¿Qué hemos de hacer ahora?

—Esperemos aquí.

Pusiéronse en pie y se cruzaron de brazos.

El resplandor de la luna iluminaba aquel cuadro, tan doloroso como repugnante.

El rostro de los esbirros expresaba la más completa indiferencia.

¡Desdichado huérfano!

Después de tanto sufrir y cuando tan cerca estaba de toda la dicha posible para él en este mundo, su existencia había terminado en medio de la desesperación.

¿Para qué había vivido tan desdichado ser?

Los fallos del Omnipotente son imprevisibles para la pobre inteligencia humana.

¿Qué hacía entretanto Florentín?

Seguido de los alguaciles, había ido al aposento donde se encontraba la vieja.

Esta, que dormitaba en una silla, despertó sobresaltada al oír el ruido que hacían en la puerta; pero bien pronto se tranquilizó, reconociendo la voz del abate, y abrió, dejando el paso libre.

—Loado sea Dios—dijo.

—Vamos, vamos—replicó Florentín.

—¿Qué sucede?

—Venid.

Aturdida por el sueño y la sorpresa, obedeció la beata sin replicar.

Bajaron á los subterráneos y llegaron junto al lecho donde dormía la niña.

Detuviéronse allí y guardaron silencio.

El abate contempló á la inocente criatura, que sonreía dulcemente.

—Sí—murmuró—, es el fiel retrato de su madre... ¡Oh!...

Y dirigiéndose á la señora Justina, añadió:

—Voy á tomar en brazos á la niña y á sacarla de aquí.

—Despertará, señor, os verá y ya sabéis...

—Se alejará la luz para que no llegue aquí sino una claridad muy débil, y mientras yo la tomo en brazos, vos hablaréis, diciéndole que la vais á llevar á sitio más seguro para que no la coja el fantasma á quien ella tanto teme. Así creará que sois vos y no yo quien la lleva.

—Si no lo lleváis á mal, señor abate, os daré un consejo.

—Decid.

—Ya os he advertido que la niña ha tomado mucho cariño á David, y él podría muy bien hacer cuanto quisiese sin que ella se resistiera.

—David está muy ocupado.

—Entonces...

—Haced lo que os digo.

Los alguaciles retiraron la luz.

Florentín se inclinó sobre el lecho.

—Vamos, hija mía, vamos—dijo entonces la vieja—. Debemos salir de aquí.

—¿Quién es?—preguntó la niña despertando.

—Soy yo, Isabelita, soy yo...

—Aún tengo sueño y quiero dormir.

—Bien—repuso la señora Justina—, duerme en mis brazos; pero es preciso que salgamos de aquí, para que no te coja el hombre negro.

—¡El hombre negro!—exclamó la niña con acento de terror.

Florentín la había ya tomado y la estrechaba contra su pecho, mientras se envolvía en su ancha capa.

—¿Y David?—preguntó la niña.

—Nos espera—respondió la señora Justina—. Vamos pronto, vamos.

La pobre criatura, temblando de miedo y completamente aturdida, calló.

El abate hizo seña á los esbirros para que lo siguiesen, y dijo en voz baja á la vieja:

—Esperad aquí.

Encogióse de hombros la señora Justina y se sentó, sin poder adivinar lo que aquello significaba.

Los tres hombres salieron del subterráneo.

Florentín hizo una nueva seña á los alguaciles y dejaron caer la compuerta y echaron la llave.

Sin detenerse, dirigieron al corral donde esperaban los otros.

Miró Claudio el cuerpo de David, interrogó con la mirada á los esbirros y esperó la respuesta.

—Muerto—dijo uno de ellos.

Florentín hizo un gesto de duda.

—Tiene el pecho atravesado de parte á parte, y al caer se ha destrozado la cabeza y se ha reventado.

—Además—añadió otro de los alguaciles—, está frío y tieso, no tiene pulso ni le palpita el corazón. Os digo que está muerto, y no me equivoco.

Se contrajo el rostro del abate.

Para él era una desgracia la muerte de David, porque ya no podía gozarse atormentándolo.

La niña no había vuelto á dormirse.

Seguía temblando, y su terror era cada vez más profundo.

No podía comprender lo que pasaba y hubiera gritado; pero el miedo ahogaba la voz en su garganta.

La prudencia aconsejaba á Florentín guardar silencio; en vez de hablar, concretóse á pensar lo que en aquella situación, que no dejaba de ser apurada, era más conveniente hacer.

—Dejaré aquí el cadáver—se dijo—y á dos de estos bribones para que lo guarden... Esto presenta algunos inconvenientes, porque no sabemos lo que puede suceder, y si no me llevo más que á dos y me veo acometido... ¡Oh!... Además, tengo la prueba de que alguno de éstos me ha sido traidor, y tal vez más de uno, y, por consiguiente, es peligroso dejarlos aquí en completa libertad. David está muerto, no hay duda, y nadie ha de venir esta noche á llevarse su cadáver, y aunque alguien viniese, como un cuerpo sin vida no puede hablar, tendrían que contentarse con hacer suposiciones. Debo pensar también en que me conviene hacer callar para siempre á estos cuatro hombres, que podrían ser cuatro testigos demasiado temibles... Estoy decidido: me llevaré á los cuatro. Si esta noche me queda tiempo, volveré para ocuparme del cadáver y de la vieja, á quien debo tener encerrada hasta convencerme de que no era cómplice del jorobado; y si fuese demasiado tarde, esperaré á mañana y todo se arreglará perfectamente. Las apariencias me hacen suponer que don Martín conoce ya el encierro de la niña; pero en último caso, nada me importaría que viniese después, puesto que nada encontraría más que el cadáver, que no puede hablar, y la beata, que tendría que ir á la Inquisición.

Hay que advertir que por las huellas de pisadas había comprendido el abate que alguien había entrado allí aquella noche; pero se inclinaba á creer que hubiese sido uno de los alguaciles que vigilaban la casa, para ponerse de acuerdo con el jorobado, porque no era probable que Quiñones ni el otro hidalgo desconocido hubiesen es-



tado allí y se hubiesen ido sin llevarse á la niña.

En esta inteligencia, y una vez decidido, hizo seña á los esbirros para que lo siguiesen, y los cinco salieron por la puerta del corral, cerrando y guardando la llave.

—¿Por dónde?—preguntó uno de los alguaciles.

Florentín había decidido ser él mismo el carcelero de la infeliz criatura, y así estaría seguro de que ningún servidor le fuese desleal.

En pocos minutos desaparecieron.

La pobre niña era más digna de lástima que David, porque éste ya no sufriría más.



Se encorbaba, se arimaba á los muros de los otros edificios. (Pág. 54.)

Florentín indicó con un movimiento de cabeza el camino que debían seguir.

Luego llamó á los que vigilaban, y les dijo:

—Retiraos y esperad mis órdenes en vuestras casas.

Obedecieron.

Uno de los otros cuatro preguntó:

—¿Hemos de ocultar las luces?

El abate respondió afirmativamente: les sobraba con la claridad de la luna que empezaba á dejarse ver, y no era conveniente llamar la atención.

Dos de los esbirros marcharon delante de Florentín, y otros dos detrás.

La pobre niña se agitaba convulsivamente; pero no se atrevía á exhalar un grito.

No se veía por aquellos alrededores alma viviente.

¿Quién acudiría en socorro de aquella inocente criatura?

Nadie.

Dejaremos al abate.

Marcelo y el Mallorquín tomaron hacia el arroyo del Arenal, porque tenían sus casas en la parte Sur de la corte.

Cucaña y Pedrote se detuvieron, se contemplaron, y el segundo exclamó:

—¡Cien mil legiones de condenados!

—¡Oh!...

—¡Por los cuernos de Lucifer!

—Buena la hemos hecho.

—¡Que el infierno me trague!

—¿No piensas decir otra cosa?

—¡Truenos y rayos!

—Cuando acabes...

—¿Y qué he de decir?

—Nuestra situación...

—Nós han cogido en el garlito.

—No tanto, amigo Pedrote.

—¿Pues qué más quieres que suceda?

—El caso es que lo que ha sucedido no lo entiendo.

—Yo tampoco.

—Pues entonces...

—Tú tienes más entendimiento que yo.  
 —Sin embargo...  
 —Me parece que hemos cometido una torpeza.  
 —¿Qué podíamos hacer?  
 —Entrar, aplastar al abate, acuchillar á nuestros cuatro compañeros, y después hacer lo mismo con los otros dos, y así hubiera sido imposible averiguar nada, ni mucho menos que de nada nos acusen.  
 —Eso era irrealizable.  
 —¡Vive Dios!  
 —Ninguna determinación podíamos adoptar, puesto que no conocíamos la situación, no acertábamos á explicarnos lo que sucedía.  
 —Pues ahora te lo explicará el abate.  
 —Hemos visto que la puerta se abría y que de la tierra brotaban cuatro de nuestros compañeros, y ni siquiera podíamos sospechar que ese zorro de Florentín se encontrase dentro de la casa.  
 —Se entró por la otra puerta...  
 —Así ha debido suceder.  
 —¿Y qué haremos?  
 —Me llama la atención la circunstancia de no haber salido ni el jorobado, ni la vieja que decía lo acompañaba.  
 —Me parece que los dos están á estas horas en el otro mundo.  
 —Han sonado gritos, y parecía que se luchaba; pero...  
 —No lo dudes, el pobre David ha pagado por todos. Mejor para él, porque así se ha librado de ir á los calabozos de la Inquisición y de que lo atormenten, como harán con nosotros.  
 —Todo es posible—murmuró Cucaña, que no podía ocultar sus temores.  
 —Por de pronto deberíamos huir.  
 —Sería lo mismo que confesar nuestra traición.  
 —No es menester que lo confesemos.  
 —¿Y de qué puede acusarnos el abate? Ha entrado en la casa y no ha visto á la persona que se encontraba allí.  
 —Pero los otros...  
 —Tampoco la han visto salir, porque la hubieran detenido.  
 —Tienes razón.  
 —Florentín sospechará, nos mirará con desconfianza y tal vez haga lo posible para que se nos quite el empleo.  
 —Eso no me apura, porque volveré á mi antiguo oficio de ladrón—dijo Pedrote con la mayor sencillez.

—Y me parece justo que la persona á quien hemos servido nos recompense con mayor cantidad de la prometida en el caso de perder nuestro empleo.

—Así lo hará, y como es un hombre razonable nuestro amigo Culebrina...

—Nos protegerá en cuanto le sea posible, siquiera para evitar que hablemos demasiado.

—¡Voto á Satanás!

—Ahora no podemos ir á buscar á Culebrina, porque no sabemos donde encontrarlo.

—Pues me voy á la taberna.

—Pedrote, no hagas locuras.

—¿Es locura beber un vaso de vino?

—Pero si mientras bebes van á buscarle...

—No había pensado en eso.

—El abate nos ha mandado esperar en nuestras casas, y tenemos que obedecer, mal que nos pese.

—¡Rayos!...

—Pedrote, esta es una desgracia como otra cualquiera.

—Ya lo veo.

—Tengamos paciencia...

—¡Fuego de Satanás!

—El valor te sobra.

—Sí; pero me ahoga el coraje.

—Lo mejor que puedes hacer es dormir.

—¿Y si pasa la noche sin que el abate nos mande llamar?

—Seguiremos esperando.

—¿En nuestras casas?

—Esa es la orden.

Convencióse al fin el gigante, y aunque de muy mala gana, se encaminó á su vivienda.

Cucaña hizo lo mismo.

No sabemos si lograron conciliar el sueño, ó si durmieron con tranquilidad, aunque no parece probable que así sucediese.

La noche pasó sin que nadie los molestara.

Apenas amaneció, recibieron orden de presentarse en la vivienda de Florentín, adonde llegaron al mismo tiempo.

Al encontrarse cruzaron una mirada demasiado elocuente.

En sus semblantes revelaban su temor.

No le tenían miedo á la muerte; pero sí á los calabozos de la Inquisición y al tormento.

Entraron.

Florentín estaba lo mismo que siempre.

Parecía tranquilo.

Entreabríanse sus labios para sonreír.

—Acercaos—dijo á los esbirros.

Estos obedecieron sin pronunciar una palabra.

Los miró Florentín por algunos momentos y luego dijo con dulzura:

—La pasada noche habéis visto lo que no habéis podido comprender. Yo también he visto cosas muy desagradables y tengo la prueba de una traición; pero se me antoja ser clemente y no quiero, ni decir quiénes son los traidores, ni hacer más que lo que hago.

—Señor abate...

—Os he llamado para que me escuchéis, y no para que habiéis.

—Perdonad.

—Me olvido de cuanto anoche sucedió, y creeré que he soñado. ¿Lo entendéis?

—Muy bien—dijo Cucaña.

—En cambio á vosotros os conviene tener mala memoria.

—De nada nos acordamos.

—Suponed que os emborrachásteis y que habéis visto visiones.

—La verdad que lo que hemos visto...

—Ni siquiera habéis estado en el arrabal de San Ginés.

—Así lo juraremos.

—Y si así no lo hacéis, peor para vosotros.

—Soy muy bruto—dijo Pedrote—; pero no tanto que yo mismo me condene. Al primero que me hable del arrabal de San Ginés, aunque sea Marcelo ó el Mallorquín, le apretaré el pescuezo de tal manera que no hablará más en su vida.

—Y el Santo Oficio reconocerá que has contraído un mérito por haber quitado del mundo á un hereje.

—¿Nada más?

—Nada, y que os sirva el suceso de anoche de ejemplo para otra ocasión, porque no siempre me encontraré con las disposiciones de clemencia que ahora tengo, ni tampoco es fácil que otra vez se borre de mi memoria lo que haya visto ó me hayan contado. Idos, descansad todo el día de hoy, y mañana os presentaréis al Tribunal para cumplir vuestros deberes.

No se atrevieron los esbirros á hacer ninguna observación.

Saludaron respetuosamente y salieron.

Cuando estuvieron en la calle, exclamó Pedrote:

—¡Rayos!... ¿Entiendes esto?

—No.

—Pues vamos á beber para desaturarnos.

—Vamos adonde quieras.

—Aun me parece mentira que hayamos escapado con vida.

Se encaminaron á la taberna.

## CAPITULO XIX

### JUAN Y SIMÓN SE ENTIENDEN

A las ocho de la mañana siguiente se presentó fray Tadeo á Quiñones.

El semblante del dominico revelaba la más viva satisfacción.

—Buenas noticias me traéis—le dijo el caballero.

—No os equivocáis, señor don Martín—respondió el fraile, frotándose las manos.

—Sentáos y hablad, que espero con impaciencia vuestras explicaciones.

—Ya os dije, señor, que todo lo sabía menos el lugar donde estaba encerrada esa pobre criatura. Mis agentes no me habían engañado. David era el encargado de vigilar á la niña y esperaba salvarla, porque tenía ciega fe en las promesas que yo le había hecho, y estaba seguro de que más ó menos tarde me pondría en comunicación con él.

—¿Es decir que lo habéis visto?...

—Anoche.

—¡Ah!...

—Y no he visto también á la niña, porque era imposible con el sistema establecido para guardarla.

—Explicáos, explicáos—repuso afanosamente Quiñones—. No olvidéis ningún detalle por insignificante que os parezca.

Fray Tadeo refirió entonces todo lo que sabía por David y el plan trazado por éste.

El caballero escuchó con toda la atención que el caso requería, y después de reflexionar algunos momentos, dijo:

—La salvaremos.

—¿Os parece bien el plan?

—Sí, me parece tanto mejor cuanto que esos mismos cuatro vigilantes servirán de testigos en la acusación contra Florentín.

—Y también la gente que nos acompañe y la misma beata, á quien prometeremos perdón si declara la verdad.

—¿Y vos?...

—Os acompañaré si os parece conveniente.

—Sí, debéis acompañarnos, aunque disfrazado, y así quedaremos en libertad después para la parte que hayáis de tomar en el asunto.

—Señor don Martín, no sé qué admirar más en vos, si vuestra prevision ó vuestro talento.

—Es mi buen deseo, y nada más.

—Con que esta noche...

—Está decidido.

—Y en cuanto á esos otros hombres...

—Yo mandare buscar á ese Simón, aunque me sobra gente con mis criados; pero si hay necesidad de derramar sangre...

—Bueno es que llevemos gente acostumbrada á todo.

—Dejad, pues, eso á mi cuidado.

—¿Dónde hemos de reunirnos?

—Aquí.

—¿A qué hora?

—A las diez ó diez y media, para que todo lo más á las doce estemos en el arrabal.

—¡Lástima que esa pobre madre haya muerto!—exclamó el fraile exhalando un profundo suspiro—. ¡Cuánta sería su felicidad al abrazar esta noche á su hija!... Sí, sería tanta, como intenso ha de ser el dolor de David al conocer esta horrible desgracia.

—Dios lo ha dispuesto así...

—Es verdad, debemos resignarnos y respetar los fallos del Omnipotente.

—Padre, voy á ocuparme de prepararlo todo.

—Os dejo...

—Hasta la noche.

—Que Dios os bendiga, como yo lo hago en su santo nombre.

—Martín quedó solo, reflexionó, llamó luego y mandó que se le presentase Juan, á quien también conocen los que hayan leído *El Tribunal de la Sangre*, y para los que no le conozcan diremos que era un hombre que valía mucho, poco menos que su señor, y que así lo había probado en muchas ocasiones.

Valor, inteligencia, ingenio y astucia; todo lo reunía Juan; y para que nada se echase de menos en él, era honrado, leal y fiel, hasta el punto de que se hubiera dejado matar mil veces por sus nobles señores.

A Juan no se le trataba en aquella casa

como á un sirviente; Quiñones y su esposa lo miraban como á un amigo, y con esto no hacían más que ser justos y pagarle los importantísimos servicios que le debían, pues á no ser por Juan, ellos tal vez no hubieran podido triunfar de sus enemigos y serían las criaturas más desgraciadas.

No repetiremos la conversacion del amo y del sirviente, puesto que hemos de ver muy pronto sus resultados: solamente diremos que después de hablar un cuarto de hora, tomó Juan su capa y su sombrero, ciñó su espada y salió diciendo para sí:

—Gracias a Dios que nos ocupamos en algo. Ahora estaré alegre, porque el asunto lleva trazas de ser por el estilo de los de otro tiempo. La tranquilidad me aburre, y el aburrimiento me mata.

Simón había buscado vivienda en el otro extremo de Madrid, es decir, en el arrabal de San Ginés, encontrándose muy cerca del sitio que era teatro de los más importantes sucesos.

Muchas de las estrechas y cenagosas calles de aquel barrio, han desaparecido.

Juan llegó allí, penetró en una de aquellas calles, y se detuvo á la puerta de una casa de aspecto miserable.

—Aquí debe ser—murmuró—. La quinta, á la derecha y que no tiene más que un piso...

Atravesó un zaguán, donde los pies se pegaban en el lodo y dió algunos golpes en una puertecilla negra y medio apollada.

—¿Quién llama?—preguntó una voz ronca y desagradable, que parecía salir del fondo de una caverna.

—Abrid á un amigo—respondió el sirviente.

Oyóse ruido de pasos que hicieron retemblar la puerta, y la misma voz volvió á preguntar:

—¿Pero quien es?... ¡Voto á cien mil legiones de condenados!... Yo tengo amigos y no tengo ninguno.

—¿Y miedo?—replicó Juan con un si es no es de burla.

—¡Por Satanás!—se oyó decir.

Y la puerta se abrió estrepitosamente, apareciendo Simón con los ojos encendidos por la cólera.

—¡Rayos y truenos!—¿quién ha dicho que tengo miedo?... ¡Por los cuernos de Lucifer!

—Sosegaos, buen Simón—dijo el sirviente con calma y sonriéndose.

—¿Qué queréis?

—Hablaros, y por consiguiente, entrar y sentarme.

—¿Y quién sois?

—Ya lo veis, un hombre que no ha temblado al oír vuestras amenazas.

—¡Vive Dios!... Es verdad... Pero... en fin, me gustan los hombres valientes.

—¿Me dais ya permiso para entrar?

—Hacedlo.

No tenemos que describir el interior de la morada del gigante, porque era poco más ó menos como el de la otra.

Sentóse Juan, miró de pies á cabeza á á Simón, sonrió como satisfecho del examen, y dijo:

—Como vuestro amigo David no os ha buscado hace muchos días, habréis intentado averiguar lo que ha sido de él.

—¿Y por qué me habláis de David?

—Porque he venido solo como veis, solo estoy con vos y no puedo inspiraros desconfianza.

—Por de pronto no tengo miedo.

—Tampoco os tiendo un lazo, porque para prenderos no era menester que yo viniese antes á nombraros á David.

—Os parecéis á él.

—¿En qué, si no soy jorobado?

—En que decís unas cosas que convencen en seguida.

—Me alegro.

—Continuad.

—Habréis sabido que David había salido de la Corte con un tío suyo, porque esto se decía.

—Sí; pero no lo he creído.

—Lo cual prueba que vos tenéis también muy claro entendimiento.

—Todo eso del viaje debe ser una intriga de ese bribón de sacristán á quien no me han dejado retorcer el pescuezo.

—David está encerrado...

—¡Encerrado!

—Sí.

—¡Dios de Dios!

—Ya sé que lo estimáis.

—Le he tomado cariño á ese pobre muchacho, porque tiene mucho corazón, y porque aborrece á los inquisidores tanto como yo.

—Pues habéis de saber que está encerrado y encargado de vigilar á la hija de Jacobo de Tordesillas.

—Lo creo, porque ese pícaro abate...

—Es muy astuto.

—¿Y sabéis dónde están David y la niña?

—Lo sé.

—Entonces, ¡por mi alma! que he de sacarlos á los dos de su encierro.

—No pasará de esta noche, porque lo hemos combinado ya.

—Bien—replicó el gigante sin entrar en más reflexiones—, decid lo que hemos de hacer.

—Aún no me habéis preguntado quién soy ó quién me envía.

—¡Voto al infierno!... Ya os dije que soy un animal.

—Mi nombre os importa poco; pero sirvo á una persona á quien de seguro conoceréis.

—¿Quién es?

—Don Martín de Quiñones.

—¡Por el rabo de Satanás!... ¡Ya lo creo!... ¿Quien no conoce á Don Martín?... Yo le serviría de balde, porque sé que es un hombre valiente, un hombre de corazón, que en otro tiempo dió mucho que hacer á los corchetes y golillas y se burló de los inquisidores... ¡Don Martín!... ¡Mil rayos!... No hay más que hablar... ¿Qué tengo que hacer?

—Excusado es decir que la bolsa de mi señor...

—No hablemos de eso, porque me ofendéis.

—La recompensa es siempre justa...

—Cuando uno presta algún servicio; pero en esta ocasión, no hay tal cosa, porque yo quiero á David, ¿lo entendéis? lo quiero, y por sacarlo de entre las uñas del abate, haré todo lo que sea menester. Habláis de recompensa, porque no sabéis que me picaron el amor propio, y que desde entonces este negocio es cosa mía.

—Lo sé todo, porque mi señor no tiene secretos para mí.

—Vamos al asunto.

—David y la niña están en una casa, vigilada día y noche por cuatro hombres.

—Serán cuatro alguaciles del Santo Oficio.

—Sí.

—Me alegro, porque aborrezco á las viejas y me gustará aplastarla.

—¿Podéis contar con seis ú ocho hombres valientes y leales?

—¿Y para qué queremos tanta gente?

—Se necesitan.

—Puedo contar con ellos.

—¿Para esta noche?

—Y para dentro de una hora también.

—Podéis prometerles...

—Dejad eso á mi cuidado.

—Pues no tengo más que deciros.

—¿Dónde hemos de estar?

—Cerca de la casa donde se encuentra David y que es la misma que habitó el señor Jacobo.

—¡Mil truenos!... ¿Lo he tenido tan cerca?...

—Antes de las once estaréis allí; pero de modo que no llaméis la atención.

—Descuidad, que eso puede evitarse muy fácilmente.

—¿Cómo?

—Cerca de la casa donde hemos de dar el golpe, hay una taberna.

—Entiendo: estaréis allí...

—Ya habrán cerrado; pero llamad y nombradme, y saldremos inmediatamente.

—Convenidos.

—Antes de las once...

—Eso es.

—Pues decidle á vuestro señor, que aunque mi oficio no es honroso...

—Teneis corazón, ya lo veo.

—Y lo probaré.

—Que Dios os guarde y hasta la noche.

El sirviente salió, dirigiéndose apresuradamente hacia Puerta Cerrada, mientras decía:

—De este bribón me atrevo á hacer un santo, porque efectivamente tiene corazón.

No tardó en llegar á presencia de su señor.

—¿Lo has visto?—le preguntó éste.

—Sí.

—¿Podemos contar con él?

—Completamente.

—¿Qué clase de hombre es?

—Un gigante que de una puñada puede matar un toro.

—¿Crees que tiene valor?

—Mucho—repuso Juan—, y lo que es más raro, es hombre de corazón.

—Tenemos fortuna.

—Su inteligencia es escasa.

—No importa.

—Pero estad seguro de que se dejaría matar cien veces por el pobre jorobado.

—Por ahora hemos concluído, Juan prepárate para la noche y que Dios nos proteja.

—Siempre nos ha protegido, señor, porque vos defendéis siempre la justicia.

Salió Juan, de la cámara muy contento, porque aquella noche iba á divertirse.

Quiñones reflexionó algunos minutos y luego se dirigió á las habitaciones de su esposa.

Lo dejaremos, porque esta no es la ocasión oportuna de que demos á conocer como deseamos á Doña Inés de Guevara.

¿Y la desdichada Isabel?

También la veremos pronto.

## CAPITULO XX

### UNA SORPRESA HORRIBLE

Antes de las diez y media de la noche, fray Tadeo disfrazado como ya lo hemos visto otras veces, presentóse en la suntuosa morada de Martín.

Saludáronse cordialmente y cruzaron algunas palabras sobre el grave asunto de que iban á ocuparse, diciendo luego Quiñones:

—¿Vamos ya?

—Dispuesto me tenéis—respondió el carmelita, embozándose tan airosamente como pudiera haberlo hecho el más apuesto galán.

Juan estaba también preparado y esperaba con una linterna, de cuya luz no se servirían sino en caso de necesidad.

Salieron de la casa, desnudaron los aceros y se encaminaron al lugar de la cita.

Muy poco hablaron, por lo mismo que tenían mucho en qué pensar.

Martín estaba ansioso de que llegase el momento decisivo, porque temía que la astucia del abate hiciese inútiles sus esfuerzos.

Ya sabemos que no se equivocaba.

La niña había desaparecido y estaba oculta donde sería imposible encontrarla, y David había muerto, y no hallarían más que su cadáver, pues Florentín no había vuelto la noche anterior á recogerlo ni á poner en libertad á la beata.

Como iban á buen paso, llegaron al sitio convenido antes de las once.

Tenían que pasar precisamente por la puerta de la taberna indicada por Simón, y que ya conocen nuestros lectores, pues era la misma donde Culebrina había pasado la noche que espíó á Florentín.

Allí, pues, se detuvieron.

—Avisa á esa gente—dijo Martín á Juan.

Este dió algunos golpes á la puerta de la taberna, y cuando le preguntaron, respondió:

—Simón.

Se abrió la puerta y salió el gigante.

—Aquí me tenéis—dijo.

—¿Y vuestros compañeros?

—Nadie me acompaña, ¡ voto á cien mil legiones !

La frente del caballero se contrajo al oír la respuesta de Simón, y acercándose á éste con el fraile, preguntó:

—¿ Hay alguna novedad ?

—Mi noble señor—respondió el asesino—, perdonadme si no os doy muchas noticias ; pero no he averiguado lo que deseaba, porque he querido cumplir fielmente vuestras órdenes.

—Explicaos más claramente.

—Vuestro criado me dijo que había cuatro hombres á todas horas vigilando la casa.

—Así es.

—Quise verlos, porque no está de más conocer á la gente con quien uno tiene que habérselas, y porque la pinta de un hombre dice mucho del valor, y ya se sabe á qué atenerse.

—¿ Y habéis creído que vos solo bastábais para hacer callar á los cuatro ?

—No soy tan vanidoso, aunque bien me atrevo á despachar media docena de alguaciles.

—Entonces...

—Es que no había ninguno.

—Ninguno...

—Volví más tarde, y tampoco ; anduve por allí hasta el anochecer, y nada.

—Estarán ocultos, para no llamar la atención.

—Eso pensé ; pero cuando cerró la noche y ninguno pareció, empecé á sospechar que se había cambiado de sistema.

—Continuad.

—Mi primera intención fue introducirme en la casa por el corral y averiguar así lo que sucedía ; pero no me atreví por si os disgustábais.

—Habéis hecho bien.

—No habiendo enemigos, no necesitamos ayuda, y por eso no me acompaña nadie ; pero descuidad, noble señor, que vos valéis por cuatro vuestro criado no es hombre que se asusta ; este otro caballero, cuando os acompaña, debe ser valiente, y yo procuraré no quedarme atrás. Si los alguaciles están dentro de la casa, aunque sean diez, bien podemos acabar con ellos, ¡ voto á Lucifer : y si fuesen doce, trabajaríamos un poco más y los meteríamos en un puño.

Tal vez al lector le ocurra preguntar por qué Leandro, valiente y deseoso de favorecer á Isabel, no tomaba parte en aquella aventura ; pero diremos que Martín no había querido que lo acompañase, para evitar que fuese personalmente conocido por fray Tadeo, pues hay que tener presente que el caballero no confiaba sino á medias en el fraile, como ya hemos visto cuando decidió ocultarle la verdad sobre la existencia de la esposa de Jacobo.

Quiñones y el dominico tuvieron un mismo pensamiento, es decir, temían haber llegado tarde.

Empero no hicieron ninguna observación y se contentaron con cruzar una mirada de intranquilidad.

—Vamos—dijo después de algunos momentos Martín.

—Sí, vamos, y que sea lo que Dios quiera.

Adelantaron y en breve se encontraron junto á la antigua morada del alquimista.

A nadie vieron.

Examinaron cuidadosamente los alrededores, luego se acercaron á la puerta y á las tapias, y escucharon y miraron.

Ni el más leve rumor llegó á sus oídos, ni vieron brillar luz alguna en el interior de la casa.

Por todas partes el más profundo silencio, y la más absoluta obscuridad.

Martín sintió oprimido el corazón.

—¿ Qué hacemos ?—preguntó el dominico con voz alterada, no por el miedo á peligro alguno, puesto que no era cobarde, sino por temor de que Florentín se les hubiese anticipado.

—¿ Qué hemos de hacer ?—replicó el caballero, cuyos negros ojos empezaban á relumbrar con el fuego de la ira—. Ya estamos aquí, entrémos.

—Sí, entremos—añadió Juan, que empezaba á perder la paciencia.

—¡ Por Satanás !—exclamó Simón— ¿ Hemos de retroceder ?

—No—repuso Martín.

Y antes de que ninguno se moviese, em-

pezó á escalar la tapia con prodigiosa agilidad.

Juan y Simón lo siguieron.

—Sea—murmuró el fraile.

Y por el sitio que le pareció más á propósito, subió también sin necesidad de ayuda.

Pocos momentos después se encontraban los cuatro en el corral.

—La luz—dijo Quiñones.

El sirviente abrió la linterna.

Dieron algunos pasos y se detuvieron.

—¿No habéis oído?—dijo Simón en voz baja.

—Nada hemos oído—respondió el fraile.

—Si fuérais ladrones como yo... Escuchad.

Hicieronlo así, y bien pronto llegó hasta ellos un gemido angustioso, un verdadero lamento de agonía.

—¡Vive Dios!—exclamó Quiñones sin poder contenerse.

—Silencio—interrumpió Simón, que para lances de tal naturaleza valía más que ninguno de ellos.

Volviéron á escuchar.

Oyeron un rumor sordo como el roce de un cuerpo blando con la tierra.

—¿Qué significa esto?—preguntó el dominico.

—¡Por las tripas de Satanás!... ¿No lo adivináis?... Pues yo lo adivino, ó más bien lo veo, porque á los ladrones nos sucede lo que á los gatos... Mirad, allí hay un hombre que se mueve.

Martín y Juan corrieron al sitio indicado por Simón.

Este los siguió, y el dominico fué acercándose lentamente y como hombre precavido que no da un solo paso sin examinar antes el terreno donde ha de poner el pie.

Resonó un grito de ira, de desesperación, de rabia.

Acababan de reconocer al pobre David, que exhalaba profundos lamentos y de vez en cuando se agitaba convulsivamente.

Tendido allí desde la noche anterior sin socorro alguno, no hay que decir en qué estado se encontraba el infeliz huérfano.

Su rostro, pálido y ensangrentado, estaba contraído y desfigurado, hasta el punto de que era difícil reconocerlo.

Parecía imposible que viviese.

—¡David!—exclamaron todos, arrodillándose y examinándolo cuidadosamente.

—¡Lo han asesinado!—murmuró Martín, de cuyos negros ojos se escapaban centellas.

—¡Truenos y rayos!—gritó el gigante con voz ronca—. ¡Cien mil legiones de condenados!... ¡Oh! ¡Fuego del infierno!... Pedazo á pedazo he de arrancarle el corazón al cristán... No tengas cuidado, amigo mío, que yo te vengaré, y te juro que los perros han de comerse las entrañas de tu asesino.

Sería imposible repetir con exactitud las palabras con que cada cual expresó sus sentimientos.

Reconocieron el cuerpo de la víctima, que ni siquiera se apercibió del socorro que le prestaban, y le encontraron una herida en la frente y otra en el pecho.

La sangre de la segunda había sido casualmente restañada por la camisa del infeliz.

No podían apreciar la gravedad de aquellas lesiones; pero no había más que mirar al huérfano para comprender que era imposible que viviese muchas horas.

No se encontraba en estado de hablar, y esto hacía mayor la desgracia, porque privaba á sus amigos de explicaciones que podrían servirles de mucho y á la justicia de testimonios que tal vez habrían sido suficientes para probar el crimen de Florentín.

Por fin les ocurrió pensar que ante todo debían registrar la casa, para ocuparse luego descuidadamente de proporcionar al herido los auxilios que necesitaba.

Juan fué el primero que lo hizo comprender así, diciendo:

—Perdonad, señor; pero nada hacemos aquí en favor de este pobre manco.

—Es verdad: debe llamarse á un cirujano...

—Antes hay que registrar la casa para convencernos de que no hay nadie.

—¿Quién sabe si encontraremos á Florentín?

—Vamos, pues.

—¿Quién se queda aquí?

—Nadie, porque nada puede hacerse entre tanto.

—Pues aprovechemos el tiempo.

Y tomando Juan la linterna, entraron en la casa con los aceros desnudos.

## CAPITULO XXI

LOS MEDIOS DE QUE SIMÓN SE VALÍA  
PARA HACER CANTAR CLARO

Recorrieron el piso bajo sin encontrar  
persona alguna.

—Aquí—dijo fray Tadeo, señalando

Y asiendo por un brazo á la vieja, la  
sacudió rudamente, añadiendo:

—Responde, miserable, responde.

La señora Justina exhaló un gemido,  
porque la verdad es que estaba completa-  
mente aturdida, sentíase desfallecer por  
momentos y no acertaba á responder.

—¿Dónde está la niña; dónde está?



—Puesto que lo quieres, araña miserable, toma (Pág. 62.)

la compuerta—, estaba encerrada la niña.

Había dejado puesta la llave y no tu-  
vieron dificultad en abrir.

Empero antes de que empezaran á ba-  
jar, vieron asomar la cabeza desgrefiada  
y el rostro lívido y desencajado de la se-  
ñora Justina, que estaba sentada en uno  
de los escalones, y al sentir que abrían se  
puso en pie.

No pudo sostenerse, porque las veinti-  
cuatro horas que llevaba de ayuno le ha-  
bían hecho perder las fuerzas.

Volvió á caer, cruzó las manos, exten-  
dió los brazos en ademán de súplica, y ex-  
clamó con voz débil:

—¡ Socorro!... Me muero...

—¡ La beata!—dijo el fraile.

—¿ Y la niña?—preguntó afanosamen-  
te Martín.

—¡ La niña!—murmuró por fin la bea-  
ta.— Anótese se la llevó.

—¿ Quién?

—El señor abate.

—¡ Oh!

—Me dejó encerrada... No he comido...  
Me muero.

Simón, que contemplaba á la vieja  
mientras sonreía con expresión de feroz  
alegría, dijo entonces:

—Dejadme, señor Don Martín, que yo  
me entenderé con esta bruja. Hace tiempo  
que nos conocemos, porque ella fué la  
causa de que encerraran en la Inquisición  
á un amigo mío, y yo me salvé por mi-  
lagro.

—Necesitamos que nos dé más expli-  
caciones esta mujer.

—Las dará—repuso el gigante, acercándose á la escalera.

Luego se inclinó, cogió con ambas manos el cuello de la señora Justina, y añadió:

—La sacaremos de aquí y veréis como canta claro.

Diciendo y haciendo, levantó á la pobre vieja con la misma facilidad que si levantara una pluma.

La infeliz lanzó un gemido, y pendiente como estaba de las duras manos de Simón, agitóse violenta y convulsivamente.

—Esta baila también como el abate—dijo el asesino soltando una carcajada estrepitosa.

Y colocó sobre el pavimento á la beata.

Empero ésta cayó pesadamente, quedando sin movimiento.

Su rostro estaba amoratado y sus ojos inyectados en sangre.

—¿Qué habéis hecho?—gritó Martín.

—Nada, mi noble señor: ahora veréis cómo canta.

—¡La habéis ahogado!...

—¡Yo!...

—Sí, desdichado... ¿No veis que está muerta?

Efectivamente, la señora Justina no era ya más que un cadáver.

El gigante la contempló sorprendido, porque su intención no había sido la de matarla.

—¿No estáis convencido aún?—preguntó Quiñones.

—Sí; pero yo no he tenido la culpa, sino ella que se ha muerto del susto. De todos modos, ¡voto á Lucifer! nada se ha perdido: era una bruja condenada que no servía más que para hacer daño: si al menos hubiera tenido corazón como yo...

—Hemos perdido mucho: las declaraciones de esta mujer hubieran sido de mucha importancia.

—Es verdad: soy un bruto y no había pensado en semejante cosa; pero bien podéis perdonarme, señor, porque á nadie se le debe castigar por lo que no ha querido hacer. Esto es lo mismo que si al ir por la calle y tropezar, cae uno sobre cualquiera persona y la aplasta.

—Puesto que la desgracia no tiene ya remedio—observó el dominico—, aprovechemos el tiempo en acabar de registrar la casa y socorrer á David.

—A nadie encontraremos—dijo Quiñones—, y por consiguiente...

—Señor—replicó Juan—, voy en busca de un médico...

—Y de una silla de manos para llevar al herido, si es que puede sacársele de aquí.

—¿Nada más he de hacer?

—Sí.

—Me parece oportuno avisar á mi noble señora y á las personas que la acompañan.

Martín de Quiñones reflexionó algunos momentos, y luego respondió:

—Opino como tú.

—Entonces...

—Dispon lo que quieras para que todo se haga con prontitud: ya sabes que te obedecerán...

—No necesito más advertencias.

—El médico antes que todo, Juan, antes que todo.

—Sé dẽ uno que no vive lejos de aquí.

—Pues que te acompañe Simón, y mientras tú vas á casa, él puede volverse con el doctor.

—No perdieron un instante.

—Juan y Simón salieron.

Quiñones y el dominico recorrieron la casa y volvieron al lado de David, que continuaba en el mismo estado.

Nada podían hacer y ocuparon el tiempo en trazar el plan de conducta que debían seguir, ya para mejorar en cuanto fuese posible la situación de las víctimas del abate, ya para que éste fuese castigado.

Dos hombres de tan clara inteligencia como ellos, debían entenderse muy pronto.

No se les ocultaban ni las ventajas ni los inconvenientes que presentaba la lucha que habían de sostener, y antes de media hora estaban completamente de acuerdo.

Martín siguió guardando reserva en punto á la vida de Isabel y en cuanto á las personas que guardaban el tesoro: para hacer estas revelaciones siempre estaba á tiempo, y antes quería tener la seguridad de que el fraile no abusaría de aquellos secretos.

Por fin llegó el cirujano, que pensando sólo en cumplir sus humanitarios deberes, no se cuidó de entrar en explicaciones con Martín y fray Tadeo, concretándose á decirles:

—Tened la bondad de acercar la luz uno de vosotros y traedme algunos trapos y vendajes.

Quiñones tomó la linterna, y Simón, con otra luz que había encendido, fué á buscar las sábanas para hacerlas pedazos, convirtiéndolas en vendajes.

Fray Tadeo, que nunca se olvidaba de ser precavido, embozóse recatando el rostro y se mantuvo en pie sin pronunciar una palabra.

Diez minutos después, decía el médico:

—No puedo asegurar todavía si la herida del pecho es mortal, aunque tengo esperanza de que no haya interesado los pulmones. La de la frente no es de gravedad.

—Lo salvaréis, sí—exclamó Martín.

—Hay otra cosa peor que la herida.

—¿Qué?—preguntó afanosamente el caballero.

—Necesito que me deis algunas noticias de cómo ha sucedido esta desgracia.

—Es imposible, porque lo ignoramos.

—Entonces...

—Hace media hora que hemos encontrado aquí á este desdichado, y no sabemos otra cosa sino lo que estamos viendo.

—Decís que hace media hora...

—Sí.

—Pues no ha sido herido esta noche, ni quizá en todo el día.

—Tenemos motivos para creer que fué anoche cuando tuvo lugar esta desgracia.

—...o os equivocáis: hace por lo menos veinticuatro horas que este joven se encuentra aquí completamente abandonado.

—Sin duda sus asesinos creyeron que estaba muerto...

—Y debieron arrojarlo por una ventana que está sobre nosotros.

—¿Qué decís?

—Busquemos las señales y las encontraremos.

—¡Miserables!...

—Por de pronto tengo la prueba en la espalda de la víctima, espalda cuya configuración me da mucho que pensar.

—Os advertimos que es jorobado.

—¿Ah!...

—Y en eso debe consistir.

—Ahora lo comprendo todo. Sí, ha caído desde la ventana, y como tenía esta imperfección, y precisamente en el mismo

sitio ha recibido el golpe... No vivirá—añadió el médico moviendo tristemente la cabeza—, no vivirá, y lo siento, porque su curación sería de gran importancia para la ciencia, y no de menos para mi reputación.

—Salvadlo, doctor, salvadlo, y os daré más oro que pesa su cuerpo, y si tenéis la noble ambición de la gloria, os la daré también, porque me sobra influencia para todo. ¿No sabéis quién soy?

—No me lo han dicho, caballero.

—Me llamo Martín de Quiñones...

—¡Ah!... Perdonadme: no he sabido con quién hablaba...

—Salvadlo, salvadlo...

—No tengo esperanza; pero si Dios quisiese ayudarme... ¿Sabéis lo que sucedería?

—Que tendríais todo cuanto ambicionáseis.

—Y que este pobre mancebo dejaría de tener la joroba que siempre ha tenido.

—¡Doctor!...

—O muere, ó queda tan derecho como nosotros.

—¡Dios mío!...

—Me hacen falta antecedentes sobre la infancia del enfermo.

—Los tendréis.

—Bien, pues esperad y rogad á Dios, porque yo no me atrevo á pronosticar nada en este momento.

—¡Voto á todos los condenados habidos y por haber!—exclamó Simón, que difícilmente se había contenido hasta entonces—. ¡David sin joroba!... Si tal hacéis, señor doctor, por el alma de la bruja de mi abuela!... ¡Rayos y truenos!... Ya podía cualquiera miraros con malos ojos, porque...

—¿Qué hemos de hacer ahora?—interrumpió Martín; aquí no puede estar el herido.

—No.

—¿Habría inconveniente en trasladarlo á otra casa?

—No, con tal que se haga pronto y se le lleve en una camilla con mucho cuidado.

—Así se hará, y en tanto, guardad el secreto de lo que sucede hasta que os dé más explicaciones.

—Desconfiad, que los médicos somos tan reservados como los confesores.

—¿Cómo os llamáis, doctor?

—Mateo Extremeira.

—¡Extremeira!... Yo conozco ese nombre... Debe ser uno de los recuerdos de mi juventud...

—No os equivocáis—repuso el doctor, sonriendo maliciosamente.

—¡Ah!... Sí, ya me acuerdo...

—Mi buen padre, que en el cielo esté—dijo el médico—, me legó su ciencia y cierto secreto...

—Vuestro padre era un hombre honrado, y por su rectitud se salvaron algunos inocentes.

—Cumplió con su deber.

—Yo ignoraba que el honrado Extremeira hubiera dejado un hijo; pero vos que conocíais el secreto.

—Caballero, no os he dado á conocer mi existencia, porque eso hubiera sido lo mismo que pedir os que recompensáseis en mí la honradez de mi buen padre.

—Tenéis derecho á mi amistad...

—Y la acepto, porque me honra; pero nada más, porque no ambiciono dinero, sino reputación.

Martín estrechó la diestra del médico.

Pocos minutos después llegó Juan con otros criados y la silla.

No había que perder tiempo.

Como mejor les fué posible arreglaron una camilla y colocaron en ella á David, que apenas daba señales de vida.

Martín pronunció algunas palabras al oído de Juan; luego se acercó al fraile, y le dijo:

—Padre, es prudente que os retiréis á vuestro convento: os acompañarán hasta donde bien os parezca aos de mis criados de confianza, porque ya vamos reuniéndonos muchos y hay que evitar que os conozca algún indiscreto.

—¿Adónde pensáis por fin llevar al herido?

—A mi casa lo llevaría si escuchase solamente la voz de mi deseo.

—No es conveniente.

—Lo pondré en lugar seguro.

—Pero los que han de llevarlo...

—Descuidad, que evitaré ese peligro, porque cuando estemos cerca de la casa donde ha de quedar, nos encargaremos de la camilla Juan y yo.

—¡Vos!...

—Sí, yo, que soy el mismo ahora con mis riquezas, que hace algunos años con mi pobreza.

—No os parecéis á ningún hombre.

—¿Iréis á verme mañana?

—¿Cómo no he de hacerlo?

—Pues que Dios os guarde.

Fray Tadeo, aunque contra su voluntad, salió escoltado por dos escuderos, que ya habían recibido instrucciones de Juan.

En seguida otros levantaron la camilla y seguidos también con los demás y seguidos por Martín y Extremeira.

Al cabo de un cuarto de hora se encontraban en las cercanías del monasterio de San Martín.

Entonces el caballero mandó esperar allí á sus sirvientes, diciendo á Juan y á Simón:

—Ahora, vosotros.

Tomaron éstos la camilla y se dirigieron á la morada de Castillejo.

Allí esperaba doña Inés con Isabel y los dos hidalgos.

## CAPITULO XXII

### ANSIEDAD

Mientras tenían lugar los tristes sucesos que acabamos de referir, la esposa de Quiñones, según ya hemos dicho, encontrábase al lado de Isabel, procurando consolarla con las palabras más cariñosas.

El anciano, en el sitio más oscuro del aposento, estaba sentado en un ancho sillón, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho.

Su pálida frente estaba contraída, y en su semblante se revelaba la más profunda tristeza.

Su hijo Leandro paseábase unas veces sin poder disimular su impaciencia y su inquietud, y otras se sentaba junto al brasero de cobre que había en medio de la habitación, removía distraídamente el fuego y pronunciaba algunas frases, sin más objeto que el de ocultar su preocupación.

—Nada se había dicho á Isabel de lo que se intentaba, ni siquiera se le habían hecho indicaciones de haber averiguado el paradero de su hija. Martín tenía sobrada experiencia de aquellas clases de intrigas, había sostenido más de una lucha del género de la que empezaba con el abate, y sabía muy bien que cuando el éxito parece más seguro,



es cuando hay mayor peligro de la derrota; porque una casualidad, una circunstancia la más insignificante, desbarata muchas veces los planes más hábilmente combinados.

¿Para qué hacer concebir á Isabel una esperanza que podía desvanecerse en un instante?

Esto hubiera sido hacer un sufrimiento doblemente más horrible.

Era más prudente robarle algunas horas de alegría.

Empero por más que todos hacían lo posible para disimular, en el semblante de todos veía Isabel lo que no había visto los días anteriores, y aunque no adivinaba la causa, comprendía que por lo menos se preparaba algún importantísimo acontecimiento, si es que ya no había tenido lugar.

Doña Inés de Guevara estaba dotada de un espíritu privilegiado.

Lo mismo que su esposo, en las situaciones más apuradas había mostrado siempre un valor verdaderamente heroico y una serenidad admirable.

Estaba acostumbrada á sufrir y á luchar, y más de una vez había puesto á prueba la fuerza de su voluntad, triunfando de los impetuosos impulsos de su corazón.

Ella era, pues, la que mejor ocultaba lo que sentía.

Sin embargo, no pudo engañar la femenil perspicacia de la esposa de Jacobo, y al fin ésta, sin poder dominarse, dijo:

—Estáis ofendiéndome.

Todos la miraron con sorpresa.

—Sí—añadió Isabel—, parece que no conocéis las pruebas porque he pasado.

—Las conocemos y sabemos apreciarlas—replicó doña Inés.

—¿Entonces, por qué dudáis de mi valor?...

—¡Que dudamos de vuestro valor!... No, amiga mía, no es posible dudar después de lo que habéis hecho.

—No dudáis y tenéis miedo de decirme lo que sucede.

—Nada os ocultamos...

—Sí—replicó enérgicamente Isabel—, algo me ocultáis, sin comprender que la incertidumbre es para mí el mayor de los tormentos.

—Debéis estar tranquila, si es que tenéis fe en nuestras palabras.

—Ahora no tengo fe, porque veo que fingís, si bien reconozco que lo hacéis con el fin de evitarme nuevos dolores.

—Todo lo que sucede, lo sabéis ya.

—¿Se ha encontrado á mi hija?

—Tenemos esperanzas y nada más.

—¿Y en qué se fundan? Esto es lo que os negáis á decirme y lo que precisamente aumenta mis inquietudes y acrecenta mi afán, atormentándome horriblemente.

—Nuestras esperanzas—dijo sencillamente doña Inés—, se fundan en las promesas de un hombre que puede hacer mucho.

—¿Pero quién es?

—Un inquisidor.

—¡Un inquisidor!—exclamó Isabel con acento de terror.

—¿Qué os sorprende?... Suponed que entre sus compañeros tiene el abate un enemigo encarnizado, y que nosotros explotamos á esta rivalidad...

—¿A qué precio?

—¿Qué os importa, si vos no habéis de pagarlo?—La recompensa será satisfacer ambiciones...

—¡Miserables!

—Todo me parecerá bueno si conseguimos encontrar á vuestra hija, y vos aprobaréis nuestros planes, estoy segura de ello, porque soy madre y comprendo vuestro dolor y vuestro afán.

—Sí—murmuró tristemente Isabel, cogiendo entre las suyas y besando cariñosamente las mórbitas manos de doña Inés—; sí, vos podéis comprenderme, porque tenéis un hijo y vuestro corazón es un tesoro de ternura.

—Pues bien, yo, como madre, os aconsejo que esperéis con cuanta tranquilidad sea posible en vuestra situación.

—Me habéis dicho antes que vuestro esposo debía venir después de haberse ocupado de mi hija y del infeliz huérfano que tan generosamente me ha protegido.

—Sí, lo espero con buenas noticias, y ya no tardará...

—No tardará—dijo Leandro, poniéndose en pié como movido por un resorte.

Y como para justificar sus palabras, oyéronse algunos golpes dados á la puerta de la casa.

—¡Debe ser él—exclamó la esposa

de Jacobo, levantándose para salir al encuentro de Martín.

—Quieta—le dijo Leandro.

—¿Por qué me detenéis?

—Señora, hace un momento hablabais de vuestro valor.

—Lo tengo para todo.

—Pronto lo veremos.

—¿Pero qué me aguarda?

—Preparaos, señora—repuso el noble hidalgo, preparaos lo mismo para una gran felicidad que para la más horrible desgracia.

—¡Dios mío!

—Tembláis...

—No.

—Pénsad que el día que el valor os falte, vuestra hija se perderá para siempre.

—¡Oh!—exclamó Isabel, haciendo un supremo esfuerzo—. Ya podéis poner á prueba mi valor.

Obscurecióse la frente de doña Inés y su corazón palpité con violencia.

El rostro del anciano palideció más de lo que estaba; pero no se movió ni articuló una sílaba.

Leandro salió del aposento.

Los demás guardaron un silencio profundo.

Hubiérase dicho que tenían miedo de hablar y aun de mirarse.

Se oyó el ruido de la puerta al abrirse.

Luego el de pasos.

Después volvió á sonar la puerta.

Isabel, con la mirada fija, esperaba con un afán indescriptible.

Sus negros ojos brillaban como dos luces fosfóricas.

Doña Inés la contempló un instante y tembló.

Pasaron cinco minutos, que para aquellas tres criaturas fueron tres siglos de agonía.

¿Por qué no volvía Leandro?

Esta pregunta se la hacían los tres para sí; pero ninguno de ellos atreviase á formularla en alta voz.

Isabel acabó por perder toda esperanza de un buen suceso.

Para darle una buena noticia se habrían apresurado.

No le robaban momentos de alegría, sino que aplazaban el de un nuevo dolor.

Ya sabemos que la infeliz no se equivocaba.

Empero dando una prueba de que no había exagerado al hablar de su valor, permaneció inmóvil sin articular una sílaba y sin que cambiase de expresión su rostro.

## CAPITULO XXIII

### COMO RECIBIÓ ISABEL LA TRISTE NOTICIA

Leandro se presentó.

Los que le esperaban no pudieron contener un grito.

El rostro del joven estaba lívido y tenía una expresión sombría y terrible.

—Hablad—le dijo Isabel—. No veis que tengo valor? ¿En qué consiste mi nueva desgracia? ¿Ha muerto mi hija?

—No—respondió Leandro.

—¡Gracias, Dios mío!...

—No ha muerto, pero...

—¿Está enferma?

—Se encuentra como el día en que os la arrebataron, en poder de ese miserable asesino.

—¡Ah!...

—Nuestras esperanzas de salvarla, son las mismas que antes.

—¿Entonces en qué consiste la desgracia?

—Ya os digo que os preparéis á todo.

—Preparada estoy... Explicaos, os lo suplico en nombre de lo que más améis.

—David no cuida ya de vuestra hija...

—¡Pobre hija mía, hija de mis entrañas!...—exclamó la desdichada madre.

—No conocemos los detalles de lo que ha sucedido; pero es probable que por negarse el desdichado huérfano á separarse de la criatura á quién debe amar como á una hermana...

—¿Qué le ha sucedido?... ¡Oh!... Decídmelo pronto lo que le ha sucedido á David.

—Debe haber luchado con fuerzas superiores...

—¿Ha muerto?—preguntó Isabel con el mismo afán que si se tratara de su hija.

—No.

—Está herido...

—Sí.

—¡ Ah !... Herido gravemente, lo advino !...

—Señora...

—¡ Pobre niño !... ¡ Hijo mío !... ¿ Dónde está, dónde está ?—gritó Isabel fuera de sí.

Y se lanzó como una loca hacia la puerta.

—Sí, lo veréis—replicó doña Inés deteniéndola—, pero antes...

—¿ Qué queréis ?

—Un abrazo.

Isabel estrechó contra su pecho á su amiga, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

También por las mejillas de la noble dama corrió el llanto.

Este desahogo fué un gran beneficio para aquellos sensibles corazones.

Algunos minutos después, sintióse Isabel más tranquila, y dijo:

—Ya lo veis, he recobrado la calma. aunque sufro mucho, porque amo á ese pobre niño con una ternura verdaderamente maternal.

No exageraba al decir esto.

Aunque solo una vez había visto á David, parecía que lo había tenido á su lado toda su vida.

No siempre se necesitan el tiempo y el trato para que se engendre el cariño: almas como las de aquellas dos criaturas, se comprenden apenas se encuentran.

—Ahora—dijo Leandro—, os permitiré que veais á David.

—Y que permanezca á su lado hasta que Dios disponga de su vida ó esté fuera de peligro.

—También.

—Me da el nombre de madre, como tal lo amo, y no puede negarse á una madre el derecho de cuidar á su hijo. Tengo además que pagar grandes deudas de corazón, deudas de gratitud... ¡ Ah !... Esa noble criatura habrá pasado en su encierro muchas noches contemplando á mi desgraciada hija. Quiero verlo, quiero verlo.

—Os advierto que no os conocerá, porque no está en estado de aperebirse de lo que pasa á su alrededor.

—No importa.

—Hay que guardar también silencio, porque el médico dice que cualquier

ruido puede hacer mucho mal al paciente.

—¿ Pero su herida ?...

—Hay esperanzas de que no sea mortal.

—¿ No me engañáis ?

—Os digo la verdad, señora, porque de nada serviría ocultárosla cuando vais á verla. David está grave, muy grave; pero no son precisamente sus heridas las que ofrecen peligro, sino el golpe que se supone ha recibido al caer desde una ventana.

—¡ Dios mío !

—El médico asegura que si el paciente llega á vivir, desaparecerá la imperfección de su espalda.

Aunque ansiosa de conocer todos los detalles de aquel triste suceso, no escuchó más Isabel y fué al aposento donde habían colocado á David.

Este continuaba inmóvil.

Acercóse Isabel al lecho, y aunque el dolor la trastornaba, pugnando por manifestarse en ayes, tuvo mayor fuerza su amor, y dominándose contempló al pobre jorobado con tan profunda ternura, que no hubiera podido mirársela sin sentirse conmovido.

Después de algunos instantes se inclinó, puso los labios en la frente en sangrentada de David, y estampó en ella un beso de amor maternal y de inmenso dolor.

Estremeciose ligeramente el herido, movió sus párpados y exhaló un gemido leve y dulce, que seguramente no expresaba el sufrimiento.

Isabel se arrodilló, cruzó las manos, levantó los ojos llenos de lágrimas, y exclamó con acento de súplica desgarradora:

—¡ Dios mío, salvad la vida de este infeliz, salvadla para que no deje este mundo sin haber conocido el amor de que siempre ha estado privada su alma !

Inclinó la cabeza sobre el pecho, quedando inmóvil algunos minutos.

Levantóse luego y se limpió los ojos.

Desde aquel momento pareció otra mujer: ya no era más que la madre que pensaba solamente en velar á la cabecera de su hijo enfermo, y en prodigarle sus cuidados.

Había recobrado toda su energía.

Dirigióse luego al médico y le hizo mil

preguntas sobre el estado del infeliz paciente y sobre lo que era preciso hacer con él.

Luego escuchó el relato que le hizo Martín, y volviéndose por último á Simón le alargó la diestra, y le dijo:

—Os reconozco: sois el que me salvó aquella noche...

—Yo no hice más que lo que mandaron—replicó el gigante—, y por consiguiente, nada tenéis que agradecerme.

—¿No queréis estrechar mi mano?

—¡Mil legiones!—exclamó el asesino, retrocediendo un paso—. Mis manos no pueden tocar las vuestras.

Y con acento de amargo pesar, añadió:

—Mis manos están manchadas, porque soy un miserable... ¡Dios de Dios!... ¡Oh! dejadme, señora, porque me parece que si estoy media hora junto á vos, acabaré por hacerme hombre honrado.

—Y lo seréis algún día—dijo Isabel adelantando hacia Simón y cogiéndole al fin la diestra—, lo seréis, porque yo quiero...

—Si vos queréis y David se empeña... Pero decidme, ¿creéis que cuando el pobrecito se levante no tendrá ya joroba?... ¡Por quien soy que no podré acostumbrarme á verlo derecho como un huso.

—Este hombre me gusta—murmuró Juan—, me gusta, aunque es un criminal empedernido.

Aún les quedaba mucho que hacer y Martín puso término á la conversación, saliendo con Simón y Juan y yendo á reunirse con sus criados.

Sin detenerse, encamináronse nuevamente al arrabal de San Ginés.

Entraron en la antigua vivienda de Jacobo y fueron á la habitación donde había quedado el cadáver de la hermana Justina.

—¿Qué hacemos con esto?—preguntó Simón.

—Pertenece en cuerpo y alma á Florentín, y es justo que á él se lo dejemos.

—No entiendo: ya sabéis que soy muy duro de cabeza.

—Tampoco necesito explicároslo, puesto que vais á ver lo que hacemos.

—Dispuesto me tenéis á todo, y si me lo permitís, diré mi opinión.

—Decidla.

—Lo mejor sería buscar al abate, retorcerle también el pescuezo, y así él

y la beata acabarían de pasar la noche juntos en el infierno y obsequiados por Satanás.

—Ese es poco castigo para el abate.

—Si le guardáis otro peor...

—Sí.

—Espero vuestras órdenes.

—He dejado á los otros junto á la puerta del corral, porque no quiero que se enteren de nada, á pesar de que son discretos, y porque vos y Juan sois bastantes para lo que hemos de hacer.

—Pues manos á la obra.

—Coged el cadáver y salgamos por esta otra puerta.

Obedeció Simón, cargando el cuerpo inerte sobre uno de los hombros, mientras decía:

—¡Mil rayos!... La maldita era muy fea; pero ahora es mucho más... ¡Uf!... Desde cien leguas huele á bruja podrida.

Salieron de la casa.

Miraron á todos lados, sin descubrir á nadie.

Dirigiéronse á la casita donde el abate había pasado muchas noches.

Martín llamó, dando algunos golpes en la puerta.

No le respondió.

—¿Podréis abrir?—preguntó Quiñones al gigante.

—Anora lo veréis—respondió éste.

Y sin dejar su carga, apoyó un hombro en la puerta, hizo un esfuerzo y saltó la cerradura.

—La luz, Juan.

—Voy delante, señor.

El sirviente abrió la linterna y entró en la casa.

Simón y Quiñones lo siguieron.

—¿Dónde la suelto?

—Esperad... Aquí debe haber una cama, puesto que el abate se quedaba muchas noches.

—¡Buena idea!—exclamó Simón—. Esto me divierte.

Entraron en una habitación y encontraron una cama y un velón en el suelo.

—¡Lástima que ese miserable no estuviera aquí! Pero mañana encontrará á su cómplice, y en cuanto al cadáver de su víctima, comprenderá que he dispuesto darle honrosa y cristiana sepultura.

El gigante colocó en el lecho el cuer-

po de la vieja, tapándolo cuidadosamente sin dejarle descubierta más que la cabeza como si estuviera dormida.

—Juan, enciende ese velón ya que no tenemos un cirio.

Martín suponía que Florentín se encontraba en la casa; pero fingió no sospecharlo, y como si por descuido dejase de registrar, salió con su sirviente y Simón.

Apenas cerraron la puerta, sonó debajo de la cama un gemido prolongado y angustioso.

Un momento después asomó la cabeza del abate, cuyos grises cabellos estaban en desorden.

Sus ojos estaban abiertos como si fueran á saltar de sus órbitas, y sus pupilas dilatadas.

En su rostro, lívido y horriblemente desfigurado, pintábase el terror más profundo.

Temblaban sus miembros y castañeteaban sus dientes.

¿Era la conciencia lo que en él producía semejante efecto?

¿Era el temor de los peligros que pudiesen amenazar á su persona?

No lo sabía él mismo, y por consiguiente no podemos decirlo nosotros.

Cuando salió de su escondite, lo cual hizo con gran trabajo, púsose en pie y fijó en el lecho una mirada de mortal espanto.

El miserable, que había contemplado con fría y horrible calma lo que creía ser el cadáver de Isabel, no pudo ver con tranquilidad el cuerpo inerte de la vieja.

Verdad es que era para horrorizar á cualquiera el aspecto de la cabeza de la señora Justina, con sus blancos cabellos enmarañados, amoratado el rostro, la boca abierta, dejando ver la lengua hinchada, y los ojos sin brillo, ensangrentados y saliéndose de sus concavidades.

La luz rojiza del velón, colocado en

el suelo, iluminaba siniestramente aquel cuadro espantoso y repugnante en todos sentidos.

Florentín quiso pronunciar algunas palabras, pero no pudo.

Un nuevo gemido se escapó de su



— ¡David!--exclamaron todos. (Pág. 72 )

pecho.

Llevó sus crispadas manos á la frente que tenía empapada en frío sudor.

Esforzóse y dió un paso, retrocediendo sin volver la cabeza atrás, porque á pesar del terror que el cadáver le infundía, no le era posible separar la mirada del lecho.

Empero no dió más que un paso, porque las piernas se le doblaban.

—¡Oh!—murmuró por fin, haciendo un segundo esfuerzo.

Y volvió á moverse, siempre andando hacia atrás, sin pensar que entre él y la puerta se encontraba el velón, resultando de esto que no bien hubo dado tres pasos, la capa ahogó la luz y la apagó, haciendo que el velón cayese.

La repentina obscuridad y el ruido, produjeron en Florentín un efecto inexplicable.

Exhaló un grito desgarrador y mientras intentaba huir, buscando la puerta, exclamó:

—¡Socorro, socorro!

En su trastorno dió vueltas y pasos vacilantes en todas direcciones, con los brazos extendidos y sin poder apenas respirar.

Otro grito se escapó de su pecho.

Acababan de encontrar sus manos la áspera cabeza y el rostro helado del cadáver.

Quiso huir; pero uno de sus pies se colocó sobre un extremo de su larga capa, que empezaba á desprenderse de sus hombros.

En su trastorno creyó que el cadáver lo asía para retenerlo, y gritó con voz ahogada:

—¡Déjame, déjame!...

Agitó, revolvió desesperadamente, y después de algunos momentos encontró la puerta lanzándose á la habitación inmediata en medio de la obscuridad, y encontrándose por fin en la calle.

—¡Ah!—exclamó apoyándose contra la pared.

Sus fuerzas se habían agotado y le era imposible sostenerse.

En aquel sitio quedó inmóvil y sin dar otras señales de vida que la de su respiración violenta y desigual. Por fortuna el lugar era solitario y nadie lo vió.

En semejante estado pasó más de una hora.

Empezó á recobrar la calma y pudo moverse.

Miró á su alrededor como si ignorase donde se encontraba.

Exhaló un suspiro penoso.

—¿Qué me ha sucedido?—murmuró—¿No he soñado? ¿No es esto una horrible pesadilla?

Volvió á mirar á todos lados, aspiró

con avidez el aire frío de la madrugada, y exclamó:

—¡Ah!... No, no es un sueño, es desgraciadamente una realidad...

Interrumpióse y reflexionó.

Empezaba á ser el hombre que siempre había sido.

Así debía suceder, su trastorno tenía que ser pasajero.

La conciencia no había levantado su voz: había tenido miedo y nada más.

Un hombre de alma depravada como Florentín puede ser cobarde y tener algunos momentos en que el terror lo domine, pero cuando la causa del terror desaparece, los malos instintos vuelven á levantarse con más fiereza que nunca.

El abate había temblado; pero no se había arrepentido, ni estaba dispuesto á arrepentirse.

Por el contrario, más que nunca sentíase atormentado por la devoradora sed de venganza.

—¿Y por qué—murmuró—, por qué califico de desgraciados estos sucesos? Nada puedo pedir á la fortuna. Han matado á la vieja, y así han favorecido mis intereses, porque han hecho desaparecer un testigo que podría perjudicarme. Las circunstancias me han privado del inmenso placer de poder atormentar á David; pero no todo ha de salir á medida de nuestro deseo. Bien pensado, el jorobado era muy temible en todos conceptos. Ya sé que no existe, porque así lo ha dicho Quiñones, sin pensar que yo lo escuchaba, en lo cual ha cometido una torpeza, pues uno de los medios con que mis enemigos contaban para infundirme miedo, era el amenazarme con que David hablaría. ¿Qué debo hacer ahora?

Volvió á reflexionar y dijo:

—La casa de Jacobo volverá á ser propiedad del que la compró al Santo Oficio. En ella nada encontrarán que tenga relación conmigo, pues nada prueba contra mi el que David estuviera muerto en el corral. David fué mi criado, se marchó con un desconocido que me aseguró ser su tío; ahora aparece muerto ahí... ¿Que tengo yo que ver con eso?... En esta casa, cuyo inquilino es un ser imaginario, se encuentra el cadáver de Justina. Un crimen más con el que nada tengo que ver porque nadie puede pro-

bar que yo conocía siquiera á la beata... ¡Oh!... Qué me acusen... Son demasiados torpes para luchar conmigo. En vez de perseguirme como lo hacen, deberían haberme tendido un lazo para tener una prueba. Debo reconocer que el jobobado valía mucho más que don Martín de Quiñones, mucho más, porque disimulaba, fingía, callaba y aguardaba el momento oportuno, como el tigre que acecha y no se lanza sobre su presa sino cuando está seguro de que puede devorarla!

Martín había luchado en su juventud con hombres que valían mucho, que valían tanto como Felipe II; pero la verdad es que nunca había encontrado un enemigo tan temible como el abate.

Este no se equivocaba, no se dejaba llevar de ilusiones.

Si lo acusaban, cometerían una torpeza, porque nada, absolutamente nada podrían probar, de lo cual resultaría que el miserable apareciese á los ojos de todos como una víctima inocente de odios injustos aumentando así su reputación y aún tal vez acrecentándose su influencia.

En cuanto á la niña, Florentín justificaría completamente su conducta del modo que había indicado fray Tadeo.

Hechas estas reflexiones, recobró el abate toda su tranquilidad y hasta sonrió como siempre sonreía.

—Pronto amanecerá—dijo—, y no debo permanecer aquí.

Echó la última mirada á la antigua vivienda de Jacobo, calóse hasta las orejas su sombrero de anchas alas, embozose hasta los ojos y se alejó sin cuidarse de cerrar la puerta de la casa, porque nada le importaba que la encontrasen abierta de par en par.

Un cuarto de hora después y sin que nadie lo viese, encontrábase en su morada, disponiéndose á descansar en el lecho.

## CAPITULO XXIV

### DONDE NOS OCUPAMOS NUEVAMENTE DE CRISPÍN

A las nueve de la mañana se presentó Florentín en el tribunal.

Nadie hubiera conocido en el rostro

del abate la borrasca de la noche anterior.

Sonreía con la misma duzura que siempre y á todos dirigió palabras benévolas.

Ya se encontraba allí fray Tadeo.

Saludáronse ambos como los mejores amigos del mundo.

—Os habéis adelantado, mi querido colega—dijo el abate.

—Es que vos os habéis retrasado—replicó el dominico, mientras se frotaba las manos alegremente.

—Tenéis razón: he dormido un poco más que otros días.

—Siempre habéis sido madrugador.

—Al César lo que es del César, hermano: el mérito no era mío, sino de David, que me despertaba; pero se le apareció la fortuna, me abandonó y ahora tengo que hacer lo que él hacía.

—¿No lo habéis reemplazado?

—No, ni es posible—repuso Florentín, exhalando un suspiro—. Si supierais como yo lo que en todos conceptos vale David, comprenderíais que no tengo esperanzas de encontrar otro como él. Para mi no era un criado, sino un hijo, y...

Florentín se interrumpió como si la voz se ahogase en su garganta, y después de algunos segundos, añadió pensativamente:

—No puedo acostumbrarme á estar separado de esa criatura; pero es forzoso para su felicidad.

—También él os echará mucho de menos, porque os amaba...

—Pero á su edad se olvida más fácilmente que á la mía. Creo que es agradecido, y sin embargo...

—¿Dulcís de sus buenos sentimientos?

No; pero sucede una cosa muy extraña.

—¿Qué?

—Me prometió ver en Valladolid, donde debían detenerse un día por lo menos, me prometió ver á un amigo mío y escribirme, diciéndome si hacía el viaje con felicidad.

—¿Y no lo ha hecho?

—Ayer precisamente recibí una carta de mi amigo y no me dice que se le haya presentado nadie.

—Quizá no haya llegado todavía...

—A estas horas debe encontrarse en León por lo menos.

—¿Le habrá sucedido alguna desgracia?

—Mucho lo temo, porque no me parece que en pocos días se haya olvidado del que le amaba como un padre.

No podía llevarse más allá el fingimiento.

Fray Tadeo desplegó una leve sonrisa y replicó:

—Con vuestro permiso voy á preparar lo necesario para la declaración que ha de tomarse hoy al hijo del pobre Crispín.

—¡Crispín!—murmuró el abate.

—Sí... ¿Os habéis olvidado de él?

—No lo he olvidado... ¿Cómo está la causa?

—Como el primer día. Mentira parece que Crispín conozca lo que son esta clase de asuntos, porque se empeña en negar y tendremos que concluir por declararlo relapso.

Florentín se encogió de hombros.

Crispín, de quién no nos hemos ocupado, porque teníamos que hacerlo de asuntos más interesantes, continuaba en su calabozo, jurando que era inocente de los delitos que se le imputaban.

El delator, que ya sabemos aparecía ser el gigante no se había ratificado, y tampoco se habían presentado nuevos testigos.

Esto probaba claramente que la delación era falsa, y otro cualquier tribunal hubiese devuelto la libertad al acusado; pero en la Inquisición no podía suceder así.

Entre las mil necesidades que contenía la delación, encontrábase la de que Crispín había dicho y asegurado que si servía al Santo Oficio era porque le pagaban, y que por dinero estaba dispuesto á servir también á todos los herejes del mundo.

No encontrando pruebas como siempre se hacía, determinose hacer declarar al hijo del acusado, y se le había mandado presentarse aquel día en el tribunal.

Era el hijo de Crispín un mozo de quince años, tan rico de malas intenciones como pobre de inteligencia, y que cuidándose bien poco de la desgracia de su padre, libre de la autoridad de éste, pasábase alegremente la vida, vagando en compañía de gente ociosa.

Desde que Crispín estaba encerrado, el hijo vivía con su abuela, mujer octogenaria, que no podía ocuparse de la educación de su nieto y lo dejaba en completa libertad.

Llegó la hora designada y se presentó el mancebo sin mostrar pena alguna y respondiéndolo con desembarazo á cuantas preguntas le hicieron.

Haremos gracia al lector de los detalles de esta escena, y solamente diremos que de la declaración resultaba entre otras cosas lo siguiente, que copiamos á la letra:

«Preguntado si alguna vez había oído decir á su padre que no servía al Santo Oficio por amor á la religión católica, y que por el dinero serviría también á todos los herejes del mundo, ó si tenia noticia de que su referido padre lo hubiese dicho á otras personas, respondió: Que recordaba que hablando su padre un día con su amigo Crisanto Manzaneta y preguntándole éste si estaba contento con su oficio de alguacil, contestó el susodicho su padre, que contento estaba con todo lo que le diese utilidad, porque para vivir se necesita comer, y que no le agradaba morir, y el día que le apretase el hambre, no vacilaría para servir al gran turco, de cuya respuesta pareció escandalizarse el ya mencionado Manzaneta, cortando la conversación.»

No se necesitaba más para que Crispín fuera considerado hereje.

La maldición de Isabel empezaba á cumplirse.

Por su hijo había jurado Crispín para engañar á la pobre madre, y por su hijo empezaba á ser castigado.

Para no tener que ocuparnos por ahora del esbirro, adelantaremos los sucesos y diremos que la causa volvió al fiscal, y éste en vista de la declaración del mancebo, pidió para el acusado la pena de doscientos azotes con asistencia al primer auto de fe, llevando sambenito, coraza y sogá al cuello, y haciendo pública confesión de sus faltas.

Convencido estaba Florentín de la inocencia del esbirro y deber suyo era protegerlo, siquiera porque le había servido fielmente; pero no levantó su voz el abate ni mucho menos hizo uso de su influencia en el tribunal para que se modi-

ficase la sentencia, endulzándola ya que no perdonando al delicuente.

¿Qué le importaba al miserable si no era sobre sus espaldas donde el verdugo debía descargar los doscientos azotes?

Crispín los sufriría, perdería su empleo, y aun así volvería á servir al abate para que no le aconteciese desgracia mayor que la de ser azotado, pues sabía muy bien que lo quemarían cuando quisiese Florentín.

Al notificarle la sentencia, tembló el desdichado; pero se resignó, porque ya había perdido la esperanza de que lo protegiese su antiguo cómplice y no le quedaba más que la de vengarse de Simón.

Más adelante nos ocuparemos del padre y del hijo, porque no ha terminado el papel que representan en esta historia.

Ahora, si el lector no lo lleva á mal, retrocederemos para ir á la suntuosa morada de don Martín de Quiñones y presenciar la entrevista de éste con fray Tadeo, entrevista que había tenido lugar una hora antes de que él fuese á la Inquisición y encontrarse á Florentín.

La conversación de que vamos á dar cuenta tiene mucha importancia, porque fué la base, puede decirse, de muy graves sucesos, y de que la situación empezase á cambiar para todos.

## CAPITULO XXV.

### PLAN DE FRAY TADEO

Antes de las ocho de la mañana fué el dominico á ver á Quiñones, y como sabía muy bien que á éste lo agradaría, mostrando interés por el huérfano, dijo apenas entró:

—¿Y nuestro pobre David?

—En el mismo estado quedó esta madrugada, y ahora he mandado preguntar por él.

—Temo que el infeliz sucumba...

—Yo no, padre, porque David no ha cumplido su misión en este mundo, y por más que me sea dolorosa la desgracia, veo en ella la mano de Dios y su infinita sabiduría.

—Sois el hombre de fe más ardiente que he conocido.

—A mi fe debo haber triunfado de mis perseguidores, á mi fe debo la completa dicha de que ahora gozo.

—Y ahora triunfaréis también.

Sobre este punto cruzaron algunas palabras más, y luego dijo Quiñones:

—Para vuestro gobierno os pondré al corriente de lo que hice anoche después de haber dejado á David entre las personas que debían cuidarlo.

—Sí, debo saberlo todo, para no cometer ninguna torpeza...

—Volvimos al arrabal.

—¿En busca del cadáver de la beata?

—Sí.

—Supongo que la sacasteis de la casa y la abandonasteis en la calle; porque no era menester tomarse el trabajo de enterrarla.

—No; pero ya que desgraciadamente dejó de existir, me ocurrió sacar algún partido de la misma desgracia.

—¡Oh!... En todo se ve vuestro ingenio fecundo.

—Bueno es aprovechar todas las circunstancias.

—Explicaos, porque estoy impaciente por saber lo que hicisteis.

—¿Creéis que Florentín fuese anoche á la casa desde donde observaba la del señor Jacobo?

—Me inclino á creer que sí, porque algo había determinado hacer con David, á quien sin duda dejó por muerto, y con la beata, á quien no había para qué dejarla sucumbir de hambre, exponiéndose á que gritara y fuese oída por algun transeunte.

—Eso mismo pensé, y sin duda el abate desde su escondite observó que entraba gente en la otra casa y esperó el resultado.

—Sí, sí.

—Sacamos, pues, el cadáver de la vieja y nos dirigimos á la casita, llamando inútilmente lo cual no me sorprendió.

—Y entonces...

—Simón, que tiene tantas fuerzas como Sansón, rompió la cerradura y entramos sin encontrar otros muebles que una cama y un velón apagado.

—¿Y Florentín?...

—No lo vimos, ni aparenté sospechar que pudiera estar allí.

—Bien, muy bien.

—El cadáver fué colocado en el lecho, y yo, hablando con Juan, dije: «Aquí se la dejo, puesto que fué su cóm-

plíce; pero no haré lo mismo con el cadáver de su víctima, con el pobre David, que tendrá honrosa y cristiana sepultura.»

—Perfectamente.

—Vi que se agitó la cubierta del lecho y no me quedó duda de que allí estaba oculto el abate.

—Proseguid, proseguid, que es de mucho interés todo eso.

—Encendimos el velón y salimos.

—Debisteis haber observado...

—Me puse á escuchar junto á la puerta.

—Veo que nada se os olvida.

—No pasaron muchos minutos sin que oyésemos el ruido que hace una persona al moverse.

—¿No se horrorizaría ese hombre al encontrarse con el cuerpo inerte de su cómplice?

—Debió sentirse trastornado por el miedo, trastornado hasta el punto de no saber lo que hacía.

—¿De qué lo deducís?

—El velón había quedado en el suelo, y rodó apagándose la luz.

—Tropieza al huir espantado...

—Y en seguida gritó pidiendo socorro, con acento que revelaba su profundo terror.

—¡Oh!...

—Luego se le sintió andar de un lado para otro, volvió á gritar y encontró por fin la puerta, saliendo mientras nosotros nos ocultábamos tras una esquina y veíamos cómo el miserable, sin fuerzas ni aliento, se apoyaba contra la pared y quedaba inmóvil.

—No sería el arrepentimiento, no sería su trastorno efecto del dolor de haber pecado...

—Era efecto de su cobardía.

—¿Y qué hizo después?

—Allí permaneció y lo dejamos, porque yo sabía todo lo que necesitaba saber, es decir, que me había escuchado y que creía que David había muerto.

El dominico inclinó la cabeza sobre el pecho y meditó.

—Bien—dijo después de algunos momentos—: si David se salva, con una cicatriz que le desfigurará el rostro, y sin joroba...

—Difícilmente será reconocido.

—Decís bien, señor don Martín; en todo esto se ve la mano de Dios.

—Pero en tanto que el Omnipotente hace justicia, nosotros debemos seguir trabajando.

—En David no hay que pensar por ahora más que para hacerle recobrar la salud.

—Y la pobre niña no será encontrada en mucho tiempo, porque ahora estará guardada con más precauciones que antes.

—Así lo creo.

—Debemos, pues, ocuparnos con preferencia del señor Jacobo de Tordesillas y de su esposa.

—Por desgracia, nada puede hacerse ya en favor de esa infeliz.

—Puede hacerse mucho.

—¿No ha muerto?

—Sí.

—¿Nos es posible resucitarla?

—No, aunque de esos milagros he visto ejemplos.

—Sí, el de vuestra hermana, y perdona que evoque estos recuerdos, que son muy desagradables.

—Exactamente.

—Si no podemos resucitarla...

—Olvidáis que está comprometida su reputación, porque ha sido calumniada lo mismo que su esposo.

—Ciertamente.

—Pues bien, esa reputación...

—Entiendo—interrumpió el dominico, que no necesitaba más explicaciones.

Y considerándose bastante amigo del caballero para tomarse algunas libertades en el trato, púsose en pie y empezó á pasear, mientras decía:

—Dejadme pensar un poco.

Martín cambió de postura y esperó.

Después de algunos segundos detúvose el fraile, se sentó nuevamente, y dijo:

—A falta de parientes, los amigos suelen reclamar al consejo de la suprema en apelación de las sentencias del tribunal de la provincia.

—Creo que sí.

—Vos, como amigo del señor Jacobo de Tordesillas, á quien no se le conoce pariente alguno, pedís que vuelva á verse la causa, que se examinen nue-

vamente los testigos y que se os admitan pruebas.

—¿Y esas pruebas?... 

—Pueden presentarse muy fácilmente.

—Ahora me toca á mí admirar vuestro ingenio.

—No es ingenio, es experiencia...

—Sepamos lo que ha de hacerse.

—Los delatores y testigos que figuran en la causa contra el mal llamado alquimista, son falsos y pagados por Florentín.

—No puede ser otra cosa.

—El abate ha hecho esto para cometer una injusticia y producir males inmensos.

—Ya conocéis las consecuencias.

—¿Tendríais inconveniente, señor de Quiñones, en hacer vos lo mismo para favorecer la justicia y remediar esos males?

—No.

—Entonces, contando con apoyo en el tribunal inferior y con vuestra gran influencia en el superior, todo será fácil.

—Sí, ocho, diez, veinte testigos declararán que es falso lo que han declarado los otros.

—Y pediréis contra los primeros el castigo que merecen, y se les encerrará, y se les atormentará...

—No quiero tanto.

—Deseáis solamente hacer bien...

—Sin hacer mal á nadie.

—Podéis ser generoso y dejar que obre la justicia.

—¿Pero tenéis esperanza de que se consiga la declaración de inocencia de esos desgraciados?

—Si vos lo pedís, sí, porque valéis demasiado para que no se os atienda, ni mucho menos deje de hacerse justicia en lo que pedís.

—Entonces, hoy mismo...

—¿Tenéis medios de buscar gente á propósito?

—Teniendo dinero, lo tengo todo.

—Es verdad; sin embargo, os ayudaré, porque al menos cuatro ó cinco testigos podré proporcionaros.

—Os lo agradeceré.

—Saben ya el oficio—repuso el fraile sonriendo maliciosamente—, y tres de ellos son precisamente vecinos del

arrabal de San Ginés, lo cual dará mucha fuerza á su declaración.

—Juan buscará otros seis ó siete...

—Sobran.

—Cuantos más, mejor.

—Triunfaremos, caballero, y desde luego declaro que al tomar parte en este asunto no hago más que cumplir un deber, pagar una deuda.

—¡Pagar una deuda!—replicó Martín sorprendido.

—Ya le dije á David que debo la vida al señor Jacobo, sin cuyo auxilio como médico, yo no existiría.

—¿No veis también en esto la mano de Dios?

—Siempre creyente... ¡Oh!... Bien, señor don Martín, muy bien.

—Sí, siempre creyente.

—Sois un gran hombre y un perfecto cristiano.

—Concluyamos, padre, porque las horas me parecen siglos.

—¿Con quién han de entenderse los testigos que he de enviaros?

—Con Juan.

—Pues no tengo que haceros ninguna otra observación.

—Hoy los testigos...

—Y mañana la declaración.

—Y dentro de quince días...

—Jacobo y su esposa serán declarados inocentes, por lo menos absueltos de la instancia... ¡Lástima que la infeliz haya muerto!

—Sí, es lástima—repuso Martín con indiferencia.

El fraile fijó su mirada penetrante en el caballero, y dijo para sí:

—Algo me oculta. ¿No habrá muerto Isabel?

Y luego añadió en voz alta:

—Después veremos si Dios quiere hacer el milagro de que esa desgraciada resucite como resucitó vuestra hermana doña Luz y como algún día resucitará David, si ahora se salva.

Quiñones guardó silencio, como si su preocupación no le hubiese permitido tomar en consideración las palabras del fraile.

—Caballero—dijo éste—, ya es tarde y me voy al tribunal.

—¿Hasta cuándo, padre mío?

—Hasta la noche, que vendré para

que me deis noticias del estado de David y me digáis si ya tenemos todos los testigos.

—Hasta la noche, pues.

Salió el fraile.

Quiñones llamó á su fiel criado Juan.

—Oye—le dijo, y no pierdas una sola de mis palabras, porque el asunto es demasiado interesante, y la más leve torpeza podría costarnos muy cara.

—Descuidad, señor.

—No tenemos que repetir lo que hablaron, porque puede presumirlo el lector.

## CAPITULO XXVI

### DEL RESULTADO QUE DIÓ LA APELACIÓN

Los testigos quedaron comprados aquel mismo día, y al siguiente puso Martín el escrito de apelación en manos del inquisidor general, á quien, como puede presumirse, le unían relaciones de buena amistad.

A la vez que le entregó el escrito, le hizo algunas observaciones, concluyendo por decirle:

—Señor cardenal, figuraos que el señor Jacobo de Tordesillas es hermano mío.

—Mucho decís al decir eso don Martín.

—Es verdad, porque significa que tengo grandísimo empeño en este asunto, y como es justicia, no más que justicia, lo que pido, sino se me hace, acudiré á su santidad, y si tampoco me escucha, como ya sabéis que soy el hombre de los secretos...

—Comprendo — interrumpió el cardenal mientras sonreía intencionadamente

—Quiero evitar los escándalos; pero si fuese preciso...

—No será.

—Creo que también su majestad se pondría de mi parte, porque afortunadamente es un rey justiciero.

—Descuidad, mi amigo don Martín, descuidad, que se hará justicia.

—Pronto por supuesto...

—Pronto será.

El inquisidor general cumplió su palabra: pidió la causa aquel mismo día

y se mandó comparecer á los nuevos testigos.

Cuando esto sucedió, Florentín, sonriendo con una candidez encantadora, dijo á fray Tadeo:

—Ya sabemos quien es el protector de esa familia, y no me sorprende lo que sucedió cuando fuimos á prender á los delincuentes.

—Yo sospecho más que vos—replicó el dominico.

—¿Qué sospecháis?

—Que el oro de don Martín de Quiñones se convirtió en agua y en fuego, inundando la primera los calabozos, y empezando el segundo á devorar este edificio.

—Tal vez no os equivoquéis; pero...

—Seamos torpes, hermano, y no advinemos nada.

—Se anulará nuestra sentencia, y...

—¿No tenía un hijo el hechicero?

—Sí, una niña de corta edad.

—¿Y quién se encargó de ella?—preguntó sencillamente el dominico.

—En la causa consta... Mirad.

Y Florentín, que tenía la causa en la mano, para remitirla al consejo, empezó á hojear, haciendo ver al fraile que se habían cumplido todas las formalidades, y que la niña había sido entregada á la hermana Justina, de cuyos sentimientos católicos y buenas costumbres habían informado los vecinos de ésta.

No se sorprendió fray Tadeo, porque conocía bien al abate y sabía que éste no habría dejado suelto aquel hilo de tanta importancia.

Todo se hizo con una rapidez desconocida en la Inquisición.

El abate no se inquietó los primeros días, porque no había llegado á sospechar que en el tribunal hubiese una persona que favoreciese á Martín, hasta el punto que fray Tadeo lo hacía, aunque con tal disimulo y habilidad, que todos lo creían completamente extraño á semejante asunto.

Empero cuando éste empezó á tomar cierto giro, Florentín perdió la tranquilidad.

Isabel había muerto; pero quedaba Jacobo, y si á éste se le absolvía, más ó menos tarde volvería á España, sa-

bría por Quiñones todo lo que había sucedido y querría vengar á su esposa y á su hija.

La venganza de Jacobo debía ser tanto más terrible, cuanto era intenso el amor que profesaba á su familia.

ca al negro abismo de su completa perdición.

El que logra detenerse al principio, se salva; pero es raro que ninguno se detenga cuando ha dado el primer paso, porque el miedo de que se descubran



.. Responde, miserable, responde. (Pág. 73.)

Para conjurar este peligro no encontró Florentín medios, sino en el sistema de su padre.

—Un hombre muerto, no es temible—dijo.

Y después de meditar, añadió:

—Lo más acertado es evitar que Jacobo vuelva á España. Será menester buscarlo y acabar con él para siempre. Así podré vivir tranquilo, porque no quedará más que la hija y de ésta nada tendré que temer.

Lo peor que puede sucederle á un criminal es cegarse, embriagarse, porque en su trastorno no encuentra salvación sino cometiendo nuevos crímenes, resultando de esto que su situación se hace cada vez más crítica.

Así les sucede á todos y así empezaba á sucederle á Florentín.

El crimen es una pendiente demasiado resbaladiza, y cuando se da el primer paso se precipita el criminal con tanta más rapidez cuanto más se acer-

sus maldades, y las pasiones que agitan su alma, lo trastornan hasta el punto de no dejarle ver la realidad de su pasión, de no permitirle comprender que él mismo se prepara su castigo.

En el pecado va siempre la penitencia.

Esta es una gran verdad de que Florentín no se había convencido; pero de la que por su desgracia habría de convencerse algún día.

Quince días pasaron.

El supremo consejo falló, declarando que ni Jacobo de Tordesillas ni su esposa habían incurrido en la herejía; pero que habiendo dado motivos para sospechas y para bien de ellos mismos, se les mandaba hacer profesión de fe católica en auto privado, devolviéndoles inmediatamente su hija Isabel, con la obligación de que abonasen á la señora Justina los gastos que ésta hubiese hecho con la niña.

Pocos ejemplos de éstos se encuentran en la historia del Santo Oficio, y

no se llegó á este resultado sino luchando contra la voluntad de casi todos los inquisidores y consejeros.

Si el inquisidor general no se hubiese mostrado por conveniencia afecto á Quiñones, habría peligrado la vida de éste antes de que se pronunciara el nuevo fallo, pues aquella gente no reparaba nunca en los medios con tal de llegar al fin.

Puede comprenderse la alegría de nuestros amigos.

Aunque Isabel y Martín estaban convencidos de que fray Tadeo, más que por hacer un beneficio, obraba impulsado por su desmedida ambición, lo miraron con afecto y gratitud, pues á él indudablemente se debía en gran parte el resultado que se había obtenido.

Sin fray Tadeo tampoco se hubiera averiguado el paradero de David y éste habría quedado en poder del abate.

Aún faltaba mucho que hacer, muchísimo.

¿Dónde estaba la niña?

¿Dónde se encontraba Jacobo?

No era fácil averiguar el paradero del alquimista para hacerle saber que podía volver á España, donde le aguardaban los brazos de su esposa y un tesoro, y donde con el tiempo podría encontrarse también á su hija.

En esta época hubiera sido muy fácil saber dónde estaba Jacobo; pero en aquella no sucedía lo mismo.

El tribunal se ocupó de cumplir lo mandado por el consejo, y fray Tadeo propuso que se llamara á los acusados, fijando día para el auto.

Esta opinión fué combatida por Florentín, fundándose en que los acusados no podrían comparecer, pues debía suponerse que Jacobo estaba en el extranjero, y en cuanto á su esposa, había motivos para creer que había perecido ahogada la noche de la inundación.

—Sí—dijo el fraile—, yo creo también que Isabel de Linares ha muerto; pero no consta así en la causa y nuestras sospechas, nuestras opiniones particulares no nos excusan de cumplir lo mandado. Fíjese el día, reúnanse el tribunal, y si no comparecen, aplácese el auto indefinidamente, dando parte al consejo de la suprema.

No tenía réplica este razonamiento, y sin hacerse sospechoso era imposible que lo combatiera el abate.

Fijóse, pues, el día para el auto, que debía celebrarse dentro del edificio del tribunal y sin asistencia de otras personas que los consejeros y los inquisidores y aquellos que por sus cargos ó empleos les tocaba asistir.

Tal fué el resultado de la causa, y ahora vamos á ocuparnos de sus trascendentes consecuencias.

## CAPITULO XXVII

### EL DELIRIO

Al día siguiente de haber sido trasladado á casa de los hidalgos, una intensa fiebre se apoderó de David.

El desdichado recobró el uso de sus sentidos; pero se trastornó su razón, empezando á delirar.

Sus negros ojos, iluminados con el extraño fuego de la calentura, revolviéronse en sus órbitas, y cuando su mirada incierta se fijó en Isabel, cambió repentinamente de expresión su rostro y sus labios se entreabrieron para sonreír.

—¡Hijo mío!—exclamó la infeliz madre con acento de inmensa ternura.

—¡Ah!—murmuró el huérfano—. Ya sabía yo que había de encontraros aquí, porque en el cielo debían estar mis dos madres... Sufrí mucho; pero estoy recompensado... Mirad, mirad á vuestra hija, á mi hermana... ¡Oh!... Está entre negras tinieblas... Ven, ven—añadió empezando á dejarse arrebatar por su exaltación febril—, ven, miserable, ven á dar cuenta de tus crímenes, que en este mundo eterno la justicia es igual para todos...

—David, hijo mío—dijo Isabel, estrechando las ardientes manos del huérfano.

—Así, llamadme hijo... Ahora tengo dos madres que me den ese nombre... Antes no tenía ninguna, ninguna en aquel mundo de desdichas... Pero aquella vida era pasajera... ¿Qué importan los sufrimientos de un día, si con ellos se compran los goces de una eternidad?... Sonríe, pobre madre, sonríe... ¿Te afliges porque tu hija padece, te horrorizas porque la han privado de la luz del sol?...

Mira cómo te tiende los brazos... Pronto estará á nuestro lado, y vendrá á gozar como nosotros.

—Callad, por Dios, callad...

—Es un ángel y vendrá con nosotros... si allí tiene la luz del sol, aquí tendrá la luz divina, ese resplandor que brota de los ojos del Omnipotente. Ésa es la verdadera luz, contéplala y goza...

—Sosíégate, pobre hijo mío— interrumpió Isabel con angustioso acento.

—¡Que me sosiegue!... ¿Qué dices?... ¿Y mi otra madre?... No la veo...

—¡David, David!...

—El miserable la condena á la obscuridad... Dios condenará á ese hipócrita asesino á las tinieblas eternas.

—¡Dios mío!... ¿qué dice?... Mi hija privada de la luz del sol... ¡Ah!...

—Sí, privada de la luz del sol... Pero los ojos de su alma ven la luz divina.

Las palabras de David produjeron un efecto inexplicable en Isabel.

¿Qué significaba lo de estar su hija privada de la luz del sol?

¿Acaso Florentín, para satisfacer su sed de venganza, había privado á la inocente criatura del sentido de la vista?

Todo era creíble, tratándose de semejante monstruo.

Hay que advertir que para evitarle sufrimientos habíase ocultado á la pobre madre la horrible circunstancia de que la niña estaba en sitio donde no podía ver la luz del sol.

Aunque David no estaba en aquellos momentos en el uso de su razón, sus palabras debían tener mucha importancia para la esposa de Jacobo.

La infeliz se olvidó de todo para pensar solamente en su hija.

Era natural que sucediese así, después de lo que acababa de decir el huérfano.

—¿Por qué—preguntó con indescrutable afán—, por qué decís que mi hija está entre tinieblas?

Pero en vez de contestar, dijo el huérfano con acento de infinita ternura:

—¡Dos madres!... ¡Qué dicha!... En el mundo ninguna y dos aquí... Con cuanta largueza recompensa Dios!... Lo mismo debe ser para castigar.

—David, David—replicó Isabel horriblemente atormentada.

—¡David!... No pronunciéis ese nom-

bre: mi verdugo lo oye todo, todo lo ve, todo lo averigua... No, no me nombréis... Vendrá con sus esbirros... No me matará, porque sabe que yo no le tengo miedo á la muerte; pero me encerrará... ¡Oh!... Venid, cobarde, venid, ya que no os avergonzáis de asestar contra el pecho de un niño desarmado...

—¡Dios Omnipotente!...

—Venid y asesinadme... Necesito vivir, porque si mi madre ha muerto, está en el mundo mi hermana... Yo me burlaré de vosotros... Por la ventana... No me seguiréis... Buscaré á Simón y á fray Tadeo... ¡Oh!... Ahora tengo un gran protector... Don Martín, vos cuyo corazón es tan noble... Miradla... ¡Madre!... ¿Por qué no me besáis?

Isabel estampó un beso en la frente de David.

—Sí, hijo mío...

—Así, llamadme hijo...

—¿Por qué dices que no ve la luz tu hermana?

—No ve la luz de este mundo pasajero; pero sí la luz eterna... ¡Qué bella es la luz divina!... Y ese miserable, se la lleva... Y no puedo arrebataréla. ¡Oh!...

El desdichado se esforzó como si quisiera saltar del lecho, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Isabel lanzó un grito desgarrador.

—¡Ciega! — exclamó — ¡Ciega mi hija!...

Presentóse Leandro.

—¿Qué sucede?—preguntó.

Y su mirada se fijó alternativamente en Isabel y en David.

—¡Ciega mi hija!—repitió la pobre madre.

—¡Ciega!—murmuró el hidalgo sorprendido.

—Sí, acabo de saberlo, y en vano me lo ocultaréis—dijo Isabel retorciéndose las manos con desesperación.

—Pero...

—Tengo valor para soportar el golpe de la pérdida de mi hija. Decidme que ha muerto y sufriré horriblemente, y me resignaré; pero no me digáis que vive y está ciega, porque no tendré bastante virtud para resignarme.

—Por Dios, señora, estáis delirando.

—¡Pluguiese al cielo que mi razón se hubiese perdido, porque así no comprendería todo el valor de mi desgracia!

—Sí, ahora deliráis...

—Loca estoy de dolor, de desesperación...

—¿Queréis explicaros?

—«A tu hija la han privado de la luz del sol...» Esto ha repetido cien veces David, lo ha repetido cien veces, consolándome con la cristiana esperanza de que mi pobre hija tendrá en cambio la luz de la eternidad...

—Ahora lo comprendo todo.

—Sí, lo comprendéis como yo...

—Señora, escuchadme un momento, no más que un momento...

—¿Qué podéis decirme?

—Vuestra hija no está ciega, os lo juro.

—¿Qué no está ciega!...

—Para evitaros mayores sufrimientos, se os han ocultado algunas circunstancias.

—¿Qué se me ha ocultado?

—Que vuestra hija estaba día y noche encerrada en los subterráneos de vuestra antigua vivienda.

—¡Ah!...

—Ya sabéis que allí no penetra la luz del sol, y por eso en su delirio dice David que el abate ha condenado á las tinieblas á vuestra hija.

—¿Dios mío!—murmuró Isabel con débil voz.

Y cayó sin sentido en los brazos de Leandro.

El golpe había sido demasiado rudo y repentino para que pudiera soportarlo.

Llamó el joven á su padre, y entre los dos llevaron á la infeliz á su lecho.

Cuando recobró el uso de sus facultades, un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

Una hora después se enteraba el médico de lo que había sucedido.

—Caballero—dijo á Leandro—, si ha de vivir el herido, es absolutamente preciso que por ahora no vea á esa desgraciada madre.

—Creímos que la presencia de ella sería consoladora para el enfermo...

—Después sí; pero ahora le hace muy mal y de ello acabáis de tener la prueba.

Así se hizo.

David continuó muchos días más entre la vida y la muerte.

Al cabo de los quince declaró Extre-

mera que respondía de la vida del enfermo.

—¿Puedo verlo ya?—preguntó Isabel afanosamente.

—Sí, con tal que antes se le anuncie, para evitar los efectos de la sorpresa.

Aquella entrevista, presenciada por todos los amigos de Isabel, fué un verdadero acontecimiento.

El huérfano extendió los brazos al ver á la esposa de Jacobo, y exclamó:

—¡Madre mía!

—¡Hijo mío!—murmuró ella con voz ahogada.

No hablaron más en muchos minutos, porque les era imposible articular una sílaba.

El llanto corría en abundancia por sus rostros.

No hubieran podido decir si era tristeza ó alegría lo que experimentaban.

Volvían á verse, y esto era una felicidad; pero echaban de menos á Jacobo y á la tierna niña, y esto era una horrible desgracia.

Las sonrisas se confundieron, pues, con los suspiros de dolor.

Cerca de media hora tardaron en poder dominarse y recobrar algún tanto la calma.

Necesitaban hablar mucho para darse explicaciones sobre lo que cada cual ignoraba y ponerse de acuerdo para sostener la lucha, que casi puede decirse no había hecho más que comenzar.

Inútil es repetir aquella conversación, porque nada dijeron ni unos ni otros que ignoren nuestros lectores.

Si hubiera estado presente Simón, la escena habría terminado cómicamente, porque al gigante le habría sido imposible dejar de hacer mención de la joroba, y aun habría exigido á David que le enseñase la espalda para convencerse de la transformación, viendo y creyendo como Santo Tomás.

Cuando se habló de la revisión del sumario pedida por Martín, el huérfano exhaló un triste suspiro, hizo un gesto de duda y murmuró:

—Quiera Dios que se realicen tan lisonjeras esperanzas.

—Se realizarán—dijo Quiñones—; y hoy mismo aguardo noticias satisfactorias.



—Grande es vuestra influencia, caballero; pero creo que en esta ocasión si algo se consigue...

—Lo deberemos al dominico, ¿no es verdad?

—En su mayor parte.

En este punto se encontraban de la conversación cuando se presentó Juan con un papel.

—¿Qué traes?—le preguntó Martín.

—Esta carta que acaban de llevaros de parte del señor cardenal.

Todos miraron el papel con temor y afán.

—Señor David—dijo el caballero—, leed vos mismo si podéis.

La frente del huérfano se contrajo.

Tomó la carta, la abrió y leyó lo siguiente:

«Mi buen amigo: acaba de hacerse justicia á vuestros recomendados, Jacobo de Tordesillas y su esposa.»

Un grito unánime de júbilo interrumpió á David.

Las manos de éste temblaban.

—Continuad—le dijo Quiñones.

El huérfano continuó:

«Para evitar toda sospecha, para borrar hasta la última sombra de duda, los acusados deberán presentarse en autillo y hacer *abjuración de levi*, entregándose de su hija.

«Al tribunal toca fijar el día del autillo.

«Nada tenéis que agradecer, porque el consejo no ha hecho más que justicia, y la prontitud con que el asunto se ha despachado, es muestra, no más de la consideración que merecen vuestro rango y nobles prendas».

Es indescriptible la escena que siguió.

Todos querían hablar á la vez, felicitándose y comentando el suceso; pero la alegría se trocó luego en tristeza, porque pensaron en la dificultad de salvar á la niña y de hacer llegar á Jacobo la feliz nueva.

—Yo iré á buscarle—dijo David.

—¡Tú!—replicó Isabel sorprendida.

—Pronto dejaré el lecho, porque ya estoy completamente curado.

—Decís bien—repuso Juan, tomando parte en la conversación, porque ya sabemos que no se le trataba como á un

criado—: iréis: ó más bien, iremos, puesto que yo os acompañaré.

—Gracias pero á nadie necesito.

—Sí necesitáis, porque nunca habéis salido de la corte, mientras que yo he corrido toda España, los Países Bajos, la mitad de Francia y una parte de Alemania. Aunque muy mal, hablo francés y flamenco, y en cuanto á los alemanes, puedo entenderme con ellos, si bien con algún trabajo. Conozco el interior de las poblaciones, las posadas, los caminos y las veredas. Sin saber lo que yo sé, nada puede hacerse, y por consiguiente os es absolutamente indispensable mi compañía.

—Juan—dijo doña Inés—, si Clara supiera que eres tú quien propone ese largo viaje...

—Si mi mujer tuviera entendimiento, ó no lo tuviera para lo que es menester, se alegraría.

—¿Por qué?

—Porque cuanto más tiempo dure mi ausencia, mayores serán sus deseos de verme y los míos de abrazarla, y mayor nuestro contento al reunirnos.

David examinó atentamente el rostro de Juan, á quien por primera vez veía.

—Sí—dijo—, me acompañaréis.

—Por ahora no hablemos de semejante viaje—replicó Martín—, porque cuento en el extranjero con bastantes amigos de toda mi confianza y tal vez podrán servirnos.

—En ese caso—repuso el huérfano—, esperaré y entre tanto trabajaré aquí para averiguar dónde tiene ahora el abate encerrada á mi hermana.

—Haréis lo que yo os diga, y perdonad que me tome estas libertades.

—¿Acaso no os debo la vida?

—Por algún tiempo debéis ocultaros.

—¿Teméis que me reconozca Florentín?

—Lo temo todo, porque el miserable de todo dudará cuando vea que se equivocó al creer que esta señora había muerto.

—Bien, os obedeceré; pero permitidme que me levante.

—Cuando el médico lo disponga.

David hizo un gesto de resignación. Hablaron nuevamente de lo mismo que ya se habían ocupado, haciendo

unos y otros observaciones para el mejor resultado de la empresa.

Hasta la hora de comer no se separaron, y quizá no lo hubieran hecho á no presentarse el doctor Extremera y decir:

—Señores, estáis haciendo inútiles todos mis esfuerzos. El señor David no puede hablar largo rato, ni mucho menos ocuparse de ciertos asuntos que le hagan cavilar demasiado.

—Esta es la última locura—replicó Isabel—; ya nos hemos explicado, estamos de acuerdo en todo, y el enfermo podrá entregarse al reposo de que tanto necesita, todo el tiempo que lo creáis conveniente.

Despidiéronse Martín y su esposa, y salieron, quedando sólo junto al enfermo Isabel y Leandro.

Cuatro días después debía tener lugar el acto de abjuración impuesta á los acusados por el supremo consejo del Santo Oficio, constituido solemnemente en tribunal.

Y como en aquellos cuatro días nada de particular ocurrió, los dejaremos pasar como pasan tantos estérilmente en nuestra vida, y pintaremos con todos sus detalles la escena que tuvo lugar en aquel teatro de crímenes y misterios.

## CAPITULO XXVIII

### REUNIÓN DEL SANTO TRIBUNAL

Autillo se llamaba al auto de fe celebrado dentro de las salas del tribunal de la Inquisición, siendo unas veces á puertas abiertas, en cuyo caso entraba libremente el público, y otras á puertas cerradas, sin que asistiesen más que las personas autorizadas para ello.

La *abjuración de levi* era la que hacía el reo declarado por sospechoso con sospecha leve, es decir, la sospecha que no estaba justificada debidamente.

En este caso se encontraban Jacobo y su esposa, y después de la abjuración debían recibir la absolución *ad cautelam*, que era la de censuras al declarando sospechoso de herejía, ó sea la absolución dada á prevención, por si de veras había incurrido el acusado en dichas censuras.

Como se ve, en el mismo caso que

Jacobo y su esposa se encontraban todos los católicos, pues no había uno de quien no pudiera decirse que alguna vez en su vida no había pecado, siquiera con el pensamiento, pues ya sabemos aquello de que los santos pecan por lo menos siete veces cada día.

El designado para el autillo llegó, y á las nueve de la mañana hallábase reunido el tribunal en el salón de audiencias.

Aquel día quiso presidir el mismo cardenal inquisidor general, cuya circunstancia no fué obstáculo para que á los pocos minutos de encontrarse reunidos, fray Domingo, el cándido, risueño y feliz fraile á quien dimos á conocer el día que se concedió la audiencia á Isabel de Linares, no fué obstáculo repetimos, para que el seráfico varón empezase á sentir los síntomas de ese sueño dulcísimo y sin igual agradable de la congestión, cosa que nada tenía de particular, puesto que aún no hacía una hora que había almorzado engulléndose una lengua de vaca, un capón asado, con un par de docenas de sardinas escabechadas y algunas otras menudencias, dejando vacías dos botellas de añejo vino, sin que de la mesa volviesen á la cocina como sobrantes más que algunas migajas, resto de una libra de pan, y los huesos del capón.

Fray Tadeo, por el contrario, se movía sin cesar según su costumbre, y hablaba con unos y otros, y más particularmente con Florentín.

Este sonreía, y encogiéndose de hombros solía decir:

—Soy de la opinión de los que creen que es un pecado perder el tiempo.

—¿Y lo perdemos ahora?—le preguntó fray Tadeo.

—Me parece que sí, puesto que ni Jacobo de Tordesillas ha de presentarse, porque está ausente, ni mucho menos su esposa, que se encuentra en el otro mundo.

—Pero se llenarán las formalidades...

—Y entre tanto no podremos ocuparnos de otros asuntos de más importancia.

—En éste quiere su eminencia que no se olvide ningún requisito.

—Sea, pues, como su eminencia lo

quiere—repuso Florentín, encogiéndose de hombros otra vez.

—Y nada me decís, mi querido colega, del verdadero acontecimiento de estos días.

—No adivino á qué os referís?

—A la desaparición de la hija de Jacobo de Tordesillas.

—¿Qué estáis diciendo? — replicó el abate con acento de la más profunda sorpresa.

—Lo que oís, amigo mío.

—Referidme eso, porque ya sabéis que no he vuelto á mirar el sumario desde que se remitió á la suprema.

—Pues bien, sabed que la hermana Justina ha desaparecido de su casa, sin que se sepa adonde ha ido, aunque atando cabos se sospecha que sea la misma cuyo cadáver se encontró hace unos quince ó veinte días en una casa del arrabal de San Ginés.

—Pero la niña...

—Nada ha podido averiguarse.

—En la casa donde ese cadáver se encontró...

—No había nadie, ni más muebles que una cama, donde una mujer de bastante edad estaba vestida y al parecer estrangulada. La cerradura de la puerta se encontró rota... y nada más.

—Es extraño.

—Se ha mandado exhumar el cadáver por si es posible aún identificar la persona, caso de que no se haya obrado una gran descomposición en aquel cuerpo al cabo de tantos días.

—Decís bien: el suceso es grave, muy grave.

—Y no hay á quién exigir responsabilidad.

—Según entiendo, la hermana Justina no tenía parientes.

—Los vecinos declaran que hace cosa de un mes que no la han visto entrar ni salir en su aposento, donde todo se ha encontrado intacto.

—Lo cual parece probar que ella no ha querido mudar de habitación.

—O que para que nadie se aperciba, ha abandonado su pobre ajuar.

—Muy obscuro es todo eso.

—Muy obscuro; pero lo que es muy claro...

—Es el crimen que se ha cometido; eso no da lugar á duda.

—El tribunal está, pues, en verdadero conflicto porque es el primer responsable de esa niña.

—Sí; pero...

—Nada importaría esta responsabilidad si se tratara de otras personas; porque hay que tener en cuenta que hemos de responder, no á Jacobo de Tordesillas, que es un pobre diablo, sino á don Martín de Quiñones, al poderosísimo don Martín que si no vale tanto como el rey, vale muy poco menos, de lo cual es prueba clara lo que acaba de suceder, pues en quince días se ha despachado favorablemente un asunto, que bien recomendado por cualquiera otra persona, no hubiera tocado á su término ni en quince meses.

—Ya lo veo, y veo también que á esto se le llama justicia; pero ¿qué queréis?... Dejemos rodar la bola, puesto que nada podemos hacer en contrario; y en cuanto á esa niña, aunque deploro la desgracia como hombre, estoy completamente tranquilo como inquisidor, porque fué entregada á quien tenía en su favor los mejores antecedentes, según consta en el sumario. Nosotros no podíamos guardarla, porque no hemos de convertirnos en tutores, curadores y vigilantes de todos los hijos menores de los acusados que viven aquí.

—Os sobra la razón.

—Y además...

Interrumpióse Florentín porque el presidente, acomodándose en su asiento, tocó la campanilla.

Todos los rostros cambiaron de expresión, apareciendo graves y sombríos; excepto el del seráfico fray Domingo, que abrió los ojos al oír la campanilla, miró á su alrededor, sonrió dulcemente, y volvió á dejar caer los párpados para continuar su tranquilo sueño.

Los ujieres, inmóviles como estatuas, permanecían junto á la puerta, esperando las órdenes del cardenal.

Excusamos describir la habitación, porque ya la conocen nuestros lectores.

Aunque sabía que era trabajo perdido, Florentín tomó el sumario, preparándose á leer cuando los acusados se presentasen.

No tenía de éstos ninguna noticia.

Creía el abate que por pura fórmula mandaría el presidente que se presentaran los acusados; pero que el fiscal respondería entonces que los reos no habían comparecido y que por consiguiente debía darse por terminado el acto, aplazándolo indefinidamente.

En seguida el notario extendería el acta correspondiente, haciéndolo constar así, y se daría por terminada la ceremonia no ocupándose más de Jacobo ni de Isabel, sino en cuanto tenía relación con la desaparición de la niña.

Esto, repetimos, esperaba el abate, y estaba por consiguiente completamente tranquilo.

No hay que decir que se equivocaba.

El presidente hizo sonar otra vez la campanilla, y luego con voz grave, dijo:

—Comparezcan los reos, y dese principio al auto.

Inclináronse los ujieres, y abrieron de par en par la puerta.

## CAPITULO XXIX

### LA ABJURACIÓN

Seguida de cuatro esbirros, con paso firme, majestuoso continente y la mirada desdeñosa y altiva presentose Isabel.

Iba toda vestida de negro, lo cual le daba un aspecto más grave y más imponente.

Nunca había estado tan hermosa, nunca su singular belleza había presentado tantos atractivos.

El abate no pudo contener una exclamación de terror y de sorpresa.

Escapáronse de sus manos los papeles que tenía, restregóse los ojos como si aún dudase que estaba despierto, y fijó en su víctima una mirada de miedo y afán, que no puede describirse.

Su rostro se cubrió de nerviosa palidez, se contrajo y se desfiguró.

Por un momento se agitaron sus miembros convulsivamente.

Lo que sintió en aquel instante, es imposible hacerlo comprender.

Su trastorno fué producido por dos sentimientos completamente opuestos.

Uno era el terror, tan profundo como si verdaderamente Isabel hubiese resu-

citado, saliendo de su sepultura para pedir cuentas á su perseguidor ante el mismo tribunal á que éste pertenecía.

El otro sentimiento era su pasión devoradora, su pasión fatal, cuya última chispa se había extinguido ante lo que él creía el cadáver de Isabel.

Sin duda algún fuego había quedado entre las cenizas de aquella hoguera, y como si una ráfaga de viento hubiese avivado y una invisible mano hubiese añadido nuevo combustible, la hoguera encendióse otra vez, levantando sus llamaradas más ardientes que nunca, devorando por segunda vez el corazón de Florentín.

No es fácil explicar cómo en aquellos momentos y en aquella situación, tan opuestos sentimientos agitaron el alma del abate; pero así sucedió, y á nuestro propósito basta consignarlo para que se comprendan los sucesos que hemos de referir.

Un sudor copioso y frío corrió por su frente.

El grito que había exhalado, se tomó por los inquisidores como efecto natural de la sorpresa, puesto que no se esperaba que se presentase ninguno de los dos acusados.

Fray Tadeo fué el único que comprendió todo el valor de aquel grito, y su mirada penetrante se fijó con insistencia en Florentín, adivinando con exactitud todo lo que en su interior pasaba.

Después de algunos segundos, el rostro del abate, antes lívido, enrojeció como si la sangre fuese á brotar por sus demacradas mejillas.

Este cambio repentino lo produjo una llamarada de su lúbrica pasión.

Hubo algunos instantes de silencio, durante los cuales los negros y magníficos ojos de Isabel brillantes como nunca, clavaron en Florentín una mirada tan penetrante, tan dominadora que el miserable se sintió como fascinado, sin poder moverse, sin poder respirar, y sin ver de cuanto á su alrededor había otra cosa que los arrebatadores hechizos de la esposa de Jacobo.

No sabemos cuánto tiempo hubiera permanecido en semejante estado, si la voz del presidente, con imperioso y duro

tono, no le hubieran hecho volver en sí.

Sus manos, trémulas y ardientes, volvieron á tomar el sumario; pero convencido que le sería imposible leer sin recobrar algún tanto la calma, dilató algunos segundos el principio del acto, sacando de uno de sus bolsillos un pañuelo mugriento y de color obscuro, so-

Concluyó la lectura.

—Jacobo de Tordesillas—dijo el cardenal—, responded.

Entonces el fiscal replicó:

—Jacobo de Tordesillas, emplazado por edicto de este tribunal, no ha comparecido, y en nombre de la justicia pido, que en cuanto el susodicho acusado, se



Fijó en el lecho una mirada de mortal espanto. (Pág. 81.)

nándose, guardándolo otra vez tosiendo y moviéndose como si se acomodase en su asiento.

El instante llegó por fin, y obedeciendo la orden del cardenal Claudio, con voz insegura, empezó la lectura del sumario, que debía durar cerca de una hora.

Isabel permaneció inmóvil, con la cabeza erguida, serena mirada.

Más que el delincuente que escucha su sentencia, parecía el juez, que severo y tranquilo escucha al acusador y se dispone á fallar.

Pasados diez minutos pudo Florentín reponerse, y su voz argentina y melíflua resonó en medio de aquel silencio sepulcral.

aplace indefinidamente el auto de fe.

—Isabel Linars—dijo el presidente—, ¿os dais por enterada?

—Sí—respondió ella con acento firme.

—¿Teneis alguna declaración más que hacer?

—Ninguna.

—¿Encontráis justa la sentencia y os conformáis con ella?

—Sí.

—Entonces estaréis dispuesta á abjurar los errores en que podéis haber incurrido.

—Sí.

—Hacedlo, pues, y obtendréis la absolución que en nombre de Dios Omnipotente trino y uno, os dará este santo tribunal.

La abjuración consistía en una serie de preguntas sobre los dogmas del catolicismo y los errores del protestantismo, judaísmo y mahometismo.

A las primeras iba respondiendo afirmativamente el que abjuraba, haciendo así una declaración de fe católica, y á las segundas contestaba con negativas que eran otras tantas manifestaciones de su opinión contraria á la herejía.

A todo respondió Isabel con firmeza y sin vacilaciones, puesto que realmente era católica.

Inmediatamente después la absolvió el cardenal, declarando terminado el auto y mandando que se extendiera el acta correspondiente.

Hecho esto, dijo:

—Isabel de Linares, quedáis en libertad. Que Dios os ilumine y os proteja.

Lanzó ella una última mirada á Florentín, que aparentaba ocuparse en arreglar los papeles, y salió con el mismo continente que había entrado.

—Despejad—dijo el presidente.

Un momento después habían salido los ujieres y alguaciles y se cerraba la puerta.

En una de las salas esperaban doña Inés y su esposo.

Isabel cayó en los brazos que la tendía su amiga, y por algunos segundos se estrecharon como dos hermanas.

—Vamos—dijo Quiñones, cuyo rostro estaba contraído—. Me desagrada estar aquí. Siento oprimido el corazón en este recinto de sufrimientos y maldades... Vamos, vamos.

En la calle los esperaba un coche, donde penetraron. Inés y su esposo inmediatamente en dirección á la vivienda de los hidalgos.

Isabel y su amiga lloraban, sin saber decir si sus lágrimas eran de alegría ó de dolor.

Probablemente ambos sentimientos las agitaban á la vez.

Pocos minutos después salió también el cardenal seguido de unos cuantos familiares y pajes.

Los inquisidores y demás empleados del tribunal fueron retirándose para ir á comer.

Florentín quedó solo.

Sus ojos inflamados se revolviéron en

sus órbitas dirigiendo á todos lados miradas inciertas.

—No he soñado—murmuró—. No es es sueño, es una realidad tan espantosa como bella.

Oprimióse el pecho con fuerza convulsiva, y añadió:

—¡Vive!... ¡Oh!... Vive y está más hermosa que nunca... Y la amo todavía, la amo y no puedo ahogar la llama devoradora de mi pasión... El corazón se me abraza... Es preciso que esa mujer sea mía, es preciso y lo será.

## CAPITULO XXX

### DE CÓMO DAVID ABANDONÓ EL LECHO

Había cambiado la situación y debía cambiar el sistema de vida de Isabel.

Esta creía que ya nada tenía que temer, y si bien es verdad que no se equivocaba en cuanto á las persecuciones de la Inquisición, porque Florentín, por conveniencia propia, no se atrevería á renovarlas, debemos tener presente que había otro enemigo no menos temible, aun cuando se colocaría en distinto terreno que el abate.

Nos referimos al vizconde, que no se había olvidado de la rubia misteriosa que costó la vida á dos de sus amigos.

No vamos á ocuparnos ahora del joven calavera, y por consiguiente diremos, que Isabel determinó no separarse de los hidalgos á quienes tanto debía y á quienes amaba como puede amarse á un padre y á un hermano, ni mucho menos de David, á quien miraba como á un hijo.

Ya no era menester hacer un misterio del tesoro, aunque tampoco había para qué hablar á nadie de su existencia.

Isabel podía vivir hasta con lujo, sin que esto sorprendiese, una vez que se sabía que estaba protegida por personas como don Martín de Quiñones y doña Inés de Guevara, que eran muy ricos.

Buscó Leandro del Castillo nueva vivienda y la encontró en la misma calle de Puerta Cerrada, lo cual fué una dicha para las dos amigas, porque así podrían verse con más frecuencia.

No quiso Isabel lujo, porque ni su ánimo estaba para gozar con nada, ni creía tampoco que le era permitido gastar de

los cien mil escudos más que lo puramente indispensable para vivir con decoro y no ser gravosa á sus protectores.

Estos intentaron desvanecer los escrúpulos de la afligida madre y esposa, haciéndole comprender que aquel tesoro era también suyo, y que la cantidad que lo constituía era suficiente para gastar mucho sin mermarla más que en una pequeña parte.

Estas razones eran muy convincentes; pero ¿qué le importaba á Isabel ese bienestar material que todos anhelamos, si su alma estaba sumida en la tristeza más profunda, si su corazón estaba destrozado por los más intensos dolores?

Lo que aquella deseaba era abrazar á su esposo y á su hija, y de conseguir esto eran muy débiles las esperanzas.

Aquel oro lo miraba con el más frío desdén.

¿Para qué les servía?

Las almas grandes y nobles no pueden gozar sino cuando de sus goces participan las personas que les son queridas.

No con modestia, sino con pobreza, hubiera vivido Isabel á no verse obligada por cariño y gratitud á presentarse en la suntuosa morada de su amiga doña Inés.

Ocho días después del en que tuvo lugar el auto pudo David dejar el lecho.

Se encontraba entre personas de sobrada inteligencia para que no comprendiesen el efecto que al pobre huérfano debía producirle su transformación, y todo lo prepararon disimuladamente y como convenía.

Isabel salió á las diez de la mañana en compañía de Leandro, y con pretexto de ir á ver si en la nueva casa estaba todo bien arreglado.

Pocos minutos después el anciano preguntó á David:

—¿Ya vais á vestiros?

—Sí—respondió el huérfano, cuyas mejillas se tiñeron de carmín, como si fuese una doncella á quien hubiesen lastimado en su poder.

Y como se comprende, no era este sentimiento el que enrojecía el rostro de David, pues para ello no había motivo: era otro pensamiento que le producía una emoción inexplicable.

Cuando se pusiese en pie debía encon-

trarse sin la imperfección de su espalda, derecho y bien formado como todos los hombres.

David no era vanidoso; pero este cambio debía hacerle experimentar la más dulce satisfacción, porque sin ser vanidosos, á todos nos halaga más ó menos la perfección de nuestras formas, y aunque no sea con ningún interés, á todos nos agrada parecer bien, lo mismo física que moralmente.

—Sí—repuso el anciano—, ya es hora de que dejéis el lecho. Ahí tenéis ropa nueva, porque la que llevábais, sobre ser miserable en extremo, estaba destrozada y llena de sangre. Supongo que no necesitáis ayuda, y mientras os vestís acabaré de arreglar un arca que han de llevarse con los pocos muebles que aquí quedan.

—No, no necesito ayuda, caballero, porque me siento con fuerzas sobradas para todo.

En esto mentía David: había recuperado muchas fuerzas; pero no todas las que había perdido, y aún debían pasar muchos días sin que las recuperase.

El anciano salió del aposento, cerrando tras sí la puerta.

Apenas el mancebo se vió solo, exclamó:

—¡Ah!...

Brillaron sus negros ojos y de un brinco se puso en el suelo.

No esperó á vestirse para convencerse más y más de su transformación.

Enderezóse, movióse de cuantas maneras puede imaginarse, y se colocó delante de un espejo que había sobre una mesa.

Imposible es que hagamos mención de las distintas posiciones que en el espacio de un minuto tomó David.

No se cansaba de mirarse, y sus ojos brillaban más cada vez con el fuego de una alegría sin igual.

Una vez satisfecho, cambió su rostro de expresión.

Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, dos lágrimas, cuyo valor nadie sino él hubiera podido apreciar.

Arrodillóse, cruzó las manos, elevó al cielo una mirada de infinita ternura, y exclamó:

—¡Gracias, Dios misericordioso!...

Después de algunos momentos, añadió:  
—Madre mía, madre de mi alma!...  
Así me conociste, así me dejaste en este mundo... ¡Y ahora no estas aquí para abrazarme!...

Inclinó la cabeza y oró fervorosamente.  
Por fin se vistió.

Aunque la ropa que le habían preparado no tenía nada de particular, á él, acostumbrado á ir siempre vestido de bayeta negra raída, se le figuró traje digno de un príncipe.

Sus calzas de color de ala de mosca, mal zurcidas en unos sitios y agujereadas en muchos otros, habíanse trocado en unas finas, enteramente nuevas y encarnadas, y su jubón y colete, que no se renovaba sino en fuerza de remendarse, había sido sustituido por otro de fino paño de color verde obscuro, así como su capa y el sombrero, en cuyo lugar habíase puesto una gorra de terciopelo verde, también con una pequeña pluma de color de las calzas, sujeta por un rosetón de bruñido acero.

Por más que David se miraba, no se reconocía, y la verdad es que estaba bello y gentil, verdaderamente bello, á pesar de la cicatriz que le había quedado en la frente y que interrumpía la negra línea de su ceja izquierda.

La palidez de su rostro estaba en perfecta armonía con la natural languidez y expresión dulce y melancólica de sus grandes y negros ojos.

Ciñóse una espada que encontró junto al lecho y que comprendió estaba destinada para él así como una daga que colocó en su cintura.

Púsose la gorra inclinada á la derecha, colocó la mano izquierda en la tizona, embozóse garbosamente, y con aire un si es no es de perdonavidas empezó á pasearse, mirándose al espejo.

¡Pobre David!

Al fin era un niño, y á su edad nada de esto podía dar idea desventajosa ni de su inteligencia, ni de sus nobles sentimientos; era un niño, había vivido siempre en medio de la miseria, se había visto despreciado por todos, y las imperfecciones de su cuerpo habían sido objeto de la burla de muchos.

Ya no debía considerarse pobre; ya estaba bien vestido, y lo que era de ma-

yor importancia para él, ¡ya no era jorobado!

¿Qué se le ocurriría decir á Simón, cuando lo viese?

No tardaremos en saberlo.

Abrióse la puerta y se presentó el anciano.

David volvió á ponerse colorado como una cereza, porque lo habían sorprendido pavoneándose.

—¿Qué tal?—preguntó el hidalgo—. Parece que habéis recobrado bastantes fuerzas...

—Todas, todas.

—Aún necesitáis más, porque ahora que nada tenéis que hacer, es preciso que se complete vuestra educación. Habéis estudiado mucho y vuestra inteligencia puede considerarse por ahora bastante cultivada; pero vuestra situación hace en vos más precisos que en otros ciertos conocimientos.

—¿A qué aludís?

—¿Sabéis manejar esa espada que os habéis ceñido?—preguntó el anciano.

—No—respondió el joven moviendole tristemente la cabeza.

—Temo que al fin tengáis que emprender el viaje en busca del señor Jacobo, y podéis veros en lances donde la mejor razón es el acero.

—Es verdad.

—Sois valiente, estáis dotado de una fuerza nada común, según he sabido por Simón, y debe ser mucha cuando ese gigante os la reconoce.

—¿Creéis que llegaré á valer algo con la espada?

—No os falta nada más que un buen maestro.

—Vos lo seréis...

—Puedo dar lecciones á muchos; pero Leandro puede dárme las á mí.

—Según lo que mi madre adoptiva me ha contado de aquella noche inolvidable en que la protegísteis...

—¡Oh!—dijo el anciano con paternal orgullo—. Si hubiésteis visto á Leandro aquella noche frente á nuestros adversarios, á quienes hay que hacerles la justicia de declarar que son valientes; si lo hubiésteis visto desarmar á uno que sobre ser fuerte, manejaba admirablemente la tizona, comprenderíais hasta qué punto es una fortuna tener á mi hijo por maes-

tro. Tiene una muñeca de hierro, un golpe de vista sin igual y una calma en los momentos del combate que parece imposible en ningún hombre.

Iba el huérfano á dar las gracias al anciano, cuando éste tuvo que salir, porque llamaban, y pocos momentos después presentóse Simón.

Detúvose éste, abriendo desmesurada-

tatura; pero entendimiento... ¡cien mil legiones de condenados!... A ver, anda que yo te vea... Ahora ya pareces un hombre; pero antes con aquellas calzas negras que tenían más agujeros que una celosía y con aquel sombrerete que te tapaba... ¿Pues y la capa?... Siempre iba la infeliz dándole besos á los talones... Vente conmigo, que vamos á correr todo



Isabel permaneció inmóvil, con la cabeza erguida. (Pág. 97.)

amente los ojos y contemplando estupefacto á David.

—¡Por las barbas de Satanás!—exclamó con voz que hizo retremblar las paredes—. ¡Voto á las paletillas de mi abuela!

Y soltó una carcajada estrepitosa, que hizo reír á los otros, aunque para reír no estuvieran dispuestos.

—No eres tú, chiquitín, no eres tú. ¡Voto al infierno!... Bien, compadre; toca esos cinco... ¡Rayos y truenos!... En cuanto vea al doctor que te ha curado, ¡por Lucifer! que le doy un abrazo...

—Te lo prohíbo—replicó David—, porque eres bastante bruto para ahogarlo.

—Sí, soy muy bruto, es verdad. ¡Qué bien me conoces!... No tienes mucha es-

Madrid, y al primero que te mire con malos ojos, ¡por Satanás!...

—Modera tu entusiasmo. Yo soy, convéncete, y olvídate de lo que fuí en cuanto á la ropa y la figura.

—Eso está bien dicho: en cuanto á la ropa y la figura; pero en cuanto al corazón...

—Es el mismo.

—Pues yo he cambiado algo, aunque el cambio no durará mucho tiempo, porque has de saber que desde que le atrapé al abate los ahorros, soy el hombre más honrado del mundo.

—Es preciso que devuelvas ese dinero, Simón—replicó severamente el huérfano.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque de los mil escudos no me quedan ni quinientos.

—¡En tan poco tiempo has gastado tanto!...

—He querido darme buena vida. Desde que nací he tenido hambre, porque según he podido averiguar no me dieron más que algunos chupetones de teta por caridad.

—Pues bien, lo que has gastado te se regalará y todo se devolverá á su dueño.

—Tu te has empeñado en que yo sea bueno, que es lo peor que puedes desearme, porque para ser bueno es preciso que me arrepienta, y no me arrepentiré si no me remuerde la conciencia, y ya ves que si la conciencia me remuerde, sufriré mucho.

—Justo es que sufra el que ha delinquido.

—No hablemos de esto ahora, David.

—No hablemos; pero tu dejarás de ser ladrón.

—De todos modos hace dos años que los corchetes me buscan para encerrarme y el escribano me espera para decirme que me han sentenciado á bailar en la horca.

—Decídetes á ser hombre honrado y el rey te indultará, porque aun ese crimen porque te sentenciaron á morir, lo cometiste dejándote llevar de un impulso de noble indignación.

—Eso es verdad: maté á un hombre; pero cara á cara porque no soy cobarde; soy ladrón, pero no asesino y lo maté porque él había matado á una pobre mujer, vieja y débil, que ningún daño le había hecho; y aquella mujer se arrojó y le suplicó que no la matase, y... ¡voto al infierno!... No quiero acordarme de esto, porque el recuerdo de aquella pobre vieja, casi me hace llorar, y el de su asesino me da tentaciones de ir á sacarlo de la sepultura para echarlo á los perros.

—El anciano que no había pronunciado una palabra, alargó la diestra al gigante, diciéndole:

—Con razón os envanecéis de ser hombre de corazón. Dejad la senda del crimen, que á pesar de todos vuestros extravíos, vuestra alma no ha llegado á

la depravación completa, y es tiempo que os salvéis.

Simón inclinó la cabeza y murmuró.

—Gracias, caballero.

¿Era posible que aquel hombre llegara á ser honrado?

¿Eran sus criminales extravíos efecto natural de sus instintos ó resultado del completo abandono en que se había criado?

Nos inclinamos á creer lo segundo, porque desde que dimos á conocer á Simón, lo hemos visto lanzarse con entusiasmo en defensa de la justicia y sobre todo de la habilidad.

Poco más hablaron, porque los interrumpieron Isabel y Leandro, y la conversación tomó otro giro.

La madre y el hijo, puesto que así se llamaban ellos, se abrazaron tiernamente y cambiaron las palabras más cariñosas.

Luego recobró el gigante su natural alegría y volvió á hacer nuevas observaciones sobre la joroba de David, á cuya desaparición no podía acostumbrarse, así como tampoco ver á su amigo con espada y ropa nueva de dos ó tres colores.

Entre tanto Isabel contemplaba con cierto orgullo al mancebo, y éste acabó por sentirse como avergonzado y no atreverse á mirar á unos ni á otros.

¿Qué más hemos de decir?

Aquel mismo día se trasladaron á la nueva vivienda, y una semana después, David empezaba á tomar con notable aprovechamiento las lecciones de esgrima que le daba Leandro.

Los dejaremos para ir en busca del infeliz Jacobo y conocer su nueva situación.

## CAPITULO XXXI

### CÓMO QUEDÓ EL ESPOSO DE ISABEL

Jacobo contaba con la protección de los hermanos de la Compañía de Jesús; pero no era esto bastante para que se considerase enteramente libre de las persecuciones de la Inquisición, cuyos agentes se encontraban en todas partes, y no eran menos astutos, ni menos hábiles que los jesuitas.

Bien podía suceder que el desdichado Jacobo cayese en poder de sus perseguidores, cuando ya se encontrase muy cerca del territorio francés.

Sin embargo, no era esto lo que al infeliz le preocupaba, sino la suerte de su esposa y de su hija. Ni siquiera había podido averiguar si habían muerto aquellas dos criaturas á quien tanto amaba, y sin las que era la vida para él una carga insoportable.

Había tenido la satisfacción de ver que la aldeana se había librado de una desgracia horrible; pero no era bastante para compensar sus mortales sufrimientos.

Preocupado á todas horas, en ese estado moral que se llama estoicismo, no pensó muchas veces Jacobo en adoptar ninguna precaución, y entraba en las poblaciones á cualquiera hora, y no ocultaba su nombre, ni hacía nada de lo que era prudente que hiciera.

Milagrosamente se salvó, y en todas partes encontraba por lo menos una persona que le diese hospitalidad y cuanto necesitaba.

Al fin pisó el territorio francés.

Allí nadie tenía derecho á detenerlo, allí era libre, y el pobre fugitivo contempló al cielo, miró á todos lados, aspiró el aire con avidez, y exclamó:

—¡Ah!...

Hubiérase dicho que acababa de salir de un encierro.

Se complacía en decir su nombre y en hablar de sus desgracias, como para convencerse de que nada tenía que temer.

Algunos días pasaron antes de que se acostumbrara á ser un hombre libre, y vivir con el descuido de los que son honrados y no tienen por qué temer persecuciones.

Felizmente llegó á la capital de Francia, y en seguida encontró á la persona á quien debía presentarse.

Era éste un hombre de sesenta años, que vivía muy modestamente en una habitación tan humilde como lóbrega.

Las personas que lo conocían no hubieran podido decir más, sino que el señor Renin, pues así se llamaba, era el hombre más honrado del mundo y vivía con la renta de su patrimonio, por cierto de poquísima importancia.

No se había casado; no tenía ningún

pariente, y en su habitación no había mas personas que una vieja criada.

Era de escasa estatura y muy flaco.

Su larga y encorvada nariz estaba en armonía con su putiaguda barba. Sus ojos eran pequeños, redondos y hundidos, y las pupilas brillaban como dos carbunclos en el fondo de una caverna.

Sus delgados labios parecían indicar la astucia, y no sabemos por qué se encontraba en su semblante algo que parecía revelar el fuego de violentas pasiones en el fondo de su alma.

El señor Renin recibió á Jacobo como recibía á todo el mundo, con sonrisas y palabras dulces, y después de saludarlo muy cortésmente y de examinarlo con la mirada, le dijo:

—Sentaos y explicadme el objeto de vuestra visita.

—El esposo de Isabel no tenía necesidad de dar muchas explicaciones, y se concretó á sacar el papel que le había entregado el jesuíta, presentándolo al señor Benito.

Miró éste aquellos signos indescifrables para todo el mundo.

Volvió á mirar á Jacobo, y después de algunos minutos le dijo:

—Soy enteramente vuestro. ¿Qué necesitáis?

—Mucho y nada.

—¿Pensáis permanecer mucho en París?

—Lo ignoro.

—Pero por de pronto...

—Aquí debo establecerme, porque en España me persigue la Inquisición.

—¡Oh!...

—Se me acusa de nigromancia. de hechicería y...

—¿Cual es vuestro oficio ó vuestra profesión?

—Me he dedicado al estudio de la medicina, y tengo en mi casa, ó más bien tenía, un laboratorio...

—Comprendo.

—Ignoro lo que ha sido de mi familia.

—No necesito más explicaciones.

—Sin embargo...

—Perdonad: pero me está prohibido ser curioso. Habéis de ver á otra persona con la que os pondréis en íntimas

relaciones, y con esa persona os entenderéis.

—Entonces...

—Esperad un momento.

El señor Renin se puso su capa y su sombrero y sonriendo siempre, le dijo á Jacobo:

—Si á bien lo tenéis, venid.

No hablaron más.

Salieron de la casa.

Atravesaron algunas calles, y veinte minutos después se detuvieron á la puerta de una de regular apariencia.

—Ahora—dijo Renin—, entraréis, subiréis al tercer piso daréis algunos golpes en la puerta que encontréis frente á la escalera, preguntaréis por el padre Leotardo, y diréis que vais de mi parte.

—¿Nada más?

—Le entregaréis el papel que me habéis enseñado... Que Dios os proteja hermano... A mi no volveréis á verme, como no sea que por casualidad me encontréis en la calle.

—Os agradezco...

—Nada, señor Jacobo, puesto que ya no hago más que cumplir las órdenes que he recibido, y aún no sé si he cometido alguna torpeza.

—¿Y por qué no subís?

El señor Renin desplegó una sonrisa y replicó:

—Me preguntáis sin saber si puedo contestar.

—Perdonadme.

—No habéis cometido ninguna falta, ni me habéis hecho ninguna ofensa.

—Que el cielo os guarde.

Jacobo entró en la casa.

No tenemos para qué seguirlo, porque muy pronto hemos de verlo en compañía del padre Leotardo y representando un papel de gran importancia en el episodio interesantísimo que hemos de referir.

Por ahora diremos solamente que aquel mismo día se instaló el desdichado Jacobo en la hostería de las Siete Musas y en un aposento de buenas condicio-

nes y amueblado, si no con lujo, mucho mejor de lo que él deseaba.

Suponemos que obedecía órdenes del padre Leotardo, pues de otra manera hubiese buscado vivienda más humilde.



¡ Y con aire le perdonavidas se paseó mirándose al espejo.

(Pág. 100.)

Principió por cavilar para buscar medios de subsistencia, lo cual presenta siempre muchas dificultades en país extraño; pero antes de que transcurriesen cuatro días, fueron á buscarlo para que curase á un enfermo de bastante gravedad, y diciéndole que todo lo esperaba de su gran sabiduría.

Tuvo Jacobo la fortuna de conseguir que el paciente recobrase la salud, y lo recompensaron con largueza.

Pocos días después, lo llamó otra fa-

amilia, y así empezó á ganar más de lo que necesitaba.

Hé aquí como llegó á ser afortunado en cuanto era posible que lo fuese.

El padre Leotardo, á quien daremos á conocer oportunamente, lo visitaba con frecuencia.

Al señor Renin no volvió á verlo Jacobo.

¿Para qué le servía haber encontrado medio honroso de vivir desahogadamente?

A todas horas sentía su alma destrozada por el dolor más intenso.

Su esposa y su hija eran su pensamiento único su preocupación constante.

Lo que sufría no puede concebirse.

Nunca se entregaba á estos transportes violentos de la desesperación, pero por lo mismo, su dolor era doblemente espantoso y podía considerarse como un roedor de la existencia.

El dolor no mata en un instante, la criatura resiste todos los dolores, porque el espíritu no se quebranta como el cuerpo; pero se envejece con rapidez y se abrevia la vida.

Pocos meses después estaba Jacobo desconocido.

Sus cabellos encanecían, y el sello de una vejez prematura se veía en su semblante.

Su mirada era profundamente triste y revelaba su sufrimiento.

El padre Leotardo fortificaba el alma de aquel infeliz con las dulces palabras que tiene nuestra religión para los que sufren; pero siempre resultaba que Jacobo estaba separado de las dos criaturas á quienes amaba con frenesí, y que por consiguiente su resignación no podía disminuir sus dolores.

Tal era su tristísima situación.

¿Hasta cuando se prolongaría?

No lo sabemos, porque la más negra fatalidad parecía complacerse en separar á las criaturas que tanto se amaban.

A pesar de los grandes recursos y medios de todas clases con que contaban los individuos de la Compañía de Jesús, no consiguieron averiguar lo que había sido de la pobre Isabel.

Las mismas razones había para considerarla muerta que viva, y libre de su perseguidor; pero si había conseguido

salvarse la noche de la inundación y del incendio, ¿dónde estaba?

¿Y la niña?

Con respecto á ésta eran las averiguaciones mucho más difíciles, y casi podríamos decir que era imposible encontrarla después de los últimos sucesos que habían tenido lugar en la antigua vivienda de Jacobo.

¡Desdichada familia!

Tememos que no pudieran soportar sus dolores y que algunos de ellos sucumbiesen cuando más cercana estuviese su dicha.

A Isabel puede decirse que la sostenía su voluntad, su corazón de madre.

La situación iba á cambiar para hacerse mucho más crítica mucho más horrible.

Volvamos á Madrid, donde hemos de conocer nuevos personajes y presenciar sucesos de muchísimo interés.

## CAPITULO XXXII

### EL SEÑOR ANTOLÍN DE SANTOYO

Florentín pasó dos días en el más completo trastorno.

Hasta el tercero no pudo empezar á darse cuenta de su estado, ni mucho menos apreciar la situación y trazarse una línea de conducta.

Continuaba atormentándolo su fatal pasión; pero llegó un día en que fué dueño de su cabeza, y empezó á discurrir del modo que ya conocemos.

No tardó en decidirse, porque sabemos que ya su imaginación fecunda le proporcionaba siempre medios sobrados para realizar sus deseos; pero necesitaba la ayuda de otra persona de ciertas condiciones, y esto es lo que le dió mucho en qué pensar.

Entre tanto había procurado aprovechar el tiempo en averiguar todo lo relativo á la nueva vida de Isabel, y como ésta no tenía para qué ocultarse, pudo Florentín saber cuanto necesitaba.

El misterio en que se envolvían los dos hidalgos, dejó de existir, y fácilmente comprendió el abate lo que hasta entonces no había comprendido, es decir, que aquellos dos hombres eran los depositarios del tesoro, y que por consiguien-

te Isabel era ya dueña de cien mil escudos.

No había perdonado Florentín á Leandro, ni era posible que lo perdona; pero necesitaba que el tiempo le presentase una ocasión de vengarse, y tenía que esperar.

Contra un hombre valiente, de reconocida honradez, estimado por todo el mundo y protegido por Quiñones, no podía proceder como contra Jacobo de Tordesillas, pobre, obscuro y sin protección.

Lo que no pudo saber Florentín fue el nombre y las circunstancias de cierto mancebo hermoso, que también vivía con Isabel y los hidalgos, ni consiguió verlo, aunque él mismo espíó muchas veces los alrededores de la casa.

El mismo día en que David empezaba sus lecciones de esgrima, Florentín acabó de decidirse, y á las nueve de la mañana, en vez de dirigirse al tribunal, encaminose á Puerta Cerrada, entrando en la posada de la Cruz de Oro.

El antiguo dueño de la posada ya no existía, y ésta era propiedad de un sobrino de aquél, también honrado y sencillo.

En la misma habitación donde en otro tiempo vimos esperar á Antón, alojábase cierto hidalgo de buena familia, pero de vida dudosa, porque según se aseguraba, no tenía bienes de fortuna ni se ocupaba de otra cosa que de pasear, visitar las tabernas y hosterías y jugar á los dados y á los naipes con toda clase de gente.

A pesar de esto, sin duda por sus antecedentes de familia, tenía relaciones con muchas personas de calidad, y era amigo de todos los jóvenes calaveras de aquel tiempo.

La murmuración no exageraba, pues efectivamente el hidalgo era un hábil petardista que se había propuesto vivir á costa ajena, y hasta entonces lo había conseguido.

No era cobarde, y manejaba regularmente la espada; pero era demasiado vanidoso y fanfarrón, y á dar crédito á sus palabras, no había comparado con él, hombre alguno de brazo fuerte y hábil.

Encontrábasele á todas horas y en to-

das partes, y su nombre sonaba casi siempre al hablar de locuras cometidas por los jóvenes desocupados y disolutos.

Llamábase Antolín de Santoyo, y este apellido ilustre era una de sus vanidades.

Su inteligencia era clara, su ingenio agudo, y no carecía de astucia.

En cuanto á sus sentimientos, baste decir que era uno de los hombres dispuestos á todo, lo mismo á lo bueno que á lo malo, porque no se cuidaba de otra cosa que de vivir alegremente, importándole muy poco lo demás.

Cuando lo presentamos á nuestros lectores, tenía treinta años.

Era de elevada estatura y flaco hasta el punto de que parecía un esqueleto forrado de cuero.

Su rostro, de pómulos salientes, larga y afilada nariz, ojos redondos, negros y brillantes, era moreno pálido y presentaba esas huellas inequívocas que deja siempre una vida desordenada, esas señales que imprime el vicio, y que al primer golpe de vista dan á conocer el alma de la persona.

Aunque ya eran las nueve de la mañana, el señor Antolín no había dejado el lecho.

Cerca de dos horas hacía que había despertado y daba vueltas en la cama, estirándose unas veces como para sacudir la pereza, y acurrucándose otras y cerrando los ojos como para entregarse á meditaciones que no tenían nada de risueñas.

Y decimos que nada de risueñas tenían, porque eran tristes pensamientos sobre la situación en que se encontraba.

La noche anterior era dueño el señor Antolín de tres ducados con cuya cantidad se consideraba rico, porque bien manejada podía producirle otras mayores; pero jugó, encontró un truhán más hábil que él y perdió los tres ducados, más otros cinco que bajo su palabra le admitió su contrario.

En pocos días había sacado á sus amigos algunos escudos; al posadero le debía más de veinte ducados, y no tenía á quien recurrir ni sabía como ingeniarse para almorzar.

Más de una vez se había incorporado como para dejar el lecho; pero siempre

se arrepintió, cayendo lánguidamente mientras decía:

—¿Adónde iré?... En la cama no atormenta tanto el hambre, y si me levanto mi estómago, que no tiene nada de prudente, me obligará á cometer todas las locuras imaginables. Este posadero que es un tigre en forma humana, no se conmueve ya como en otro tiempo; cerró la boisa y lo que es peor, la puerta de su cocina, y aun me parece que no tardará en cerrarme también la de la casa, lo cual ya hubiera hecho si no fuera hombre de poco espíritu y temiese que su descortesía le costara una docena de cintarazos.

El señor Antolín suspiró tristemente, fijó una mirada de profunda amargura en su tizona que tenía colgada al alcance de su brazo, y exclamó á guisa de apóstrofe y con entonación de cómica sublimidad:

—Vástago ilustre de los ilustres Santoyos, ¿de qué te sive la nobleza de tu cuna, el valor de tu pecho y la fuerza de tu brazo? ¿De qué te sirve tu agudo ingenio, tu travesura y tu audacia, de qué ese acero honrado de San Quintín y Gravelinas, y no menos honrado para ti en las encrucijadas de esta villa? De nada todo eso de nada te sirve, pobre Antolín, porque estás en ayunas y tienes que escuchar con paciencia como tus tripas gimen con tono lastimero y como si se dispusieran á cantar el *de profundis*... ¡Ah!...

Volvió á cerrar los ojos y á meditar. Algunos minutos después crujieron sus canillas al revolverse en el lecho.

—Preciso es hacer algo—dijo—; no estoy dispuesto á dejarme morir de hambre. Mi inteligencia se ha obscurecido y es efecto de la debilidad.

Bostezó, haciendo la señal de la cruz en el hueco de su enorme boca, y volviendo á mirar la espada, incorporóse y añadió:

—Llamaré al despiadado maese Rufino, cerraré la puerta cuando entre: empuñaré la tizona, la blandiré de una manera inequívoca y le diré: «Mi querido huésped, sois un hombre de buen corazón, sois cristiano y como yo lo soy también y estoy en ayunas, he decidido su-

plicaros me deis de almorzar, aunque no sea más que una ración de ese estofado que vuestra mujer guisa tan admirablemente, media docena de huevos y una botella de vino, que si yo no os lo pago, os lo pagará Dios por mí, en lo cual ganaréis mucho, pues como buen católico, no dudaréis que Dios da siempre ciento por uno, y por consiguiente, algún día, sin saber de donde ha venido, os encontraréis vuestra despensa milagrosamente provista y rebosando los barriles de vuestra bodega. Y si así no lo hicieris, maese Rufino, como necesito carne y vos tenéis mucha en vuestros anchos lomos, la tomaré, después de haberla cocido á fuerza de cintarazos.»

Dicho esto con la firme resolución de cumplirlo, resolución nada extraña en quien tiene mucha hambre y poca conciencia, saltó de la cama el hidalgo, desenvainó la tizona, y dejando flotar su camisa, púsose en dos zancadas junto á la puerta, dando vuelta á la llave y disponiéndose á llamar.

Empero no tuvo que hacerlo, porque en la puerta dieron algunos golpes.

—¿Quién es?—preguntó el señor Antolín.

—Soy yo, señor caballero—respondió la voz de maese Rufino.

El hidalgo llevó la mano derecha á su espalda para ocultar el acero y no infundir sospechas al huésped, hecho lo cual, abrió la puerta diciendo:

—Entrad.

Entró el posadero, que era un hombre de cincuenta años, robusto, y coloradote y en cuyo rostro, de cálida expansión, revelaba la dulce tranquilidad de su espíritu.

El señor Antolín volvió á cerrar, y dejando entonces ver la espada, dijo:

—Buenos días, mi querido huésped.

—¡Diablo!—exclamó el posadero, mirando sorprendido al hidalgo, que en camisa y con la tizona empuñada, presentaba la figura más extraña que puede imaginarse.

—Parece que os habéis sorprendido.

—¿Estábais cazando ratones?

—No: me preparaba á cazar un estofado de buey, que viene á ser lo mismo, porque al fin todo es carne: y si no lo

consigo, me contentaré con algunas magras de lomo bien machacadas.

Sonrió el posadero, porque no podía sospechar las intenciones del hidalgo, y creyó que todo aquello era una broma extravagante.

—¿No me habéis entendido?

—Sí, ya se lo que es estofado; pero ahora no he venido para hablar de eso.

—Pues es de lo único que quiero ocuparme.

—Antes, señor caballero, tendrá vuestra merced la bondad de decirme si quiere recibir á una persona que lo busca.

—¡A mí!...

—Eso es.

—¿Y quién es esa persona?

—No me ha dicho su nombre; pero yo la conozco.

—Sepamos, maese Rufino, porqué ha de ser personaje de mucha importancia para que me decida á recibirlo antes de comerme el estofado ó el lomo.

—Sí, es personaje de mucha importancia.

—Acabad.

—Un inquisidor.

—¡Por Lucifer!—exclamó el hidalgo, frunciendo el entrecejo.

—El señor abate Florentín...

—¡Vive el cielo!... ¿Y qué me quiere el señor abate?... Lo conozco, sí, lo conozco; pero no esperaba que me honrase con sus visitas.

—Me ha mandado advertiros que tiene que tratar con vos de un asunto de mucho interés.

—Preciso será recibirlo y dejar el almuerzo para después.

—¿Le digo que espere á que estéis vestido?

—No he menester: volveré á la cama y así lo escucharé más cómodamente.

El señor Antolín envainó la espada, volvió á meterse en el lecho, mientras el posadero salía.

Pocos momentos después se abrió la puerta y el abate se presentó diciendo:

—¿Dais vuestro permiso?

—Adelante, caballero, adelante—respondió el hidalgo.

## CAPITULO XXXIII

### LA CURIOSIDAD

Maese Rufino, como si estuviese preocupado, volvió á la cocina, diciéndole á su mujer:

—Cosa rara.

La posadera, que era joven, astuta y de carácter vivo y sobre todo curiosa en demasía, miró á su marido y replicó:

—Las cosas raras son las que uno no entiende.

—Pues por eso lo digo, porque no entiendo qué negocios puede tener con el señor de Santoyo un hombre como el abate Florentín, un inquisidor, un...

—Entendido.

—Y viene á buscarlo, y entra en su aposento haciendo muchas reverencias como si el hidalgo fuese algún personaje.

—Te tengo dicho que el señor Antolín...

—Es un bribón, ya lo sé.

—Y quizás es también un espía secreto del Santo Oficio.

—Eso no lo creo.

—Eres tonto, y tu tontería no se curará.

—Yo soy un hombre honrado...

—Y tanta es tu honradez, y tu buena fe, que tendrás más de un disgusto, más de un quebranto.

—¡Mujer!...

—Me parece que cuando no entendemos una cosa, lo que tenemos que hacer es averiguarla.

—Pero ahora...

—No estoy tranquila.

—Tenéis la mala costumbre de pensar mal de todo el mundo.

—Y tu la de pensar demasiado bien, y así te engaña el que quiere.

—¿Qué me importa el negocio que pueda tratar el abate con el señor Antolín? Soy buen cristiano, y no tengo miedo á la Inquisición.

—Pues como yo soy desconfiada, quiero averiguar lo que sucede.

¡Robustiana!...

—Aquí te quedarás para acudir á quien te llame y atender á los que vengan,

—¿Qué piensas hacer?

—No te importa—dijo la posadera.

Y salió de la cocina.



Maese Rufino no se atrevió á replicar, porque estaba dominado por su mujer, y se contentó con decir:

—Tendremos un disgusto, porque la curiosidad de Robustiana puede traer malos resultados. Supongo

que ha ido á escuchar y esto no me parece que debe hacerlo ninguna persona de conciencia; pero las mujeres... ¡Oh!... afortunadamente la mía es honrada é incapaz de cometer ningún abuso.

Tranquilamente se sentó el posadero.

Entre tanto su amada costilla subió, y sin producir el más leve ruido, entró en el aposento que en otro tiempo ocupó el padre de Florentín.

Parecía que aquellas dos habitaciones estaban destinadas á ser teatro de graves sucesos.

Según hemos dicho, en la que ocupaba el señor Antolín, había muerto envenenado el señor Antón, y en la otra fué donde el italiano cometió el crimen, dando el veneno en la cena al comerciante.

A éste lo había perdido como ya sabemos, su excesiva curiosidad, y la curiosidad de la posadera debía tal vez convertirse en arma contra el abate.

Iba Florentín á ser víctima del mismo abuso que su padre había cometido.

Ninguna variación se había hecho en aquellas habitaciones que, lo mismo que en otro tiempo, estaban separadas por la pared de tablas muy carcomidas y que presentaban más de una rendija para que los curiosos pudiesen mirar.

La posadera hizo lo que había hecho el padre de Florentín, es decir, se colocó junto á las tablas, miró y escuchó con atención profunda.

Veinte minutos después salió del aposento, fué á la cocina y le dijo á su marido:

—El señor Antolín es un bribón, y es cuanto al abate...

—Robustiana, por Dios...

—Pero...

—Calla.



1 Buenos días, mi querido huésped. (Pág. 107)

—Disimula—dijo la posadera.

Y otra vez volvió al aposento.

No habían pasado tres minutos cuando resonó la voz del hidalgo, que pedía el almuerzo.

La visita de Florentín concluyó.

Después daremos cuenta de lo que habló con Santoyo. Ahora basta decir que la posadera volvió al lado de su marido, y que estaba pálida como un cadáver.

y temblaba, y dirigía á todos lados miradas recelosas.

Todos los esfuerzos eran inútiles para ocultar su agitación.

—¡Robustiana!—exclamó alarmado el marido.

—¡Ah!...

—¿Qué te sucede?

—¡Horror!...

—¿Quieres explicarte?

—Calla... Ven...

—Estás pálida como un difunto...

—¡Asesino, asesino!...

—Pero...

—Tenemos que hablar; pero no aquí.

—Donde quieras.

Fueron á un aposento donde nadie había de interrumpirlos.

La posadera se sentó.

Su marido la miraba ansiosamente.

—Escúchame—dijo ella después de algunos minutos.

—No hago otra cosa.

—Me parece que debo empezar por el principio.

—Como quieras, con tal que pronto me saques de dudas.

—Ten paciencia y calma.

—Me sobra; pero cuando se trata de tu reposo...

—No nos amenaza ningún peligro.

—Entonces...

—Pero lo que sucede me pone en apuro muy grande, porque soy mujer de conciencia, y agradecida, y las personas que me hacen un beneficio...

—Sí, Robustiana, todo eso está muy bien; pero es menester que te expliques con claridad.

—¿Te acuerdas de hace tres años cuando te dió aquella enfermedad que nadie entendía?

—Faltó muy poco para que muriese, y sino hubiera sido por aquel buen hombre del arrabal...

—El señor Jacobo.

—Sí.

—En pocos días te puso bueno.

—Como nunca lo estuve.

—Pues bien, he sabido que el señor Jacobo está perseguido por la Inquisición.

—¡Misericordia divina!—exclamó con espanto maese Rufino.

—Me parece imposible que el señor Jacobo sea un hereje.

—¿Y qué podemos hacer en su favor?... Nada, porque se nos acusaría de herejes si dijésemos que nos interesaba la suerte de un acusado por el Santo Oficio. ¡Pobre hombre!

—Ha logrado escapar...

—Me alegro.

—Y está en Francia...

—¿Cómo sabes todo eso?

—He oído lo que hablaban el abate y el señor Antolín, y según mi entendimiento, el señor Jacobo es inocente.

El posadero fijó en su mujer una mirada de estupor.

—Quieren asesinarlo.

—¿Qué dices?

—El abate es un...

—Cuidado, Robustiana.

—Y en cuanto al señor Antolín...

—Un desalmado, ya lo sé.

—Se irá pronto, y con mucho dinero... ¡Dios bendito!... ¿Qué debemos hacer?... Mi conciencia...

—Pero si no acabo de entender...

—¿Y qué importa? Al señor Jacobo le amenaza un gran peligro, y por consiguiente...

—¿No dices que está en Francia?

—Sí.

—Pues entonces...

—Es menester que consultes con personas de sabiduría, y me parece que debes ir á ver al padre Nicolás, y explicarle el suceso.

—¿Cómo he de dar explicaciones de lo que no acabo de entender?

—El padre Nicolás es un santo.

—Ciertamente.

—Y algunas veces ha venido á vernos para informarse de nuestra salud, y si le suplicas que nos haga una visita...

—Eso será lo mejor porque tu te entenderás con él.

—Se lo explicaré todo con claridad.

—No me gusta meterme en asuntos de la Inquisición.

—Este asunto no es de la Inquisición, sino del abate.

—Tanto peor.

—Nuestra conciencia...

—Bien, mujer, bien.... Buscaré al padre Nicolás.

—Ahora lo encontrarás en su convento. No te detengas, porque se trata del hombre que te salvó la vida, y nuestra

obligación es hacer cuanto nos sea posible.

El posadero, según ya hemos dicho, no sabía oponerse á la voluntad de su mujer, y aunque le desagradaba mezclarse en aquel asunto, tomó su capa y su sombrero.

—No es menester que te metas en explicaciones con el padre Nicolás.

—Pero si le diré que se trata...

—De una intriga del abate Florentín.

—Y del señor Antolín de Santoyo, y la vida del señor Jacobo y... nada más.

—Basta con eso.

—Que Dios me proteja.

El posadero salió.

Y nosotros retrocederemos para volver al punto en que el abate entró en el aposento del hidalgo.

FIN